

20 Días

A romantic couple is silhouetted as they sit on a wooden bench, gazing out at the New York City skyline at dusk. The Manhattan Bridge is illuminated with green lights, and the Chrysler Building stands prominently in the background with its iconic Art Deco spire lit up. The sky is a deep twilight blue, and the city lights create a warm, glowing atmosphere.

Carlos Merenciano

20 días

Carlos Merenciano

Copyright © 2017 Carlos Merenciano

Todos los derechos reservados. Este libro o cualquier parte del mismo no puede ser reproducido ni utilizado de ninguna manera sin el permiso expreso por escrito del autor.

Primera edición: septiembre de 2017

*A todas aquellas personas que han
hecho posible esta novela*

«Decía un amigo mío que las casualidades no existen. Que todo está escrito entre las nubes y las estrellas con tinta invisible. Es una bonita manera de hablar del destino»

Blue Jeans, *El club de los Incomprendidos*

«Y mientras las gotas caen por mi piel pienso que la vida, al fin y al cabo, es como el viaje de una gota de lluvia: nunca sabemos a dónde vamos a ir a parar, pero sí tenemos la posibilidad de elegir quiénes serán los compañeros con los que hacer el viaje»

María Villalón, *El insólito viaje de una gota de lluvia*

«La vida la puedes vivir de muchas maneras, no hay libro de instrucciones ni manual que te asegure el aprobado. No existe el aprobado, ni el suspenso ni el cum laude. Es lo que es y cada uno debe aprender a vivirla como mejor le convenga»

Sandra Barneda, *Reír al viento*

1

Álex observaba por la ventanilla del autobús con la mirada perdida en el paisaje verdoso de las colinas de Pensilvania.

Los grandes abetos presidían los prados de hierba con una fina capa de rocío mañanero. Al fondo, se podía apreciar un pequeño granero hecho con listones de madera y pintado de color rojo, cosa que le recordaba a todas las películas que había visto con su madre y su hermana en esos días de lluvia en los que no se podía salir a jugar a la calle.

- 5 minutos, chicos - anunció Sara, profesora de Álex.

Laura, la mejor amiga de este, estaba sentada a su lado, y con el dedo índice, jugaba con su largo y ondulado cabello castaño. En su cara se veía la emoción de estar en otro país, ya que era la primera vez que salía de España. Tenía las uñas mordidas, y cuando ella hacía eso, solo quería decir una cosa: tenía los nervios a flor de piel. No podía esperar más para bajar de aquel dichoso autobús y abrazar a su compañera.

Un pitido suave proveniente del iPhone de Álex le hizo volver del trance en el que se encontraba: era un mensaje de WhatsApp.

"¿Ya habéis llegado?" preguntaba la madre desde su casa. Aunque solo habían pasado unas horas desde que dejara a su querido hijo en el aeropuerto, algo le hacía pensar que estaba de los nervios por no poder controlar la situación. Su madre era una de esas mujeres que no dejaba nada al azar, y que quería tenerlo todo bien atado, pero en ese caso eso no podía ser, y eso la intranquilizaba hasta límites insospechados.

Álex vivía en un pueblo de la costa valenciana, y era la primera vez que viajaba sin su madre y su hermana, que eran las que formaban, junto a él, su familia. El padre de Álex, cuando este no tenía aún ni un año, les había abandonado sin ningún motivo, y no habían sabido nada de él desde entonces.

"Sara nos ha dicho que tardaremos más o menos 5 minutos" contestó ágilmente Álex, deslizando sus dedos por la pantalla táctil del teléfono móvil. "Te llamaré por la noche".

"Ok" fue la única respuesta que obtuvo, añadiendo a su lado un emoticono sonriente.

El autobús avanzaba, los segundos pasaban lentos, y añadiendo a todo eso una jauría de alumnos con las hormonas revolucionadas, felices por encontrarse en Estados Unidos, todo era un caos dentro del vehículo: unos saltaban de unos asientos a otros, otros encendían la música de sus móviles a un nivel en el que la sordera sería lo mínimo que te podría suceder, por no hablar de las chicas, que utilizando el minúsculo espejo del baño del autobús se extendían alrededor de la cara dos kilos de maquillaje, quedándose más pintadas que una puerta.

Álex volvió a sus pensamientos. Hacía 5 meses que hablaba con Mike por Facebook y habían cogido cierto grado de amistad, pero ahora sentía muchos nervios al tener que verlo por primera vez en persona.

Cogió su teléfono y abrió la aplicación 'Música', cosa que normalmente le tranquilizaba, pero tras escuchar un par de canciones, comprobó que esta vez no funcionaba.

Entonces notó la mano de Laura agarrando la suya. Habían sido amigos desde preescolar, y le gustaba mucho la idea de compartir juntos esta experiencia de un intercambio cultural: sabían que iban a vivir momentos inolvidables, y que estando juntos, aquel viaje iba a ser el más épico de la historia.

El autobús se deslizó por la rampa del Stateville High School y llegó a la puerta del instituto. Allí, padres y alumnos americanos estaban esperando a los españoles con pancartas, regalos e incluso globos.

Desde las ventanillas del autobús, toda la gente miraba emocionada como sus compañeros americanos habían preparado su recibida. La mayoría de alumnos españoles cogieron sus teléfonos y fotografiaron el momento, muy especial para ellos.

Entre todas las personas que se encontraban allí reunidas, Álex consiguió visualizar la cara de su compañero de intercambio, Mike, que entre sus manos sostenía una pancarta en la que se podía leer "*Bienvenido Álex*."

Welcome to the USA".

Álex y Laura cogieron su bolsa de mano, y bajaron del autobús para encontrarse con la persona que iba a acogerlos en su casa durante los siguientes veinte días.

Cuando se encontraron, se fundieron en un enorme abrazo, que duró unos largos diez segundos.

- *Hi, how are you*^[1]? - preguntó Álex en un intento de empezar una conversación, cosa que se le daba bastante mal incluso en su propio idioma. No hacía falta imaginar cómo se le podía dar en otros idiomas que poco o nada tenían que ver con su lengua materna.

- Muy bien, ¿y tú? - contestó Mike, aliviando a Álex, ya que estaba preocupado por el nivel de español que tendría su compañero.

- Muy bien también, muy feliz por estar aquí - consiguió tartamudear mientras buscaba a su amiga Laura, con la mirada entre la multitud.

- Estos son mis padres, Tyler y Lesley Cooks - afirmó Mike, señalando a dos personas que se encontraban hablando con otros padres de alumnos americanos.

La señora Cooks tenía 42 años, y su pelo castaño ondulado se movía al compás de la brisa que en ese momento acechaba en el parking. Vestía de un modo formal, con una camisa y pantalones vaqueros, y una gabardina blanca por encima, debido a su trabajo como editora en una revista para madres con hijos recién nacidos. Según había hablado con Mike, este trabajo la solía mantener fuera de casa bastante tiempo.

Respecto al señor Cooks, tenía 45 años, y de su aspecto físico se podía destacar que tenía el pelo corto, de color oscuro, pero con un poco canoso. Vestía con un traje negro, camisa blanca, y llevaba una corbata de color azul marino. Además, se dedicaba a la contabilidad de la empresa AT&T, una compañía telefónica americana, de las más importantes del país.

-Ven, que te quiero presentar a alguien - le dijo Álex a Mike, cuando encontró a Laura entre todo el cúmulo de gente que había allí concentrada.

Álex se acercó hasta el sitio donde se encontraba, junto a su familia de acogida, y le tocó el hombro para señalarle que se encontraba allí.

- Oh, Álex, ¿qué tal, ya has encontrado a tu compañero? - le preguntó Laura emocionada.

- Sí. Es este chico, he venido a presentártelo. Mike, esta es Laura, mi mejor amiga -dijo señalándola-. Laura, este es Mike, mi compañero.

- Pues yo aprovecho también para presentarte a mi compañera. Se llama Aria, Aria Vanderwall.

Aria era una chica relativamente bajita, con el pelo ondulado y castaño, y los ojos de color avellana. Su piel era clara, de color blanquecino, y el contraste que hacía con su pelo oscuro le favorecía mucho. Llevaba un traje negro corto que resaltaba su esbelta silueta, y sus sandalias marrones oscuras con pequeños agujeros, que dejaban ver parte de sus pies, completaban su perfecto cuerpo.

- Hola - murmuró Aria con una pronunciación bastante sorprendente, que se asemejaba al acento español.

- *Hi, Aria. How are you*^[2]? - soltó Mike nada más verla. Se le había sonrojado la cara al reconocer a la compañera americana de Laura.

- *Fine*^[3] - contestó tímidamente Aria.

- Bueno, esta noche hay una *bonfire*^[4] en casa de Justin. ¿Quieres que vayamos? - preguntó Mike a Álex.

- *¿Bonfire? ¿What's that?*^[5] - las palabras salían de la boca de Álex como si fuera uno más de aquel maravilloso país. Se sorprendió el mismo al darse cuenta que lo había dicho bien.

- Es como una fiesta, donde se hace un fuego en medio, y la gente se junta alrededor para hablar de sus cosas. Además, hay un poco de comida y bebida. Seguro que lo pasamos genial.

- Ah, una hoguera. Claro que me apetece ir. No es una cosa que se vea muy a menudo en España. - respondió Álex muy ilusionado. Siempre había visto ese tipo de cosas en las películas, pero nunca pensó que pudiera asistir a una hoguera de verdad.

- Aria, ¿quieres que vayamos nosotras también? - pidió Laura.

- *Of course.*^[6] Justin ha invitado a todos los estudiantes de intercambio.

Con las bolsas en la mano se despidieron Laura y Álex, y se dirigieron a sus respectivas casas. En unas horas se iban a volver a encontrar, así que se despidieron con un simple "nos vemos luego" por parte de Laura hacia Álex.

Pusieron el equipaje en el maletero del coche de la familia Cooks y Álex se sentó junto a Mike en la parte trasera del coche para dirigirse hacia lo que sería su nueva casa durante los próximos 20 días.

2

Realizaron una curva con el coche y subieron por una pequeña rampa que llevaba a una casa como de película.

En la entrada se podía observar el jardín, y en medio, había un pequeño pasillo, hecho con piedrecitas blancas, y adornado con unas bonitas flores, que abría paso hasta la puerta principal de la vivienda.

La casa era enorme, y estaba construida con piedras de diferentes tamaños y colores. En la parte superior, la casa estaba plagada de ventanas que a sus lados tenían unos cristales de colores que las hacían mucho más distinguidas. Aquella mansión transmitía un sentimiento de seguridad.

Entraron por la puerta del garaje, que a su vez tenía una puerta que comunicaba con el interior de la casa, y con las maletas cargadas, se dirigieron a la habitación donde se iba a hospedar Álex durante su viaje.

La habitación, tres veces más grande que la suya en su pueblo, tenía todo lo que podía desear un adolescente de 16 años: una televisión de 40 pulgadas, un reproductor DVD, un ordenador portátil en una mesa al fondo de la habitación, un reproductor de música donde poder conectar tu iPod, etc.

- *Well, I wish you like it. I'm going to prepare some food for you to take to the bonfire.*^[7] - dijo la señora Cooks.

- *Ok, mum.*^[8]

La señora Cooks bajó las escaleras, dejando solos a Mike y Álex en la habitación. Mike se sentó en la cama mientras Álex dejaba sus maletas en un rincón del dormitorio.

- *Mike, I want to ask you something: what happens between you and Aria?*^[9] - preguntó Álex mientras intentaba deshacer su equipaje y colocar cada una de sus prendas de vestir en las perchas o cajones del armario. Finalmente desistió. Parecía mejor dejarlo todo en la maleta y coger cada día lo que fuera necesario.

- *Oh, please, speak Spanish. I understand you perfectly.*^[10]

- Ok. Bueno, ¿qué pasa entre tú y Aria? He visto que sucedía algo entre vosotros cuando os habéis saludado en el instituto.

- Oh, ella era mi... no sé cómo decir.

- No tengas problema, no se lo diré a nadie - dijo Álex, pensando que Mike se sentía cortado.

- Bueno, yo salía con ella - intentó explicarle. No sabía cómo decir la traducir la palabra *girlfriend*.

Solo hacía unos minutos que se conocían en persona, pero Álex tenía la sensación de que se conocían de toda la vida, así que hablaban como amigos de siempre.

- Así que era tu novia.

- *Yes, that's right, she was my girlfriend.*^[11]- dijo Mike un tanto apenado, como recordando viejos tiempos.

- ¿Y qué pasó? - preguntó Álex intrigado. No era algo de su incumbencia, pero sentía cierta curiosidad.

- Nada especialmente. Decidimos romper y ya está - explicó Mike con mucha simplicidad.

- Oh, lo siento.

- Bueno, todo está bien ahora. No pasa nada.

Desde la habitación se escuchaba como la señora Cooks utilizaba distintos aparatos culinarios para llevarle algo de comida al anfitrión de la velada. Los americanos solían llevar algo preparado cuando se celebraban ese tipo de fiestas.

- Bueno, ¿y qué pasa contigo y Laura? - devolvió Mike la pregunta.

- Oh, nada. Somos amigos desde muy pequeños.

- *Are you sure?*^[12] Yo creo que tú le gustas a ella.

- No creo. Serán ideas tuyas.

- *Ok guys, everything is ready, you should go to Justin's now*^[13]. - anunció la señora Cooks desde la cocina, que se encontraba en la parte inferior de la casa, nada más bajar las escaleras.

Ambos fueron rápidamente a por la comida que había preparado Lesley y se dirigieron al coche de Mike. Porque sí, aunque tuviera solo 16 años, eso de conducir está permitido en los Estados Unidos.

Cogieron la carretera de camino a la hoguera en casa de Justin, donde

iban a disfrutar de una noche al más puro estilo norteamericano, y aunque aún no lo supiera, iba a ser el punto inicial en la vida de Álex, algo que no había vivido nunca, hasta aquel momento.

3

Mike conducía el vehículo por las inacabables curvas que había en el camino. Desde el coche se podía oler el aroma que desprendían los árboles en aquella temporada del año.

Álex observaba aquel paisaje, que en cierto modo le recordaba al descrito por la autora Stephanie Meyer cuando contaba a sus lectores como ella veía Forks, ciudad del estado de Washington, al norte del país, donde transcurren los libros de la saga 'Crepúsculo', unos de los libros favoritos de Laura.

Tras rememorar estos momentos, y recordar lo que le había dicho minutos antes Mike, empezó a pensar en Laura. ¿Sería verdad que siempre había estado colado por él? No podía ser. No podía creerlo del todo. Siempre se había comportado como una amiga, y no parecía que hubiese nada más entre ellos.

Sin darse cuenta, ya habían llegado al lugar. La casa no era como la de los señores Cooks, sino bastante diferente. A diferencia de la casa de Mike, toda construida en piedra, con unas grandes dimensiones y aspecto de película, la casa de Justin estaba construida con madera, no era mucho más grande que su piso en el pueblo, y daba la sensación de ser muy débil.

- Bueno, ya hemos llegado - comentó Mike, anunciando lo obvio.

- Sí. Todo esto es muy bonito.

- *Thanks*^[14] - dijo una voz desconocida desde detrás de los chicos.

Ambos se giraron, intentando descubrir al remitente de aquella misteriosa voz. Era Justin, el anfitrión de la velada, que recibía a los invitados según llegaban.

- *Hi, my name is Justin. Who are you?*^[15]

- *Oh, hi. I'm Álex, Mike's mate.*^[16]

- Oh, bueno, vayamos detrás. Parece que toda la gente está allí - dijo Mike, que se sentía un poco hambriento - *well, this food is for the party*^[17].

Justin cogió lo que le había entregado Mike y les acompañó a la parte trasera de la casa, donde varios alumnos, tanto españoles como americanos,

se encontraban charlando. Álex enseguida encontró a Laura entre todos ellos.

- Laura, ¿cómo estás? - preguntó Álex al verla sentada sola, alejada del resto del grupo.

- Oh, bien - contestó esta - estaba hablando con mi madre, que estaba un poco preocupada.

- ¿Estás segura?

- Sí, pesado. Venga, vamos con los chicos.

- En fin, si tú lo dices, vamos.

Álex se acercó a la mesa a coger algo para beber y allí estaba Aria. Erguida sobre unos tacones de 10 centímetros, estaba eligiendo que bebida tomar.

- *Which one do you prefer*^[18]? - le preguntó Álex, sorprendiéndola.

- No estoy segura. ¿Cuál prefieres tú? - respondió Aria, realizando otra pregunta.

- Cola.

- *This is my favorite too. I'll get the same as you*^[19].

- Gran elección. ¿Vamos con los chicos?

- No, prefiero estar sola.

- ¿Porqué?

- Por nada en especial.

La gente se había trasladado a la parte delantera de la casa, donde todos bailaban, y solo ellos dos estaban allí detrás. Se sentaron en un lado de la hoguera.

- ¿Es por Mike?

- *How do you know that?*^[20] - preguntó Aria sorprendida.

- Le pregunté si había ocurrido algo entre vosotros, porque os vi un poco raros cuando os encontrasteis en el instituto, y me lo contó.

- ¿Qué te contó? - volvió a preguntar Aria muy intrigada.

- Que tú y Mike erais novios, y que rompisteis.

- ¿Te dijo el motivo?

- Me dijo que decidisteis romper, simplemente.

Aria se rompió. El dolor invadió cada una de las células de su cuerpo. No podía callar, pero tampoco quería hablar.

- No fue así, él me engañó - pudo decir Aria entre lágrimas.

- ¿Cómo?

- Llevábamos dos meses saliendo juntos, y decidimos ir al partido de fútbol americano del instituto. Esa semana jugaba contra el Penncrest High School, nuestros rivales más potentes. Nos sentamos a ver el partido con una amiga mía, Troian. En el descanso, nos fuimos al baño, y cuando volvimos, Mike se estaba besando con otra chica.

Hacía bastante frío. Aria temblaba, no se sabía si por la temperatura o por haber recordado tal cosa de su pasado. Álex le puso su chaqueta sobre los hombros.

- Me da la sensación de que tú eres diferente - dijo Aria, mirándole a los ojos.

Había conexión entre ambos. Se notaba cierta química entre Álex y Aria. Sin pensarlo mucho, Aria se acercó a Álex, lo miró de nuevo a los ojos de color marrón claro, y lo besó. El tiempo se paró y las luces se apagaron. Solo existían ellos dos en el mundo.

La luz del fuego les iluminaba de una forma especial. Aquel ambiente era mágico. Ambos se separaron, pero no por mucho tiempo. Dos segundos después volvieron a hacerlo. Era la primera vez que Álex había sentido algo así. Era un sentimiento nuevo para él. Había besado a otras chicas antes, pero no había sentido nada en comparación con aquel momento.

Se tumbaron en la hierba del césped de Justin, perfectamente cortado. Observaron el cielo. Estaba completamente lleno de estrellas. Nunca había podido ver aquello en la zona en la que vivía.

Trató de recordar. En realidad, si lo había visto antes. En una noche de verano, cuando era niño. Era bastante tarde, y estaban Laura y él sentados igual que ahora lo estaban Aria y Álex.

Laura le decía que si se podían ver las estrellas en el pueblo en que

vivían, y él repetía que no cientos de veces. De repente Laura se levantó y comenzó a darle pedradas a las farolas, hasta conseguir apagarlas todas.

Se volvió a sentar al lado de Álex y observaron el cielo estrellado. En ese momento Laura pronunció una frase que nunca se le iba a olvidar a Álex.

- Por muy negro que veas el cielo, las estrellas siempre están arriba... - dijo en voz alta.

- *What have you said?*^[21] - preguntó Aria desconcertada.

- ...solo hay que saber dónde mirarlas - acabó Laura para sí misma.

Había ido a por bebida, pero los había encontrado allí y no quería molestarlos. Había sentido cierta curiosidad, y se había quedado a escuchar la conversación a lo lejos, sin que pudieran verla, pero al oír aquella frase, decidió dejarlos solos. Sabía que aquel momento era muy importante para su amigo, y no quería arruinarlo.

4

Entraron en la habitación 204 de aquel hotel de tres estrellas que había en el centro de Stateville. Cerraron las cortinas para evitar que les viera nadie, aunque estuvieran en el segundo piso, porque sabían que lo que estaban haciendo estaba prohibido.

Pusieron el cartel de "no molestar" en el pomo y se tumbaron en la cama. Él puso su mano por debajo de su camiseta, haciendo que se estremeciera. "Lujuria" era la mejor palabra para describir lo que sentían en aquel momento.

- ¿Crees que deberíamos hacer esto? - preguntó ella, incorporándose para poder mirarle a los ojos.

- No sé, pero me apetece muchísimo - respondió él, continuando con lo que estaba haciendo anteriormente.

Sara se sentía bien con lo que estaba haciendo, pero tenía una sensación agri dulce. Sabía que lo estaba haciendo no era correcto. David, el otro profesor que acompañaba a Sara en el viaje, lo notó.

- Bueno, si no quieres que continúe, es mejor que me lo digas- dijo apartándose de ella.

- No es que no quiera, sino que sabes que esto está mal. Desde que aceptamos nuestro trabajo en el instituto sabemos que los profesores no pueden tener relaciones entre ellos, y hacerlo aquí, en Estados Unidos, no lo hace más correcto.

- ¿Y qué quieres que hagamos? ¿qué dejemos pasar todo lo que tenemos?

- Pero... ¿qué tenemos? Por qué no lo tengo nada claro.

- Esto, no sé. Lo único que sé es que te deseo con locura, y para mí eso es suficiente, pero parece que para ti no lo es - apuntó, marchándose a su habitación, contigua a la de Sara.

- Espera, no es eso - replicó cogiéndole del brazo para retenerle.

- ¿Y qué es? - preguntó mientras se daba la vuelta para ver a Sara a los ojos, mientras esta le daba una respuesta - porque yo quiero saberlo.

- Es muy complicado de explicar - respondió Sara. No sabía que decir.

- Ves, lo sabía - dijo mientras se iba y cerraba la puerta de la habitación de un golpe, furioso.

Dentro de Sara había dos pensamientos. El primero le decía que podía hacer lo que le diese la gana, que ya era suficientemente mayorcita como para que nadie le estuviese dando órdenes, pero el segundo le decía que lo que iban a hacer no estaba bien, y que, si habían prometido que iban a cumplir unas normas, tenían que hacerlo.

Además, ¿qué iba a suceder si los pillaban? Sabía que eso significaría el despido inmediato del centro, y en los tiempos que corrían iba a ser muy complicado poder encontrar un trabajo como aquel.

Allí se quedó, sentada en la cama, pensando y sopesando las opciones que tenía. Entonces una lucecita se encendió en su cabeza. Iba a hacer algo que sabía que iba a cambiar su vida para siempre, aunque no sabía en qué sentido, iba a hacerlo.

5

El despertador de su móvil sonó con un pitido que se metió en la cabeza de Álex. Se revolvió en la cama, tapándose con la sábana la cabeza. La luz solar le molestaba en la cara. En las casas americanas no existen las persianas, cosa que le repateaba bastante.

Miró el reloj de su teléfono. Eran las 6:30 de la mañana. Aunque no se solía levantar a esas horas, no tenía demasiado sueño, ya que la noche anterior se habían acostado bastante pronto.

Pensaba en la fogata del día anterior, y lo que había pasado con Aria. ¿Cómo podía haberla conocido hacía menos de 24 horas y ya haberse besado con ella? Todo había ocurrido muy rápido. Sin darse cuenta, tenía unos sentimientos muy fuertes hacia ella, unos sentimientos nuevos para él.

Se levantó de un salto y se asomó a la ventana que daba a la puerta delantera. A pesar de ser tan pronto, el señor Cooks ya se encontraba regando el jardín. La gente americana solía estar muy vital a esas horas de la mañana. ¿Tendría algún tipo de vitaminas el agua del grifo?

Bajó las escaleras que llevaban a la cocina de la casa de los Cooks y quiso hacer lo que siempre había visto en las películas, eso de deslizarse por la barandilla hasta el piso inferior, pero no lo hizo, le parecía demasiado ridículo para su edad. Quería dar buena impresión a su familia de acogida.

En la cocina estaban la señora Cooks y Mike preparando *waffles*, una especie de comida parecida a los gofres, muy rico acompañado de sirope de arce, un alimento no muy común en España.

- *Hey, how are you?*^[22] - preguntó Mike a Álex.

- Bien - respondió secamente Álex.

- Me alegro.

- Mmm, huele muy bien - dijo Álex al olfatear el olor de los *waffles*.

Se sentaron a la mesa a desayunar. Álex sentía algo muy raro respecto

a Mike. Tenía una mezcla de sentimientos extraños. No le había contado la verdad respecto a su relación con Aria, cosa que le fastidiaba bastante, pero no quería demostrar su enfado cuando estaba la madre de Mike delante. Era mejor terminar de desayunar cuanto antes sin ningún problema ni sobresalto.

Subió a su habitación para prepararse e ir al partido de béisbol al que iban a asistir todos los estudiantes del intercambio. Allí podría volver a ver a Laura y Aria, pero antes quería tener una conversación con Mike. Quería saber por qué le había mentido.

Se preparó en cuestión de cinco minutos y bajó rápidamente para ir al partido. Álex esperó a subir al coche de Mike para preguntarle por la conversación que tuvieron el día anterior.

- *Are you ready*^[23]? - preguntó Mike de forma retórica mientras empezaba el trayecto hacia el estadio.

- *I'm not sure*^[24] - contestó Álex, desconcertando a Mike con su respuesta.

- ¿Por qué?

- Quiero saber algo de lo que hablamos ayer.

- Ok, pregunta.

- ¿Me mentiste respecto a tu relación con Aria?

- *What*^[25]? - articuló Mike, quedándose estupefacto por la pregunta.

- Estuve hablando ayer con Aria, y me dijo que fue ella la te dejó a ti porque te vió besarte con otra chica.

- Oh, te lo ha contado.

Álex también se quedó estupefacto, pero en este caso por la respuesta de Mike. ¿Cómo había podido haberle hecho eso a Aria? Además, ¿por qué le mentiría a Álex con eso, si en todo caso, Mike no sabía nada de lo que pasaba entre ellos?

- Pero Álex, no es lo que parece...

- ¿Qué quieres decir con "no es lo que parece"?

- A ver, estábamos en un partido de futbol americano, y nuestro equipo jugaba contra el Penncrest High School. Estaba con Aria y su mejor amiga, Troian, y cuando se fueron al baño, yo me quedé solo. Entonces vino una amiga mía, a la que no veía desde hacía varios años, y la besé, pero solo en forma de saludo.

- ¿Cómo que una amiga?

- Sí. Ella vive en Media, un pueblo cerca de aquí, y estudia en el Penncrest. Cuando la vi, me hizo mucha ilusión, y entonces la besé, pero no en los labios. De repente llegó Aria y me dijo que quería dejarlo, que la había engañado, etc., y no me dejó explicarme.

- ¿De verdad? - preguntó Álex sin saber que creer.

- Sí. Yo no quería hacerle daño - respondió Mike siendo sincero.

6

Llegaron al estadio de béisbol siendo un poco más amigos de lo que lo habían sido al salir de casa. Álex había creído, en parte, la historia que le había contado Mike. Era cierto que, si eso le hubiera pasado a él, no hubiera querido contárselo a alguien al que había conocido ese mismo día, y solo por eso, entendía su mentira.

Álex entendía que no era una cosa agradable lo que le había pasado a Mike, pero, por otro lado, también pensaba lo que le había pasado a Aria. Ver a tu novio con una chica que no conoces de nada, y encima, que se estén besando, no es una cosa muy agradable.

De repente, rompió con sus pensamientos. Quería disfrutar de la vivencia que le estaba brindando aquel intercambio. Se detuvo a observar su alrededor. No quería que nada de lo que había pasado el día anterior lo marease.

Observó el edificio que se erguía delante suyo. Difícilmente podía llegar a observar el final de aquella construcción gigantesca. En lo alto, podía observar un rótulo escrito con grandes letras verdes que decía "*Citizens Bank Park*". Además, toda la gente que veía a su alrededor vestía camisas rojas con la palabra "Phillies" en medio, que podía llegar a adivinar que era el nombre del equipo de béisbol de Filadelfia.

Entraron al estadio rodeados de miles de hinchas que iban a ver a sus estrellas favoritas. A diferencia de los seguidores del equipo, le daba lo mismo el resultado final, solo quería vivir la experiencia de estar en aquel sitio y ver un partido de aquel deporte, del cual solo había oído hablar en la sección internacional de informativos o en alguna de las películas de sobremesa que veía su madre cada sábado y domingo.

Le impresionó la seguridad del lugar. Había guardias de seguridad cada 10 metros, y encima, tenían que realizar un chequeo exhaustivo para pasar dentro del recinto.

- ¿Dónde nos sentamos? - le preguntó Álex a Mike.

- No estoy seguro. Podemos seguir al grupo de intercambio, están ahí, esperando a otros estudiantes - dijo señalando a un grupo de gente.

Álex miró su teléfono móvil. Eran las 12:43h. Llevaban solo 13 minutos de partido y empezaba a aburrirle muchísimo. Los Phillies jugaban contra los Mets de Nueva York. No entendía demasiado este deporte. En realidad, no entendía ningún deporte en general.

Empezó a pensar en otras cosas. De repente le vino una imagen a la cabeza: Aria. No sabía qué hacer con ella. ¿Debería contarle lo que le había dicho Mike? Solo habían tenido un roce tonto, pero no se la podía quitar de la cabeza. Si se lo contaba, Aria podría querer volver con Mike de nuevo.

En cambio, pensó que si no lo hacía iba a sentirse mal consigo mismo. No era justo que una relación acabase por un malentendido como ese.

- Mike, voy a comprar algo para comer.

- *Ok. Do you want some money?*^[26]

- No, yo tengo dinero. No te preocupes. Vuelvo enseguida.

Llegó al puesto de comida y pidió unas palomitas y un refresco de cola, su favorito. Cogió su cartera y le entregó un billete de cinco dólares.

- *What do you want miss?*^[27] - oyó Álex sin prestar demasiada atención.

- *Popcorn and one coke, please*^[28] - dijo una voz familiar.

- Ok.

- *How much is it?*^[29]

- *Four dollars.*^[30]

Aria se dio la vuelta y se encontró con Álex. Había reconocido su voz a pesar de conocerla solo del día anterior.

- Aria, quería hablar contigo. ¿Dónde estáis sentadas Laura y tú?

- Yo también quería hablar contigo - dijo Aria, desconcertando a Álex.

- ¿De qué querías hablar? - preguntó preocupado. Aria tenía un tono muy serio.

- Primero tú.

- Ok. Quería decirte que me gustó lo que pasó ayer entre nosotros.
- También quería hablarte de ese tema.
- Te escucho - anunció Álex intrigado.
- Creo que fue un error lo que pasó entre nosotros ayer. Me pillaste en un mal momento. *I'm really sorry, Álex.*^[31]
- ¿Cómo? - preguntó Álex, quedándose con la boca abierta.
- Eres un buen chico, y quería decírtelo cuanto antes para no hacerte daño. Lo siento.

Aria se marchó dejando atrás a Álex, que se quedó allí parado unos minutos, sin reaccionar. Se contuvo las ganas de girarse para verle. Una pequeña lágrima se deslizó por la mejilla blanquecina de Aria. Álex era un gran chico, y le había gustado de verdad, pero esa relación no tenía ningún futuro. Era mejor dejarlo ahora, que no sufrir después mucho más.

Aria abrió la puerta del baño de mujeres del "*Citizens Bank Park*" y entró rápidamente en uno de los servicios disponibles. Hecho ágilmente el cerrojo y se apoyó en la puerta. El rímel que llevaba se le corrió, y empapó el suelo del lavabo con sus lágrimas saladas.

Para ella no era un error lo que había pasado con Álex la noche anterior, pero no podía continuar con él, porque sabía que el dolor aumentaría con el tiempo. A ella verdaderamente le gustaba, pero esa relación estaba destinada a no poder seguir con el tiempo.

Salió de aquel servicio y se miró en el espejo del baño. Tenía la cara descompuesta y el maquillaje corrido. Se limpió la cara y respiró unos segundos. Tenía que serenarse para volver con el resto del grupo.

Una vez se sintió preparada, salió del baño en busca del grupo de estudiantes. Lo único que no quería en ese momento era encontrarse con Álex, porque sabía que si eso ocurría, iba a derrumbarse de un momento a otro.

Se sentó al lado de Laura, quien la esperaba ansiosa. Había tardado 15 minutos para comprar unas palomitas y había vuelto sin ella. Era muy raro.

- Aria, ¿estás bien? - preguntó.

- Si, estoy bien.

- ¿Dónde has estado? ¿Por qué has tardado tanto?

- Oh, un pequeño problema, pero ahora todo está bien.

Laura no acabó de creerse la versión de Aria, pero tampoco indagó demasiado con tal de saber la verdad de lo que estaba pasando. Simplemente calló y siguió disfrutando del partido de béisbol.

Aria aparcó el coche en la entrada de su casa y subió de forma muy rápida a la habitación. Se tumbó en la cama y se abrazó a un peluche que

había a su lado. De nuevo, las lágrimas invadieron su cara sin el permiso de esta.

Un sonido perturbó la tranquilidad que le proporcionaba su habitación. Alguien llamaba a su puerta insistentemente.

- *Who's there?* ^[32] - preguntó curiosa.

- *It's me, Laura. Can I come in?* ^[33] - respondió desde el otro lado de la puerta.

- *Oh, Laura. Wait a second* - respondió mientras se arreglaba un poco, sin realmente conseguir el efecto deseado - *Ok. Come in.* ^[34]

Al entrar, Laura observó la cara de Aria, que era un poema. Se preocupó mucho al verla así. No la conocía demasiado, pero tampoco hacía falta ser demasiado lista para adivinar que estaba muy mal.

- Eh, ¿qué te pasa?

- Estoy bien.

- No, no estás bien. ¿Todo esto es por Álex?

Por la reacción de Aria, la respuesta a la pregunta de Laura era afirmativa.

- ¿Cómo sabes lo mío con Álex? - preguntó muy extrañada. No se lo había dicho a nadie, y le extrañaba que Laura lo supiera - ¿Te lo ha dicho él?

- No. Os vi ayer, en casa de Justin. Estabais juntos, sentados en el césped, junto a la hoguera, y os besasteis. Pero no os dije nada porque no quería fastidiaros el momento.

- Oh.

- Venga, cuéntame qué te pasa.

- Le he dicho a Álex que lo que pasó ayer fue un error, y que solo podemos ser amigos - confesó Aria, hundida.

- ¿Por qué?

- Porque esta relación no puede tener futuro. Él es español, y yo estadounidense, es obvio que no podemos tener una relación.

- ¿Y qué?

- ¿Cómo qué "y qué"? Simplemente, no puede ser, y punto.

Algo se revolvió dentro de Aria al pronunciar la frase anterior. Sabía que no sentía lo que estaba diciendo, pero tenía que ser así. No podía ser de otra forma.

- Si yo estuviera en tu lugar, continuaría, a ver qué pasa. Nunca sabes lo que puede ocurrir. Puedes disfrutar de estos veinte días que tienes junto a él, y lo que pase después ya se verá. Además, con Internet, las relaciones a distancia son mucho más fáciles - dijo Laura, intentando ayudar a Aria.

En ese momento se iluminó la pantalla del móvil de Aria. Era un mensaje de Álex. Se podía leer poco más que "Aria, no sé qué va a pasar con nuestra relación...". Al ver el mensaje, pulsó el botón que decía "Abrir", y leyó lo que decía el mensaje completo:

"Aria, no sé qué va a pasar con nuestra relación, pero no puede acabar así. Siento muchas cosas por ti. Aunque solo te conozco de ayer, me gustas más que ninguna otra chica, y no puedo dejar pasar esto que hay entre nosotros.

En caso que no quieras continuar, te respetaré, pero quiero saber la verdadera razón. No creo que sea porqué sí, que fuera un simple calentón.

Espero poder hablar contigo esta noche, en la cena que tenemos con todos los estudiantes. Estoy deseando verte".

Al terminar de leer el mensaje, una pequeña lágrima volvió a la mejilla de Aria. Solo pasó una frase por su cabeza: "*I'm counting the minutes to see you*^[35]".

8

Entró al baño para verse cómo iba vestida. Llevaba un vestido ceñido de color azul marino que resaltaba todas sus armas de mujer. Para colmo, se enfundó unos zapatos de tacón que hacía que creciera unos siete u ocho centímetros.

Al verse, se dio cuenta de que estaba realmente guapa, y tal belleza no se podía desperdiciar. No sabía qué iba a ocurrir esa noche, pero iba a ser un acontecimiento único.

Se maquilló los pómulos, se pintó los labios con un tono inferior al de su rosa natural y se alargó las pestañas con un poco de rímel que sacó de su bolsa de pinturas. Estaba lista para la acción.

La noche anterior se había quedado sin poder hacer nada con David por su "culpa pre-algo", es decir, la culpa que sentía antes de realizar cierta acción que ella consideraba inmoral.

Llamó a la puerta de la habitación contigua. Abrió un David desaliñado, y que, por su vestimenta, no tenía pensado salir a ninguna parte.

- Tienes cinco minutos para arreglarte.

- ¿Perdón? - respondió David, que al ver cómo iba vestida Sara, empezó a suponer lo que pasaba.

- Eso. Te espero en cinco minutos en la puerta del hotel.

Por la cara que puso David, Sara intuía que algo no iba bien.

- ¿Quieres que vayamos a cenar como si ayer no hubiera pasado nada?

- Sí, quiero arreglar lo que pasó - dijo Sara, desdibujando de su cara la sonrisa que tenía.

- Pero... ¿qué quieres arreglar? Simplemente me dijiste que no querías continuar con esto. ¿Qué quieres ahora?

- Yo no te dije eso - contestó levantando levemente la voz, cosa muy extraña en Sara - solo te dije que no sabía si lo que estábamos haciendo estaba bien.

- ¿Y qué diferencia hay entre hoy y ayer? ¿Es más correcto hacerlo hoy por algún motivo?

- No, pero lo he pensado mucho, y me dan igual las reglas del instituto. Te prefiero a ti mil veces - dijo mostrando sus sentimientos.

La última frase le tocó a David su fibra sensible. Se lanzó a Sara y le dio un beso lleno de amor.

- Venga, en cinco minutos en la entrada - dijo cuándo pudo despegarse de David.

- Creo que van a ser un poco más - anunció mientras entraba a la habitación a cambiarse.

- 4:59, 4:58, 4:57... - empezó a contar Sara - ese es el tiempo que voy a tardar en leerme todos los folletos de información de turismo que hay en recepción. Cuando termine, me voy. Más te vale estar para entonces.

4 minutos y 37 segundos fue lo que tardó David en bajar a recepción y encontrarse a Sara leyendo los folletos de información, como había dicho anteriormente.

Sara sonrió al verlo. Iba vestido con una camisa blanca y unos pantalones vaqueros. No iba vestido muy formal, pero así era él. Ese era su estilo.

- Te han sobrado 15 segundos - dijo Sara mirando su reloj.

- En realidad han sido 23, pero tú has tardado en verme un poco más - apuntó, señalando su teléfono.

- Bueno, pequeñeces. ¿Qué son 8 segundos?

- Un buen beso - le respondió mirándola a los ojos - como este.

Y la besó. Ese beso era diferente al que le había dado unos minutos antes. Este contenía una efusividad que Sara no había encontrado en el otro.

Ese era un beso de verdad, como los de las películas románticas que tanto le gustaban. Recordó el beso entre Jack y Rose en 'Titanic', el de Spiderman y su novia, y el de Jennifer Aniston con otro chico en una película de la cual no podía recordar el título. Siempre había querido un beso como alguno de esos, y sabía que en algún momento iba a poderlo disfrutar. Algo dentro de ella le decía que no iba a ocurrir demasiado lejos, y entonces lo encontró en los labios de David.

Se sentó nerviosa en la silla que había libre al lado de Laura. Esperaba con ansia la llegada de Álex. No tenía ni idea de qué iba a decirle, pero fuera lo que fuese, sería algo que marcaría la continuación de su relación con este, ya fuera para bien o para mal.

Miró su móvil nerviosa. Releyó el mensaje que le había enviado anteriormente Álex. Era muy bonito que un chico al que solo conocía del día anterior le importase tanto. Además, sabía que el sentimiento era recíproco.

- *Ok, guys. What do you want to order?*^[36] - preguntó la camarera, que se preparaba la libretita para anotar los pedidos.

Algunos de los estudiantes respondieron a la pregunta, pero Aria tenía demasiadas cosas en la cabeza para hacerlo. Laura lo notó y se preocupó por ella. Sabía lo que sentía Aria ahora mismo. Ella lo había pasado dos años antes, cuando se enamoró de un chico del campamento de verano, pero la relación no pudo continuar, porque ella vivía a 40 minutos de Valencia, y él era de Burriana, un pueblo de la provincia de Castellón. Por aquel entonces no tenía Facebook, y la relación no continuó.

Además, Laura sabía que no era la misma situación. Ella tenía 14 años cuando ocurrió aquello, y con solo dos años de diferencia, las cosas cambiaban de forma radical. Cuando tienes 14 años te sientes perdido, y aunque también pase con 16 años, ocurre de forma diferente. Tienes las ideas más claras, y los amores son distintos.

Por otro lado, la distancia también era diferente. No es lo mismo que te separen unos pueblos que el océano Atlántico. Era una barrera bastante grande en su relación. Y aunque antes le hubiera dicho lo contrario, sabía que las relaciones a distancia no funcionaban. Pero, de alguna forma tenía que animar a su compañera.

Un golpecito en la espalda le hizo salirse de sus pensamientos.

- Laura, voy un segundo fuera, quiero esperar a Álex allí.

- ¿Quieres que te acompañe? - preguntó Laura. Temía que Aria se derrumbase de un momento a otro.

- No, estaré bien.

- *Are you sure?*^[37]

- *Of course.*^[38]

Aria esperaba sola a Álex en el parking del restaurante en el que estaban cenando todos los estudiantes del intercambio. Oyó el sonido de un grillo que la asustó sin motivo. Estaba bastante nerviosa, y un pequeño sonido o movimiento la hacía inquietarse de forma exagerada.

Los segundos parecían minutos, y los minutos, horas. Nunca había sido consciente, pero el tiempo se ralentizaba de forma extrema cuando estaba esperando cualquier cosa.

Unas luces que entraban en el parking la cegaron por unas milésimas de segundo. Por un lado, esperaba que fuera Álex. Quería hablar con él y aclararlo todo de una vez. Por otro lado, no quería que fuese él. Tenía cierto temor a la situación. No sabía cómo iban a acontecer los hechos, y eso la inquietaba muchísimo.

Por suerte o por desgracia, se trataba del coche de Mike. Vislumbró a Álex sentado en el asiento del copiloto. Un temblor recorrió su cuerpo pasando por cada una de las células de su organismo.

El coche de Mike se detuvo unos metros más allá de Aria. Las luces se apagaron y el sonido del motor cesó. Del vehículo salió Mike y segundos después Álex.

- *Hey Aria. What are you doing here?*^[39] - preguntó Mike, curioso.

- *Hi Mike. I'm waiting for him.*^[40]

- *For him?*^[41] - preguntó extrañado señalando a Álex.

- *Yes. Could you let us alone?*^[42]

- *Oh, yes, of course*^[43] - dijo mientras entraba en el local con cara de sorpresa.

Aria se empezó a sentir más tranquila con la simple presencia de Álex. Su cuerpo, su cara, su energía... todo en él la tranquilizaba.

- Aria, creo que tenemos que hablar. No podemos seguir así...

Álex calló cuando Aria puso su dedo índice en la boca de este.

- Please, shut up. I'm going to tell you something really important. I don't want to break this moment. [\[44\]](#)

10

Aria quitó el dedo de la boca de Álex. Sin saber por qué, había soltado esa frase que había dejado a este sin palabras. No había pensado exactamente qué iba a decirle, pero tenía una vaga idea de por dónde iban a ir los tiros.

- No sé cómo decirte esto...

- Simplemente suéltalo - pidió Álex, deseando oír las explicaciones de Aria. Lo que pasó el día anterior le hacía muy feliz, pero lo que había ocurrido esa misma mañana en el estadio de béisbol le había hecho pensar en que posiblemente había sido un hecho aislado que no se iba a volver a repetir, y que para Aria no había significado nada.

- Mira, sé que esto está yendo demasiado rápido, pero realmente no pienso lo que te he dicho esta mañana en el estadio...

Álex soltó una bocanada de aire mostrando así el alivio que sentía al escuchar aquellas palabras salir de la boca de Aria.

- No sabes lo feliz que me hace lo que me estás diciendo - confesó Álex dibujando en su cara una sonrisa que iba de oreja a oreja.

- *Please, let me finish.* Quiero decirte que... - pensó mucho lo que iba a decir - *...I want to be with you.* ^[45] Eres un gran chico, y quiero que nos demos una oportunidad.

- Yo también quiero estar contigo. Solo tenemos 20 días para disfrutar de esto, y no quiero desperdiciar ni un solo segundo de todo ese tiempo.

- Alguien me ha dicho algo parecido, y creo que tiene razón - dijo, recordando las palabras de Laura.

Aria se acercó a Álex y simplemente lo abrazó. Quería sentir el contacto de su piel con la del español. Puso su cabeza a la altura del pecho de Álex y pudo percibir los latidos de su corazón, que en ese momento iba más rápido de lo normal.

Aria subió unos centímetros por el cuerpo de Álex hasta llegar a la zona de su boca. Sus perfectos labios húmedos la atraían como un imán atrae el metal. Finalmente chocaron los labios de ambos. Ese momento fue mágico, como lo había sido la noche anterior.

La luz de la luna los iluminaba de una forma especial. Les daba un brillo único. La imagen que se podía observar era muy bonita: una pareja de chicos jóvenes, besándose con pasión y que no les importaba lo que sucediera a su alrededor.

Aria se sentó al lado de Laura en el asiento que había dejado anteriormente libre y Álex hizo lo mismo junto a su compañero Mike.

- ¿Qué has decidido finalmente, Aria? - preguntó Laura muy intrigada.

- He hecho lo que me has dicho. Creo que tienes razón. Solo tenemos 20 días para vivirlos juntos, y no hay que desperdiciar el tiempo. Álex es un gran chico, y quiero darle una oportunidad.

- Y entonces, ¿a qué estás esperando para ir y sentarte a su lado?

- ¿Qué?

- Eso mismo. Si solo tienes 20 días, ¿qué haces aquí perdiendo el tiempo? ¡Disfruta de tu chico mientras puedes!

- ¿Tú crees? Es que creo que no debemos hacerlo delante de todos.

Laura se quedó pensando. Era cierto que de esa relación solo tenían conocimiento Álex y Aria, obviamente, y ella, aunque también podría saberlo Mike si Álex se lo hubiera contado. Sentarse al lado de Álex sin motivo aparente podría desencadenar una serie de comentarios que lo único que podría hacer sería arruinar el tiempo que tenía la pareja en el viaje.

- Es cierto - dijo finalmente Laura después de recapacitar.

- Álex, ¿qué quería Aria? - preguntó Mike muy curioso.

Álex estaba distraído hablando con otros estudiantes y no alcanzó a oír la pregunta.

- Álex, ¿qué te ha dicho Aria? - repitió Mike de forma diferente cuando estuvo seguro que este podía oírlo.

- Oh, te contaré después. Es muy fuerte.

Mike estaba más intrigado aún con la respuesta de Álex, y quería saber que ocurría con su ex novia. En parte creía que podía ser por el motivo de su ruptura con Aria, ya que Álex le podría haber contado lo que él mismo le había dicho del malentendido, y la conversación podía ser referente a ese tema. Aunque siempre cabía la posibilidad que fuera por algo totalmente diferente a ese tema. Podía ser algo referente al intercambio. La intriga le mataba a cada segundo que pasaba.

- *Please, tell me something. I need to know it.* ^[46]

- Vale, vale. Es sobre ella y yo.

- ¿Cómo? - preguntó extrañado Mike.

- ¿Recuerdas la otra noche en casa de Justin?

- Sí, claro. ¿Ocurrió algo entre nosotros?

- Bueno, - empezó a bajar el tono de voz para que solo Mike pudiera oírlo - durante la fiesta, Aria y yo nos besamos.

Algo dentro de Mike se revolvió, y no pudo evitar gritar:

- ¿Cómo que tú y Aria os habéis besado?

La mesa de estudiantes entera, tanto españoles como americanos se giró para mirar a Mike y luego a Álex, seguido de un rápido vistazo a Aria. Todo el restaurante había oído lo que había dicho Mike. Por suerte lo había dicho en castellano y solo esa mesa los había entendido. Aunque solo con eso ya tenía suficiente.

En ese momento sonó el teléfono móvil de Mike. Un mensaje nuevo en el grupo de WhatsApp del intercambio. Alguien había escrito: "¡Que fuerte! Álex y Aria se han besado. No me lo puedo creer".

Álex puso sus manos en la cara intentando tapanla por vergüenza. Solo podía pensar una cosa en ese momento: "Dios, ¡en qué lío me he metido!".

11

La alarma del móvil de Álex anunciaba que eran las 6:30 de la mañana. Se levantó rápidamente de la cama. No sabía si realmente toda la gente sabía lo que había pasado entre él y Aria o había sido simplemente un sueño, o más bien, una pesadilla.

Por lo que pudo ver en su iPhone, nada de aquella había sido un sueño, sino que realmente había ocurrido. En su teléfono había mensajes de WhatsApp de diferentes personas y grupos: en primer lugar, en el grupo de gente del intercambio, llamado "*USA, there we go*" había 245 mensajes nuevos, entre los que se destacaban frases como "Que fuerte", "No me lo puedo creer" o "Estaba claro que algo así iba a pasar".

A continuación, pudo ver que tenía mensajes de Laura, donde se podía leer "Álex, ¿estás bien?", "Dime algo", "Por favor, estoy preocupada por ti".

Finalmente había una conversación que destacaba entre todas las demás. En letras grandes se leía Aria Vanderwall, y abajo aparecían 3 mensajes nuevos. "*Hey, Álex, are you OK?*", "*I'm really sorry for this*" y "*I want to talk to you*"^[47]

No respondió a ninguno de ellos. Decidió pasar del tema, como si nada hubiese ocurrido. Puede que sus compañeros dejaran el tema si no se pronunciaba al respecto.

Bajó las escaleras para desayunar junto a su nueva familia. Se sentía nervioso. No sabía si Mike le habría contado algo a los señores Cooks. Le inquietaba que le dijeran algo sobre el tema.

El desayuno transcurrió con total normalidad. Nadie comentó nada de lo ocurrido la noche anterior. Ahora se encontraba en el coche, donde horas antes le había contado a Mike todo lo que había ocurrido con Aria. Mike no se había mostrado reacio a esa relación. Al contrario, se había alegrado por Álex, o al menos, eso era lo que parecía.

- Ahora, cuando lleguemos al instituto, tenemos la reunión con los profesores del intercambio. Espero que nadie diga nada de lo que pasó ayer - le dijo Mike a Álex.

- Eso espero.

Mike encendió la radio de su coche y sintonizó la cadena de moda en esos momentos. Sonaba el último éxito de Ariana Grande. En ese momento Álex apagó la radio.

- Quería preguntarte algo.

- *What*^[48]?

- ¿Te molesta la relación que tengo con Aria? - preguntó Álex, extrañándose a sí mismo. ¿De verdad tenía una relación?

- No, para nada. Ella fue mi novia hace un tiempo, pero ahora solo es una chica más.

- Realmente nosotros no hemos hecho nada. Simplemente nos hemos dado un par de besos. Las cosas han surgido así - declaró Álex.

- Sé que no lo has hecho a propósito. Las cosas ocurren así. Me alegro por ti y por Aria.

- Gracias.

El resto del camino al instituto transcurrió con total naturalidad, relajados, escuchando música y hablando a ratos. Era un alivio tener un aliado que les apoyara.

12

Despertaron juntos en la misma cama. La noche anterior había sido un tanto agitada. No recordaba demasiado lo que había ocurrido en la cena. El vino que se habían tomado tampoco ayudaba demasiado a su memoria.

Un rayo de sol dio directamente en la cara de Sara, que tenía apoyada su cabeza sobre el torso de David. Aparto el brazo de David, que rodeaba su cuerpo fuertemente, y miró la pantalla de su teléfono.

- Rápido, corre, despierta. Nos hemos dormido.

David despertó, asustado por los gritos de Sara.

- ¿Qué pasa? ¿qué pasa? - fue lo primero que salió de su boca.

- Son las siete y media de la mañana. En media hora tenemos una reunión con el director del instituto. Rápido - dijo levantándose rápidamente de la cama y cogiendo su ropa, que estaba desperdigada por la habitación.

- ¿Y ya vamos a llegar tarde?

- Sí - respondió tajante.

Entonces David cogió a Sara por la cintura y la tiró a la cama junto a él.

- ¿Y qué más da entonces llegar cinco minutos antes que después, si ya llegamos tarde?

- ¿Eres tonto? - dijo ella quitandoselo de encima.

- Venga Sara, ven - insistió él, que aún estaba tumbado en la cama.

Mientras Sara se arreglaba en su baño, David cogió las llaves del coche que había alquilado el día que habían llegado a Stateville.

Sara terminó de arreglarse y fue a buscar las llaves que ella misma había dejado el día anterior en la mesa que había en la habitación de David, pero para sorpresa de esta, allí no había ninguna llave.

- Oye, David, ¿tú has visto las llaves del coche? Estoy casi segura que las dejé aquí encima ayer.

Entonces Sara se giró hacia donde aún estaba su novio y se encontró a David jugueteando con las llaves en la cama.

- Venga, no hagas el tonto y arréglate. Solo quedan 25 minutos para llegar - dijo mientras se acercaba a la cama para recogerlas.

- Bueno, si quieres las llaves, cógelas.

David se puso las llaves del coche dentro de sus calzoncillos bóxers, única prenda de ropa que vestía en ese momento.

A Sara le cambió la cara, de enfadada a juguetona. Se quitó la ropa que se había puesto del día anterior y pronunció una frase:

- Bueno, pero solo cinco minutos.

Álex se sentó en una de las sillas vacías de la sala de profesores del Stateville High School. Podía escuchar los cuchicheos de sus compañeros a sus espaldas. Realmente no le importaba demasiado lo que dijeran, pero no sabía cómo le había podido sentar a Aria. No quería que le afectara de ninguna manera.

Cogió de su bolsillo trasero su teléfono móvil. Quería hablar con Aria, pero no sabía bien que decirle. Era una sensación extraña. Álex tenía la fama de ser un chico inteligente, con un gran vocabulario y un don para las palabras, pero en ese momento ni una sola salía de su teclado.

Deslizándolo sus dedos por la pantalla táctil empezó a escribir: "Hola Aria, siento no haber respondido antes, pero no sabía que decirte. Siento mucho lo que pasó ayer. No quería que nadie se enterara de esto. Espero poder hablar contigo pronto".

En el momento que dio a la tecla de enviar, una voz de una estudiante americana empezó a hablar por megafonía anunciando un torneo de natación. Ese mismo día iban a disputarse unas carreras muy importantes que abarcaban institutos de todo el estado: el Stateville High School, el Penncrest High School, el Rosewood Day, etc.

Una idea brotó en la mente de Álex. De nuevo, escribió un mensaje a Aria: "¿Quieres que vayamos a las carreras de natación que se realizan en tu instituto hoy?".

Guardó su teléfono en el mismo bolsillo del que lo había sacado, esperando una respuesta. Si Aria aceptaba ir con él a las carreras podrían hablar tranquilamente sin que nadie del grupo les molestase. En todo caso estaría Laura, pero no le importaba que su mejor amiga se enterara de lo que tenía que decirle. Al contrario, le parecería un alivio, ya que podría hablar con ella sobre todo lo que le ocurría.

Una mujer entró en la sala dos segundos después de que sonara la campana, anunciando que empezaban las clases de ese día. Detrás de ella entraban Sara y David, que tenían cara de haber dormido poco aquella noche.

La primera mujer que entró le transmitía una sensación de amabilidad y confianza. No tendría más de treinta años y tenía el pelo rubio. Álex, que se fijaba mucho en los detalles, vio en la mano de la profesora, que no llevaba anillo, por lo que pudo decir que estaba soltera. La ropa que llevaba la hacía parecer más joven incluso que Sara, que no aparentaba para nada los 31 años que tenía.

- Hola chicos, soy la señora Callahan, y soy profesora de español aquí en el Stateville High School - anunció con acento puertorriqueño.

- Chicos, prestad atención. Ahora la señora Callahan os va a leer unas normas que debéis respetar mientras estéis aquí en Estados Unidos - dijo Sara.

- Sí. ¿Estáis listos?

La profesora empezó a leer una serie de reglas básicas y generales que debían seguir mientras estuvieran viviendo con las familias de intercambio:

1. No se puede fumar en el centro.
2. No se puede beber alcohol en todo el país si no eres mayor de 21 años.
3. No se puede tomar ningún tipo de droga ni sustancias ilegales.
4. No se puede subir a ningún tipo de transporte público sin la compañía de un compañero americano.
5. No se pueden mantener relaciones amorosas ni sexuales entre los estudiantes americanos y españoles.

Unas risitas sonaron por detrás de la sala de profesores. Álex se preocupó por si alguien podía contar más cosas de las necesarias delante de los cuidadores. De repente sintió la necesidad de preguntar:

- ¿Y qué pasaría si hubiera una relación entre un español y un americano?

- Supondría la expulsión inmediata del intercambio, y por tanto, la vuelta a España directamente - respondió la señora Callahan-. Además, si eso ocurre, el estudiante americano tampoco viajará a vuestro país.

A Sara se le hizo un nudo en la garganta. ¿Cómo podría expulsar a uno de sus alumnos si eso ocurría, si ella misma estaba incumpliendo esa misma norma?

En ese momento llamaron a la puerta de la sala de profesores. Álex pudo observar, por el pequeño cristal que había, que se trataba de Aria y Laura.

Las chicas entraron y se sentaron en los asientos libres que había al lado de Álex. Fue en este caso Laura quien se sentó al lado del español.

- No me has respondido a los mensajes. Me tenías muy preocupada - le susurró al oído.

Álex pudo ver que Laura tenía las uñas más mordidas que cuando llegó a Estados Unidos. Odiaba la situación que estaba viviendo. No quería que Laura sufriera por su culpa.

- Lo siento. No sabía muy bien que decirte, ¿sabes? - le devolvió el susurro.

- No sé. Me podrías haber dicho como te encontrabas, por ejemplo.

- Si te digo la verdad, me siento exactamente igual que antes. No ha notado ningún cambio, ni nadie me ha dicho nada al respecto.

- Pues no sé. A mí tampoco me han dicho nada, pero ya sabes cómo es la gente. Les gusta mucho cuchichear a las espaldas. Además, no sé si has leído los mensajes del grupo de WhatsApp, pero tras los primeros mensajes, nadie ha mencionado el tema.

- ¿No? Qué raro.

- Es que los temas de conversación cambian cada hora. Ahora están centrados en Matthew, el compañero de Jorge. Dicen que el chico es gay porque es un poco diferente. Ya se han olvidado de lo vuestro.

Álex puso cara seria. Se había quedado un poco más tranquilo con lo que le había dicho su mejor amiga, pero había algo que no le cuadraba. Tenía un mal presentimiento. Sabía que algo malo iba a suceder, y su instinto raramente le fallaba.

- Creo que se lo voy a contar a Sara.

- ¿CÓMO? - dijo un poco más alto de lo normal - ni se te ocurra decírselo a nadie.

- ¿Por qué? Necesito que alguien me diga que hacer, y sabes que Sara nos apoyará con lo que sea. Para mí, Sara es como una hermana, a la que se lo puedo contar todo.

Sara había sido profesora de inglés de Álex desde primero de la ESO, cuando este entró al instituto, y como era una de las profesoras más jóvenes y enrolladas del centro, era con la que mejor se llevaba. Para él había sido mucho más que una profesora. Sara había ayudado mucho a Álex cuando, años atrás, sus padres se habían divorciado. En aquel momento duro, solo tuvo el apoyo de la profesora y su mejor amiga.

- Bueno, en ese caso, supongo que tienes razón. Sara siempre ha estado de nuestro lado, y no creo que ahora cambie de bando - respondió Laura.

Álex alzó la vista, y vio que Sara estaba jugando con su móvil. Decidió enviarle un mensaje. "Sara, no quiero que digas nada, pero quiero hablar contigo. Espérame fuera cuando acabe la reunión, por favor. Es un tema bastante delicado, y necesito consejo."

Sara recibió el mensaje de Álex y lo buscó entre los alumnos que estaban escuchando la charla de la señora Callahan, que seguía hablando de cosas que se podían o que no se podían hacer en los Estados Unidos.

Encontró a Álex, como no, sentado al lado de Laura. La estaba mirando como lo hacen esos cachorros que están abandonados en una caja de cartón y esperan que alguien los coja y los adopte. No sabía de que se trataba, pero debía ser algo serio, y no quería fallar a uno de sus alumnos preferidos, esos alumnos por los que se había hecho profesora.

"Vale. Te espero en el pasillo de la biblioteca nada más acabe la reunión. Pero dime, ¿de qué se trata? Me has preocupado".

"Es algo delicado. Prefiero contártelo en persona. ¡Muchas gracias!" respondió Álex mientras le dedicaba una sonrisa forzada.

14

Sonó el timbre que señalaba el final de la reunión con los alumnos y también la primera clase del lunes. Álex se desplazó al lugar señalado por Sara, no sin perderse un par de veces y tener que preguntar por el sitio a los alumnos que se desplazaban rápidamente a la siguiente aula.

Al llegar vio que Sara estaba apoyada en una de las columnas que ayudaban a sustentar el edificio y que, a la vez, daban una belleza al mismo propia de la antigua Grecia. Al ver aparecer a Álex, Sara guardó su teléfono móvil en el bolsillo.

- Me tienes en ascuas. ¿Qué te pasa? Me has dejado muy preocupada con el mensaje.

- Uf, ¿por dónde empiezo?

- Pues sería mejor que lo hicieras por el principio, porque si no, será difícil que pueda llegar a entender lo que te pasa - dijo irónicamente.

- Bien.

Y empezó a relatar todo lo que le había ocurrido en los dos días que llevaba en Estados Unidos:

- ¿Sabes quién es la compañera de Laura?

- Creo que sí. Me suena que se llama Aria, ¿no?

- Efectivamente. Bueno, pues esto tiene que ver con ella y conmigo.

- Pero, ¿quieres decirme de una vez qué ocurre?

- Pues, es que, el primer día que llegamos aquí, el sábado, los estudiantes tuvimos una fogata en casa de Justin, un estudiante americano, y allí, con el calor del fuego, la tensión del momento y eso... la besé.

- ¿Cómo que la besaste? - preguntó extrañada.

- Sí. Y hay más - respondió Álex.

Sara cambió de cara al instante, llegando a parecer un poco atemorizada.

- ¿No habréis...? - le daba apuro terminar la pregunta.

- ¿Qué? - preguntó sin entender que quería decir.

- Ya sabes... - dijo Sara mientras formaba un círculo en su mano izquierda con el dedo pulgar e índice, e introducía el dedo índice de la mano derecha en este, recreando así una penetración.

- NOOOOOOOOOOOOOO - respondió Álex antes de que terminara el gesto.

La cara de Sara cambió, pasando del temor al alivio.

- Bueno, ¿entonces qué es eso tan grave?

- Pues... no sé cómo describirlo. Todo está sucediendo muy rápido, pero podría decir que me ha gustado muchísimo estar con ella.

Sara no quería hacerlo, pero instintivamente soltó una risita. Era muy tierno todo lo que le estaba contando Álex. Ojalá todos sus problemas fueran esos.

- ¿De qué te ríes? - preguntó Álex, contagiado también con un poco de risa tonta y sin ningún sentido.

- De lo que me acabas de decir. ¿Cómo sabes lo que sientes por ella?

- Lo imagino, por lo que dicen en las películas. Desde que conocí a Aria siento eso que dicen de las mariposillas en la barriga cada vez que la veo reír, o se me pone la piel de gallina cada vez que me toca, o simplemente me roza, por no hablar de lo que siento cuando la beso...

- Bueno, me lo puedo imaginar - contestó Sara, recordando el beso que se había dado con David la noche anterior en la recepción del hotel donde se estaban hospedando.

- Pues eso. Quería contártelo yo, y no que te enteraras por terceras personas.

- Pero... ¿quién más sabe esto? - preguntó preocupada.

- Todo el grupo de alumnos.

- ¿QUÉ? - dijo gritando. Se giró, y comprobó que gran parte de los alumnos que iban en dirección a su próxima clase se habían vuelto para averiguar quién había sido el remitente de aquel grito.

- De todas formas, no creo que nadie diga nada.

- Eso espero, porque ya sabes qué significaría eso: la expulsión inmediata - le recordó, inquieta.

- Bueno, y tú no se lo vas a decir a nadie, ¿no? - dijo esperando una respuesta que ya conocía.

- Claro que no se lo voy a decir a nadie, ¿qué crees?

- ¡Muchas gracias!

Álex le dio un abrazo a Sara como no lo había hecho nunca antes. Con esa conversación se quedaba mucho más tranquilo, y sabía que ahora tenía un nuevo confidente al que poder contar todo lo que le preocupaba sobre el tema "prohibido".

15

Álex entró en el aula de matemáticas acompañado de Mike. Era ya tercera hora de la mañana, es decir, los alumnos del intercambio ya se habían perdido varias clases.

Vieron unos asientos vacíos al final de la clase y se sentaron allí, al lado de otros estudiantes españoles y algunos americanos.

Entró la profesora al aula con cierta prisa. Dejó rápidamente el maletín en la mesa que presidía la habitación y se puso a escribir en la pizarra la palabra "Krause".

- *Hi guys. Today we have some guests, who came from Spain, so we'll try to make a light class. Yo no hablar mucho Spanish, but yo intento*^[49] - dijo amablemente la señora Krause.

Álex desconectó. Era un chico de letras al que no se le daba nada bien las matemáticas. En cambio, adoraba la economía, una de las asignaturas en las que estaba más fuerte.

Empezó a mirar a la profesora. Esta llevaba el pelo castaño ondulado, y no era demasiado alta. Sus ojos eran de color avellana, y raramente quitaba la sonrisa de sus labios. Por su aspecto le recordaba a una actriz que ahora mismo no le venía a la mente.

- Jennifer Love Hewitt - dijo por lo bajo.

- *Sorry?*^[50] - preguntó Mike, que no había alcanzado a oírlo bien.

- Nada, nada. Es una tontería

Mike volvió a lo que estaba haciendo. Desde la mesa contigua a la de este, Álex no podía saber si estaba copiando realmente todo lo que la profesora decía o escribía en la pizarra, o por el contrario se distraía realizando un dibujo de cualquier tipo. Álex solía hacer lo segundo desde hacía unos años, cuando aún tenía que asistir a clase de matemáticas. Por suerte, el bachillerato te daba la opción de elegir.

Un temblor por la pierna le hizo salirse de sus pensamientos. Era su móvil. Su madre acababa de mandarle un mensaje de WhatsApp. "¿Qué tal

todo por ahí?" decía, acompañado de una sevillana que bailaba flamenco.

"Bien. Pero, ¿qué pinta la bailarina aquí?" preguntó extrañado.

"Ups, lo siento. Quería mandarte la carita que da besos, pero he pulsado mal. Malditos móviles nuevos." respondió su madre desde el otro lado del charco. "Me alegro que estés bien. ¿Y Laura, qué tal?"

"Muy bien también". La madre de Álex conocía a Laura desde que ella tenía tres años y los dos niños entraron juntos al parvulario. Siempre que iban de acampada o de viaje con el colegio, le preguntaba por ella. Era como una hija más.

En el siguiente mensaje si envió bien el emoticono de la cara dando besos al aire. "Bueno, si quieres, cuando llegues a casa nos llamas por Skype. TE QUIERO"

Álex se quedó mirando las últimas dos palabras del mensaje. "Te quiero", se repetía para sí mismo todo el tiempo. Esas dos palabras eran muy fáciles de decir, pero sentirlo realmente no lo era tanto.

Era obvio que quería a su madre, a su hermana, a sus amigos, a profesores como Sara... pero nunca había sentido nada parecido a lo que sentía por Aria. Esas cosas solo las había visto en las películas románticas, y siempre había imaginado como se podía sentir el protagonista, pero nunca sus pensamientos se habían asemejado a lo que realmente sentía ahora.

Volvió a sonar el timbre que daba por zanjada aquella clase de matemáticas. Había estado casi una hora pensando en Aria y el tiempo le había pasado volando, como a cámara rápida.

- Vamos Álex, que ahora tenemos clase de español - dijo Mike, que estaba recogiendo sus libros para cambiar de aula.

- ¿Quién es tu profesora?

- La señora Callahan, la mujer que había en la reunión.

- Oh, bien.

Caminaron por los largos pasillos del ala A del instituto hasta detenerse en una de las miles de taquillas rojas que había en las paredes laterales. Mike necesitaba dejar los libros de matemáticas y recoger los apuntes de español.

La misma chica que lo había hecho anteriormente volvió a anunciar las carreras de natación. Álex pensó en que Aria no le había respondido a la petición de asistir con ella a esas carreras.

- ¿Vas a venir a las carreras? - preguntó Mike mientras cerraba su taquilla.

- No lo sé, ¿porqué lo dices? - respondió, volviendo a la realidad.

- Hoy compito con el equipo del instituto. Nos jugamos mucho en esta carrera. Va a venir un ojeador de la universidad de Nueva York a vernos nadar. Lo decía por si querías venir a verlo. Es todo un espectáculo.

- La verdad es que suena muy bien. Además, Laura me dijo si quería ir - mintió.

- Aria solía venir a verme. Puedo proponerle que venga, si quieres, claro.

- Oh, no lo había pensado - volvió a mentir.

Llegaron a la clase de la señora Callahan mientras hablaban. Estaba realmente cerca de la taquilla de Mike.

- En la hora de la comida se lo comentaré a Laura, y si quiere ir...

La señora Callahan les interrumpió. Había levantado la vista de su mesa desordenada cuando los había oído hablar.

- Perdona, ¿es usted el señor Espriu? - preguntó a Álex.

- Sí, pero puede llamarme Álex.

- Bueno, señor Cooks, ¿nos puede dejar solos un momento? - dijo mirando a Mike por encima de sus gafas.

- *Of course*^[51] - respondió el americano.

- ¿Qué les tengo dicho? Hablen en español.

- Lo siento. Por supuesto.

Mike se marchó a su pupitre mientras la señora Callahan y Álex se quedaban hablando.

- Mire, señor Espriu. Quería comentarle cierto tema que he hablado con su profesora, la señorita Nadal.

Álex sentía que una bola se le paraba en la garganta. No podía respirar.

- ¿De qué se trata? - pudo articular a duras penas.

- Aunque no lo parezca, se trata de un tema muy serio.

Álex se preparó para que la señora Callahan dijera aquellas palabras que tanto temía: "Está expulsado", pero eso sí, con un sensual, y con cierto punto sexy, acento puertorriqueño.

16

- ¿De qué se trata? - preguntó él.

- Ya te he dicho que es algo importante - respondió ella.

Sara era de este tipo de personas que no le gustaba contar las cosas importantes por teléfono.

- ¿Quieres que vayamos a comer y me lo cuentas allí? - propuso David al otro lado de la línea.

- Bien. ¿Dónde quieres que vayamos?

- Creo que hay un centro comercial cerca de aquí. Seguro que allí hay más de un buen restaurante.

- Perfecto. Te espero a las 14:00 en el parking trasero del instituto.

Salieron del coche y entraron por una de las puertas principales del centro comercial King of Prussia, uno de los más grandes de todo el país, y el centro que había más cerca de Stateville.

- ¿Quieres que entremos a este restaurante?

- Sí, este parece bueno.

Friday's era una franquicia de restaurantes que había distribuidas por todo el mundo y al que Sara y David habían ido a cenar en Madrid, durante una escapada relámpago que habían hecho un mes antes. Esa misma noche en que fueron a aquel restaurante en España, después de un par de copas de vino, y unos chupitos a cuenta de la casa, se declararon amor eterno en una terraza de la Plaza de Callao.

Fue una noche de pasión, una noche de amor. Aquella fue la noche en que conectaron de una forma especial, formando una unión mágica mediante sus palabras. Fue una gran noche en la que disfrutaron, en todos los sentidos.

Acabaron el segundo plato y una camarera un tanto bajita les acercó el postre que habían pedido. David quería algo sencillo, un simple helado de nata, pero Sara no. Pidió un enorme helado de chocolate acompañado de nata y sirope de chocolate por encima y además un extra de pepitas de chocolate. Tenía un antojo de chocolate.

- Bueno, ¿qué era eso tan urgente que querías decirme?

- Es que no sé cómo decírtelo exactamente.

- Suéltalo, simplemente. Llevas toda la comida rehuyendo el tema.

- ¿Estás seguro? Mira que lo que te voy a contar es muy fuerte.

- Que sí. Dímelo - insistió.

- Creo que estoy embarazada - soltó, simplemente, como le había dicho David.

Álex entró por las puertas acristaladas del natatorio del Stateville High School esperando ver a Aria entre las cabezas de los espectadores, que estaban sentados en las gradas, esperando el comienzo de las carreras.

Cerca de la piscina estaban los primeros nadadores, perfectamente depilados, con bañadores que llevaban la insignia del instituto, y cada uno personalizado con el nombre del deportista. A estos nadadores se iba a unir Mike, quien había acompañado a Álex al lugar después de confirmarle la cita con Laura y Aria.

Por fin encontró las cabezas de las chicas entre tanto estudiante americano. Todos los allí presentes estaban animando a sus respectivos institutos menos Aria y Laura quienes dependiendo de momentos, o hablaban entre ellas o miraban embobadas las pantallas de sus teléfonos móviles.

Una mano rozó el hombro de Aria, haciendo que la dermis de esta se transformara, pasando al estado comúnmente llamado "piel de gallina". Al girarse vio la sonriente cara de Álex. Estaba feliz por poder estar junto a él.

- *Hey, I need to talk to you.* ^[52] - le dijo Álex a Aria nada más verla.

- Ok - respondió Aria, extrañada.

Laura se sentía como la sujeta velas de la pareja, así que decidió buscar una excusa tonta para dejarlos a ambos solos, hablando de sus cosas.

- Chicos, voy a comprar algo a la máquina de comida que hay fuera, ¿queréis que os traiga algo para comer o beber?

Hicieron caso omiso a sus palabras.

- Vale, pues si no queréis nada, me voy. Os dejo solos, vuelvo en unos minutos - dijo en voz alta, a pesar de que sabía que estaba hablando para sí misma, ya que ninguna de las dos partes de la pareja la estaba escuchando.

La pareja siguió a lo suyo.

- ¿Te has enterado de lo que ha dicho tu profesora de español hoy en la reunión?

- ¿Quién, la señora Callahan?

- Sí.

- No lo sé, ¿qué ha dicho? - preguntó Aria intrigada.

- Las relaciones sentimentales están prohibidas entre los estudiantes españoles y americanos - respondió Álex tajantemente.

- *Sorry? What are you saying?*^[53]

- Pues esa es una de las normas del intercambio: están totalmente prohibidas las relaciones sentimentales y sexuales entre los estudiantes.

- ¿Y qué va a pasar ahora con lo nuestro?

Álex cambió de cara. ¿Había escuchado bien?

- Espera, define "lo nuestro".

- No sé, a mí me gustas, y creo que yo también te gusto a ti.

- Claro que me gustas.

Entonces Aria intentó darle un beso, pero Álex se apartó de inmediato.

- ... pero lo que no quiero es tener que irme de aquí. Es una experiencia irrepetible, y no quiero estropearla por nada del mundo. Mi familia se ha esforzado mucho para que yo esté aquí, y no quiero echar todo eso por la borda.

- ¿Y qué quieres hacer entonces?

- Pues creo que lo mejor será que lo mantengamos en secreto.

Aria dibujo una sonrisa en su cara.

- Me gusta. Podría ser como un juego para nosotros. Sería algo nuestro, algo... -intentó buscar la palabra adecuada- íntimo.

- No sé si íntimo. Ya hay bastante gente que lo sabe.

- No creo que Laura y Mike se lo vayan a contar a nadie.

- Bueno, hay alguien más.

- ¿Quién? - preguntó muy intrigada.

- Sara.

- *Who's Sara?*^[54]

- Mi profesora. Es la mujer que nos va a acompañar durante el viaje.

- ¿Y cómo sabe ella que nosotros estamos juntos?

- Realmente no sabe que estamos juntos. Simplemente le conté que nos habíamos besado, y que me gustabas.

- ¿Por qué? - preguntó Aria. Le extrañaba que Álex le hubiera contado a su profesora algo que le perjudicaba.

- Necesitaba hablar con alguien del tema, y tener otra persona en la que apoyarme. La conozco desde que comenzó el curso, y aunque no haya pasado mucho tiempo, sabía que podía confiar en ella. No va a decir nada. Mi padre abandonó a mi madre y mi hermana cuando yo solo tenía un año. Un día, estando en clase, se lo conté a Sara, y ella me dijo que había pasado por algo parecido. Desde entonces, hemos tenido mucha relación.

- No tenía ni idea. Lo siento - dijo, muy sincera.

- Tranquila, es algo que tengo asumido

- Por cierto, ¿dónde está Laura? - curioseó Aria señalando el asiento vacío de la española.

- No sé - contestó Álex al ver que la silla estaba vacía. No se había dado cuenta de que Laura se había ido en algún momento desde que había iniciado la conversación.

Desde que había desembarcado en el aeropuerto de Philly no le había hecho demasiado caso a Laura, y sobre todo desde que había conocido a Aria. Álex sentía que en los últimos tres días había incumplido una promesa que le había hecho a Laura.

Tres meses antes, cuando empezaron a pensar en el viaje, imaginaron que sería el mejor de todos los tiempos. Eran jóvenes y ahí fuera había todo un mundo por descubrir. Ese mismo día en que dijeron que iba a ser el mejor viaje se prometieron que iban a hacer lo imposible para disfrutar juntos de todas las experiencias del viaje.

Suponía que Laura entendía por lo que estaba pasando, pero quería pasar un poco más de tiempo con su amiga, y para empezar estaría bien contarle lo que le había pasado aquella mañana con la señora Callahan en la clase de español.

18

Laura salió por la puerta del natatorio y giró la esquina para buscar la máquina de snacks y refrescos. Realmente no tenía mucha hambre. Había sido una excusa para dejar hablar tranquilos a Álex y Aria.

Sacó unas monedas del bolsillo y pulsó el botón para sacar un paquete de patatas fritas y una Coca-Cola. Las ruedas metálicas que contenían los productos giraron y estos cayeron a la bandeja donde Laura los recogió.

Un sonido llamó la atención de Laura, quien estaba atareada, abriendo el paquete de patatas. El sonido provenía de la esquina trasera a la máquina. Un chico no muy alto, con el pelo castaño y rizado estaba sentado en el suelo, apoyando su cabeza entre ambas piernas, medio abiertas formando una V opuesta. El chico sollozaba pensando que nadie podía escucharle.

- Oye, ¿estás bien?

- *Sorry?*^[55] - dijo el chico extrañado, levantando la cabeza para ver a Laura.

Laura no había cambiado aún su forma de pensar. Tenía por costumbre de hablar a toda la gente a la que se dirigía en español. Obviamente, el chico no la entendió en un principio.

- *Oh, are you okay?* ^[56]- repitió al darse cuenta de que no le había hablado en inglés.

- Sí, tranquila. Estoy bien - respondió el chico en español.

A Laura se le puso una mueca extraña. ¿Le había respondido aquel chico en castellano o era cosa suya y de su imaginación?

- ¿Hablas español? - dudó.

- Sí. Participo en el intercambio, igual que tú, supongo. Llevo estudiando español desde que empecé en la escuela.

Se levantó rápidamente, limpiándose la parte trasera del pantalón, que le había quedado de color blanco debido a la suciedad y polvo acumulado en el suelo en el que había estado sentado.

- Oh, claro. ¿Y tú eres...?

- Oh, me llamo Matthew.

- Yo me llamo Laura, *nice to meet you*.^[57]

- *Nice to meet you too*.^[58]

Matthew ya se había calmado un poco con el inicio de la conversación con Laura.

- Dime, ¿qué te ocurre, por qué estabas llorando así?

- Supongo que ya lo sabrás, todo el mundo lo sabe - sonrió nerviosamente.

- La verdad es que no. ¿Cómo voy a saber algo de ti si te acabo de conocer hace unos segundos? - fingió.

- Todos los alumnos dicen que soy gay.

- Y no es por meterme, pero ¿lo eres?

- No - respondió rotundamente.

- Y entonces, ¿qué más te da lo que digan los demás?

- No, si a mí lo que digan los estudiantes de intercambio me da igual, el problema es otro.

Laura y Matthew caminaban hacia el natatorio, pero por instinto, ambos cambiaron de dirección a la vez.

- La cosa es que eso ha llegado a oídos de los chicos del club de teatro en el que participo - siguió.

- ¿Y ya no te tratan igual? - preguntó Laura intrigada.

- No. Ahora muchos de ellos no me hablan, y los que, si lo hacen, no quieren que el resto de los chicos se den cuenta, por miedo a que a ellos también les dejen apartados. Así que ahora mismo no tengo a nadie con quien hablar en todo el instituto. ¿Te parece lo suficientemente grave como para estar así?

- Uf, lo siento mucho, y si te sirve de consuelo, aquí me tienes, para contarme todo lo que quieras.

- *Thank you so much, Laura*.^[59]

- De nada -respondió. Le daba mucha ternura aquel chico-. Y te lo

digo de verdad. Quiero que me cuentes todo lo que te pase.

- ¿Puedo... - preguntó Matthew, cortado.

- ¿Qué?

Matthew hizo una pausa de unos segundos buscando la traducción indicada.

- ...darte un abrazo?

- Claro que sí. Ven aquí.

Ambos se fundieron en un gran abrazo. Ese abrazo supondría el inicio de una amistad que duraría, al menos, lo que quedaba de viaje. ¿O podía ser algo más?

Laura volvió al lado de Álex y Aria, que se encontraban en los mismos asientos del natatorio, sin la compañía de Matthew. Este se había marchado de allí después de haber tenido aquella interesante conversación con su nueva amiga española.

- ¿Dónde estabas? - le preguntó Álex intrigado.

- Os lo he dicho antes de marcharme, pero claro, estabais demasiado ocupados, hablando entre vosotros, como para prestar atención a nada que hubiera a vuestro alrededor.

Álex se rió. Parecía que Laura les estuviera echando la bronca, pero él sabía que todo eso lo estaba diciendo de guasa, en tono irónico.

- Oye, quería contarte algo que me ha pasado esta mañana.

Mientras Álex y Laura hablaban, Aria seguía a lo suyo, intercambiando dos actividades según el momento: animar a los chicos del Stateville High School y mirar la pantalla de su teléfono, esperando algún mensaje o llamada de su amiga Troian.

- Cuando estábamos en clase de español ha venido la profesora de los chicos a hablar conmigo -comenzó a explicar Álex-. Pensaba que iba a decirme algo de lo mío con Aria, pero no.

- ¿Y qué quería?

- Me dijo que Sara le había contado que me gustaba el tema de realizar y grabar videos y eso, y me propuso si quería hacer un video del viaje.

- ¿Aceptaste?

- En un principio le dije que sí, me parecía divertido, pero después decliné la oferta.

- ¿Por qué?

- Creo que hemos venido aquí para disfrutar del viaje, y si tuviera que hacerlo, estaría demasiado preocupado porque todo saliera bien, y no quiero tener esa responsabilidad.

- Pues la verdad es que tienes razón. Así no tienes que estar pendiente de nada.

La barriga de Álex rugió como un león hambriento. Eran las tres de la tarde, pero había comido a las once y media de la mañana. No estaba para

nada acostumbrado a un horario de comidas tan infernal.

- Tengo hambre. Creo que voy a comprar algo a la máquina de comidas. Aria, ¿quieres comer algo? - le preguntó dándole con la mano en el brazo izquierdo un pequeño toque.

- *Sorry, what?*^[60] - dijo, al darse cuenta que Álex le estaba hablando.

- Que voy a comprar algo a la máquina de comida, ¿quieres algo?

- Sí, a ti - bromeó-. No, no quiero nada, pero te acompaño. Estoy cansada de estar aquí sentada.

- Oh, bien. Vámonos.

Ambos chicos se fueron dejando a Laura sola de nuevo. Parecía que ese iba a ser su destino, estar sola. Para su consuelo, había conocido a alguien parecido a ella en aquel viaje: a Matthew. Parecía un buen chico, además de un buen recurso en las salidas del intercambio, cuando los tortolitos desearan quedarse a solas.

Aria y Álex miraron que nadie les observara desde ningún ángulo posible. La máquina se encontraba pasando una esquina del natatorio. En caso de que alguien saliera de allí, podrían oír la puerta antes que les vieran haciendo algo "prohibido".

El parking del instituto estaba casi vacío. La mayor parte de los participantes de las carreras de natación iban en un autobús pagado por el propio instituto, y los espectadores, casi todos estudiantes, raramente cogían el coche. En Stateville era muy común que los adolescentes fueran en bicicleta a todas partes.

Solo había cinco coches en el parking, de ellos, tres conocidos. Uno de ellos era el coche de Mike, en el que había llegado Álex. El otro le pertenecía a Aria, que había llegado acompañada de Laura, y el último era de la entrenadora Simmons, a quien Álex había conocido aquella mañana en su tour por el instituto.

Al ver que nadie les miraba, se pusieron manos a la obra, nunca mejor dicho. Las manos de Álex se deslizaban por todo el cuerpo de Aria, quien se encontraba apoyada contra el lateral con más poca visibilidad desde el natatorio de la máquina expendedora.

Se daban besos por todas las partes descubiertas de su cuerpo. Sentían pasión el uno por el otro. Los labios de Aria empezaron a acercarse a la cara

de Álex. Este podía sentir el olor del perfume que llevaba Aria, el nuevo de Chanel, que se mezclaba con el olor natural que desprendía su cuerpo, lo que formaba el aroma perfecto.

Sus labios carnosos estaban cada vez más cerca de los del español hasta que, como si se tratara de la fuerza que ejerce un imán sobre el hierro, se fusionaron inevitablemente. Cada uno sentía al otro dentro de sí mismo, como si una pequeña parte del alma se fuera dentro de la otra persona con ese beso. Fue un beso de unos segundos, después uno más largo, y por último el definitivo, un beso que llegó a durar unos quince segundos, ejerciendo cada uno fuerza sobre el otro mediante sus lenguas juguetonas.

- Esto no está bien, y lo sabes - dijo Aria, mientras seguía dándole besos.

- ¿No está bien? A mí me parece que beso genial - disintió Álex.

- Lo digo en serio - continuaba mientras metía mano a las partes cubiertas de Álex.

- Lo sé, pero ahora mismo... - la besó fugazmente - ...me da igual.

Continuaron hasta que oyeron que alguien salía del natatorio. Por suerte, solo era Laura.

- ¿Ya os habéis decidido o qué?

- No, es que hay mucho donde elegir- dijo sin haber mirado la máquina previamente.

- Claro - respondió Laura, señalando la máquina expendedora.

- ¿Qué?

- Que si tienes la vista igual que otras cosas...

Al mirar la máquina pudo observar que solo quedaban bolsas de patatas fritas del mismo sabor, *Sour Cream*, y refrescos de naranja y cola.

- Sí, es que no sabía si coger naranja o cola.

- Ya, claro - dijo Laura sin creerle ni una sola palabra de lo que había dicho su mejor amigo.

- Y dinos, ¿qué pasa?

- Nada, que las carreras están a punto de terminar.

- ¿Cómo? ¡No puede ser! - dijo incrédula Aria.

Álex miró la pantalla de su teléfono móvil. Así era. Habían pasado veinte minutos desde que él y Aria habían salido al exterior de natatorio. Aquellos minutos habían transcurrido como segundos. Por suerte, nadie les había visto. O eso era lo que ellos creían.

El tiempo empezó a correr. Solo había que esperar cinco minutos para conocer el resultado. En esos momentos el tiempo transcurría de forma distinta, mucho más lento a como lo hace normalmente.

Pasaron los minutos estimados. Sara no quería mirar el resultado de aquel aparatito con forma de termómetro. Se lo pasó a su pareja para que le transmitiera el resultado del test. Positivo o negativo. Era tan sencillo como eso.

- ¿De verdad no quieres verlo por ti misma?

- No. Venga, dime que pone.

- Una raya.

- ¿Y eso qué quiere decir?

- Negativo - respondió tajante.

Sara soltó un suspiro con tintes de alivio. Le gustaría tener un hijo con David, pero aquellos no eran precisamente los mejores momentos para hacerlo.

David se abrazó al cuerpo de Sara. No sabía que decirle en aquellos momentos. Optó por quedarse en silencio, y que el contacto entre ambos actuara por sí solo. Empezó a pasar sus manos por debajo del vestido, que llevaba puesto Sara, hasta llegar al trasero. Con una de sus manos la cogió y la echó encima de la cama. Ella se levantó rápidamente.

- Ahora no, lo siento - soltó ella.

- No tienes nada que sentir, Sara. ¿Estás bien?

- No lo sé. Creo que sí.

- ¿Tú querías tener ese niño ahora?

- No, ahora no - respondió ella sentándose de nuevo en la cama.

- Entonces, ¿qué te ocurre?

- No sé. Ya había pensado como sería. Tendría una nariz como la tuya, y mis ojos. Sería un niño guapísimo.

David volvió a abrazar a Sara, pero esta vez no era como la anterior. Antes lo había hecho con pasión. En aquel momento sentía deseo por Sara. Ahora lo hacía con ternura, con cierta compasión por ella. La pasión seguía dentro de él, pero se había ralentizado.

Un pitido agudo proveniente del bolso de Sara les hizo volver a la realidad. Tenía un par de mensajes nuevos de un número desconocido.

Abrió los mensajes. Eran unas fotografías. En la primera de ellas se podía ver a Álex y Aria, el uno frente al otro, se apreciaba una actitud cariñosa entre ambos, con Álex pasándole la mano por la cara de Aria en forma de caricia. En la segunda, estaban apoyados en la máquina de refrescos, dándose un beso.

- ¿Qué te han mandado? - preguntó David, que seguía en la cama esperando a Sara.

- Nada, es un mensaje de mi madre - mintió.

Por la cabeza se le pasaron un millón de cosas en aquel momento. Si esas fotografías le habían llegado a ella, también habían podido ser enviadas a cualquier persona que participara en el intercambio, o incluso peor, a los profesores del Stateville High School, lo que supondría la expulsión inmediata de ambos alumnos y la vuelta de Álex a España.

Lo primero que hizo fue mandarle las fotos a Álex acompañado del mensaje " ¿QUÉ ES ESTO?".

No obtuvo respuesta. Era lógico. Eran ya las once de la noche, y todas las mañanas tenían que madrugar mucho, así que raramente se acostaban mucho más tarde.

"Mañana nos vemos en la biblioteca antes de la reunión del día. Espero que nadie más las haya recibido. ¿En qué coño estabas pensando?" acabó mandándole a Álex. Sabía que cuando se despertara leería los mensajes, o al menos, eso esperaba.

Álex estaba apoyado en la misma columna griega en la que había estado Sara el día anterior. Había llegado muy puntual, cinco minutos antes de lo que le había dicho su profesora favorita.

Sara entró corriendo al edificio. Quería encontrarse con él antes de que llegara ningún otro alumno del intercambio. No quería que nadie les viera hablando sobre aquello.

- ¿Qué has hecho? ¿Cómo has dejado que te hagan esas fotos? - reprochó Sara a Álex nada más llegar a su lado.

- No lo sé - respondió dejando de morderse parte de sus uñas. Le había inquietado el mensaje de Sara, que había visto nada más despertarse a las seis y media de la mañana. -Fuimos muy cuidadosos. Miramos a todos lados y no vimos a nadie por ningún sitio.

- Entonces no mirasteis bien. Tienes que tener más cuidado. Quiero decirte algo, y aunque puede que me meta en algo que no me incumbe, no quiero que te enfades conmigo.

- Claro que no. ¿Qué quieres decirme?

- No sé si vale la pena estar con ella si pones en riesgo todo por lo que has estado trabajando y luchando durante meses.

Álex llevaba dos años trabajando en verano para poder pagar aquel viaje a Estados Unidos. Su madre tenía muchos gastos, y no podía permitirse todo aquello. Fue camarero en una heladería, paseador de perros, cuidador de niños, etc.

- No lo sé. A mí me gusta mucho Aria. Es la mejor chica que he conocido nunca.

- Pues olvida lo que te acabo de decir. Si eso crees, ve a por ello - le dijo a Álex. Era lo que a ella le gustaría que alguien le dijera en ese momento respecto a su relación con David. También era el mejor hombre que había conocido nunca. ¿Por qué si lo era, no podía estar con él? Las normas eran estúpidas. Las normas estaban hechas para romperse. O al menos, eso se dijo

a sí misma.

La señora Callahan se acercaba a ellos desde el final del pasillo. Sara la vio a lo lejos y, sin decirle nada a Álex, cambió de tema completamente.

- Que sí, que hoy iremos al centro comercial. Dile a tus compañeros que no se preocupen, que tendrán tiempo de comprar lo que quieran.

- ¿De qué hablas? - farfulló sorprendido.

Sara le hizo un gesto que él entendió rápidamente. Se giró y vio a la puertorriqueña acercarse a ellos.

- Végase conmigo, señorita Nadal, tenemos reunión con los alumnos en cinco minutos, y quiero hablar de ciertos temas con usted antes de comenzar.

¿De qué querría hablarle la señora Callahan? ¿Habría recibido ella también las fotos de Álex y Aria? Le puso nerviosa la situación. ¿No tenía ya bastante con guardar su secreto? Ahora encima tenía que cargar con el de los chicos.

- Dígame, ¿de qué se trata? - preguntó la española, siguiendo a Kate hacia su despacho.

- Tenemos que hablar de las fotografías - respondió tajante.

Las palabras de Callahan cayeron como un jarro de agua fría sobre la cabeza Sara.

- ¿Fotografías? ¿Qué fotografías? - balbuceó.

- Las fotografías que realizamos ayer a los alumnos mientras visitaban las clases de los chicos americanos. Tenemos que seleccionar las mejores para colgar unos carteles anunciando la visita de los españoles.

Un suspiro de alivio salió al unísono de la boca de la profesora de Álex. Esta vez habían tenido mucha suerte. Si hacían otra cosa así, Álex estar mucho más atento. Aquello no podía volver a suceder.

El español andaba por los pasillos del instituto en busca de la sala de profesores, lugar donde se iban a realizar todas las reuniones del intercambio.

Abrió la puerta y se sentó en uno de los muchos asientos libres. Solo dos alumnos habían llegado ya.

Miró su teléfono. No tenía mensajes nuevos. No tenía llamadas perdidas. Ni siquiera tenía notificaciones de Facebook ni Twitter. No tenía nada que hacer. Solo podía hacer una cosa: pensar.

Empezó a pensar en Aria. Pensó en lo que había ocurrido el día anterior. Entonces algo se le vino a la mente. ¿Quién habría hecho aquello? ¿Porque le habían mandado las fotos a Sara? ¿Sería un compañero que quería gastarle una broma o realmente sería alguien que quería arruinarle el viaje?

Miró de un lado a otro de la sala. Mientras pensaba aquello, habían entrado varios alumnos más a la habitación. ¿El remitente del mensaje estaría allí sentado? ¿Sería alguien al que conocía o con el que tenía relación? ¿Lo descubriría pronto? Tal vez, más pronto de lo que pensaba.

Traspasaron la puerta del centro comercial *King of Prussia*. El aire acondicionado estaba demasiado fuerte. Les daba la sensación de estar en atravesando una puerta mágica que los llevara al polo norte.

- Por fin, un centro comercial - gritó Laura, aunque en tono bajo para que solo la oyeran sus amigos-. Que lo del *Valley Forge* ^[61] estará muy bien, pero yo prefiero a Steve Jobs antes que a George Washington.

- *That's American History* ^[62] - replicó Aria.

- Y los iPhone también lo son- pronunció Álex.

- Chicos, ¿os parece bien que vayamos a comer? Es un poco tarde y tengo hambre - propuso Mike.

- Por mi bien - afirmó Álex, dando el visto bueno.

- Vale - añadió Laura.

- *So, Let's go* ^[63] - finalizó Aria.

Entraron en el mismo restaurante en el que el día anterior habían comido Sara y David, Friday's. Tenía un estilo hollywoodiense, con claquetas colgadas por las paredes, posters de las películas americanas más famosas, focos colocados encima de cada mesa, simulando una iluminación cinematográfica, etc.

Pidieron mesa para cuatro personas, pero Aria y Álex deseaban que solo fuera para dos. Aquel lugar parecía muy romántico, sobre todo si eres gran amante del séptimo arte, como lo eran ambos.

Reconoció varios carteles de algunas películas que había visto en el pasado. Visualizó el poster de *Pretty Woman*, protagonizada por Richard Gere y Julia Roberts. Era su película favorita. Un hombre rico que se

enamora de una prostituta. El argumento, leído, no convence de por sí, pero la película le encantaba. Era como un cuento de hadas, adaptado a la vida real. Ella misma quería vivir ahora mismo ese cuento, y en gran parte, lo estaba logrando.

- Tengo que contaros algo que me ha pasado esta mañana - dijo Álex mientras engullía un trozo de pollo rebozado de un plato de entrantes que les había llevado una camarera, sin darle importancia.

- ¿Qué pasa? - preguntó Laura preocupada -. ¿Ha ocurrido algo malo?

- Puede decirse que sí.

- *What has happened?*^[64] - volvió a preguntar preocupada, en este caso Aria.

- ¿Recuerdas que ayer salimos a "comprar algo" a la máquina de snacks?

- Sí, claro.

- Bueno, pues alguien hizo unas fotos y se las mandó a Sara.

- ¿CÓMO? - gritó Laura. Varios comensales del restaurante se giraron a ver qué ocurría.

Mike engulló rápidamente dos trozos del pollo rebozado como los que había comido Álex antes.

- Pues eso. Alguien nos hizo unas fotos y se las ha mandado a Sara. Por suerte, no se las mandó a nadie más, y cuando he hablado con ella me ha dicho que no va a decir nada.

Los cuatro suspiraron de alivio.

Una ráfaga de aire que contenía un aroma a costillas a la barbacoa inundó el cuerpo de Laura. Le vino a la memoria esos días de verano en que Álex y ella iban a jugar a la arena. Ellos vivían en un pueblo de Valencia, a escasos 4 kilómetros de la playa, donde su abuela tenía un apartamento a

primera línea del mar, y junto a otros vecinos, se divertían nadando y rebozándose como una croqueta.

Los domingos Álex, Laura y su familia visitaban un restaurante donde preparaban unas buenísimas costillas a la barbacoa, que comía toda la familia.

- Oye, este olor me recuerda a aquellos días que íbamos a la casa de mi abuela en la playa. ¿Recuerdas?

- Estaba pensando en eso ahora mismo. ¡Qué bien lo pasábamos! Echo de menos a Sandra, Ceci, Dani y todos los demás...

- Pues he pensado que podríamos ir a la playa, juntos - apuntó Aria.

- ¿Dónde está la playa más cercana? - preguntó Álex a alguno de los comensales americanos.

- Nosotros íbamos a la playa de Nueva Jersey. Está a dos horas de aquí en coche. Si queréis, podemos ir el sábado los cuatro, y pasar el fin de semana allí juntos - respondió el primero Mike.

- Buena idea. Nos podemos quedar en la casa que tienen mis padres allí. Además, cerca hay un parque de atracciones. Podemos pasar el sábado en el parque, y el domingo vamos a la playa, y volvemos por la noche a Stateville- propuso Aria.

- Oh, ¡qué bien! Estaremos encantados de ir, ¿no, Laura? - respondió Álex.

- Claro - apuntó esta-. Así podremos descansar del baile de primavera del viernes. Por cierto - preguntó tocando a Aria por debajo de la mesa- ¿ya tienes pareja para el baile?

Aria echó una miradita asesina a Laura. Después miró cómplice a Álex.

- *I think so.*^[65] - dijo con un hilo de voz.

- Yo también lo creo. ¿Vamos tú y yo, Laura? - bromeó Álex, intentado no reírse, sin éxito.

Ambos españoles rieron, sin darse cuenta que los dos americanos no habían pillado el sentido a la frase.

- Pero, ¿no vienes conmigo? - preguntó Aria, poniendo cara de cachorrito tierno y morritos tristes, casi irresistible.

- Sí, cariño. Luego te lo explico - y guiñó un ojo a Aria.

- Más te vale...

- ¿Y tú, Laura, ya tienes pareja para el baile? - le preguntó su mejor amigo.

- Aún no, pero creo que la voy a tener pronto - respondió insegura.

- ¿Y quién es el afortunado? - Álex estaba muy intrigado.

- Matthew, el chico que conocí ayer en el instituto, cuando fuimos a las carreras de natación.

- ¿Qué chico? - se extrañó -. No me habías contado nada de eso.

- Lógico. No me diste tiempo. Te lo iba a contar cuando me pasó, pero empezaste con lo de que Callahan te había propuesto hacer el vídeo, y después se me olvidó.

- Bueno, pues cuéntame ahora. ¿Quién es ese tal Matthew?

- Es otro chico americano del intercambio. Te hablé de él antes de conocerlo. Es el chico que decían que era gay. Que, por cierto, no lo es.

- Ah, sí. Y piensas aprovechar que no lo es, ¿no? - susurró Álex en tono sensual.

- Pues, si te digo la verdad, sí. Es un gran chico, y espero que sea, para mí, mucho más - exclamó sin pensar. Al cabo de unos segundos se dio cuenta de lo que había dicho. Había desvelado sus sentimientos delante de alguien. Era la primera vez que hacía eso. Se sintió aliviada. *Es la primera vez que hago esto, pero no será la última* se dijo a sí misma.

El coche de Mike se deslizó por la rampa que llevaba al garaje de la casa de los Cooks. Cuando Álex bajó del vehículo notó la brisa en su cara, con cierto aroma a hierba recién cortada.

Entraron a la casa y vislumbraron por la venta de la cocina de Mike al señor Cooks guardando el cortacésped en la casita de herramientas que había en un lateral del patio delantero.

Álex entró a su habitación y se puso delante del ventanal que iluminaba de forma natural toda la estancia. Desde allí podía observar el jardín de la vivienda, recién cortado y con una capa de agua por encima, que lo hacía brillar y le daba un color verdoso especial.

Más arriba podía ver el bosque que rodeaba a la mansión Cooks, como la llamaba él mismo en su mente. En dicho trozo de naturaleza se podían ver ciervos correteando con sus crías, distintas clases de pájaros que volaban de sus nidos para buscar alimento con el que sobrevivir, y por último, el sol que se escondía por detrás de las colinas, que le otorgaba a los árboles un toque amarillento, simulando así la llegada del otoño.

Decidió fotografiar aquella vista tan fantástica, y mandársela a su madre junto al mensaje "¡Qué bonitas son las vistas de mi nueva habitación!", iniciando así una conversación que iba a ser bastante larga.

Alguien llamó a la puerta de la habitación de Álex, interrumpiendo así la conversación escrita que estaba teniendo con su madre, y que se había extendido ya unos 45 minutos.

- *Hey Álex, can I come in?* ^[66] - preguntó la voz de Mike desde detrás de la puerta.

- *Of course.* ^[67]

Mike entró y se sentó en la silla que había escondida debajo del escritorio, mientras que Álex permaneció en la misma posición horizontal encima de la cama.

- Dime, ¿qué ocurre? - preguntó Álex intrigado.

- Bueno, es difícil de contar.

Álex cambió de posición, quedándose sentado sobre la cama.

- Cuéntame. No creo que sea tan complicado. ¿Qué es lo que pasa?

- Bueno, es referente a Aria y a ti.

- ¿Le ocurre algo a ella? -preguntó Álex preocupándose de verdad-.
¿Te han avisado de algo?

- No, tranquilo, ella está bien.

- Entonces, ¿qué ocurre?

- Fui yo quien os hizo las fotos y se las mandó a tu profesora - soltó Mike.

- ¿QUÉ? - gritó el español.

Mike se levantó de la silla y la empujó hacía su lugar inicial. Álex, a su vez, se levantó de la cama, tan confuso como furioso, añadiendo a esto un poco de incredulidad.

- ¿Cómo has podido hacer eso?

- Lo siento. Ahora me siento muy culpable, no debí hacerlo.

- Pero, ¿cómo has podido hacerme esto?

Mike se quedó callado, sin saber muy bien que decir. Ni él mismo sabía el motivo por el que había traicionado a su compañero.

- ¡Respóndeme! - gritó Álex aún más fuerte.

- Sentía celos de tu relación con Aria. Pero hoy, durante la comida, he visto que sois buenos chicos, y que no os merecéis que os hiciera...

Álex lanzó un puñetazo a la cara de Mike. Este cayó directamente al suelo, notando que unas gotas de sangre brotaban de su labio inferior, salpicando la camisa del equipo de natación que llevaba puesta.

- Me da igual porque lo has hecho. Sal de mi habitación - exigió Álex montado en cólera, a pesar de estar en casa de Mike.

Se levantó del suelo y se marchó de la habitación sin decir palabra, pero mirando a Álex, aunque con la mirada baja, avergonzado. El español cerró la puerta de un golpe tras marcharse Mike.

Cogió el teléfono móvil, que había quedado encima de la cama tras la conversación con su madre y marcó el número de Aria. Tras tres pitidos, esta cogió el teléfono.

- *Hi, darling. How are you?*^[68]- dijo tranquila desde el otro lado de la línea.

- *I'll explain you later*^[69] - cambió de idioma rápidamente. No podía casi articular palabras en español, como para hacerlo en inglés-. Perdón, ¿por casualidad no tendrás habitación de invitados?

- Sí, claro. ¿Por qué?

- Bueno, pues ven a buscarme a casa de los Cooks en quince minutos, por favor. Me voy a vivir contigo.

- ¿Qué? Espera, explícamelo más despacio. ¿Qué ha pasado? - preguntó preocupada.

- Ya te lo he dicho, te lo explicaré más tarde. Ahora, por favor, ven a por mí. No quiero pasar ni un segundo más en esta casa.

Mike se preparaba un tazón de leche con cereales de chocolate cuando oyó a Álex salir de la habitación. Bajó las escaleras rápidamente con la maleta en su mano derecha. Con su mano izquierda sostenía su teléfono móvil, tal vez esperando una llamada. El iPhone sonó.

-...

- Sí, ahora salgo - respondió Álex a la persona que había al otro lado del teléfono.

Mike fue tras él. Lo cogió del brazo intentando detenerlo.

- ¡Suéltame! - gritó el español.

- ¿Dónde vas? - quiso saber el americano.

No obtuvo respuesta. Álex no quería decirle nada. Simplemente salió

de aquel lugar y se subió al coche de Aria, esperando llegar a un nuevo hogar en el que podría ser feliz junto a ella.

Álex bajó del coche de Aria, que había aparcado delante del hotel donde se hospedaban Sara y David. Estos les habían dado la dirección del sitio donde se hospedaban a sus alumnos, por si ocurría alguna urgencia, y en ese momento, lo que le había ocurrido a Álex, parecía una urgencia de verdad.

- *Hi, can you tell me in which room Ms. Sara Nadal is?* ^[70] - le preguntó a la recepcionista que había en la entrada del hotel.

- *Sorry Sir, could you tell me who you are?* ^[71]

- *Of course, she's my teacher. We've travelled from Spain for an exchange.* ^[72]

- *Oh, correct* ^[73]. - dijo aquella mujer de ojos azules. Después le dio el número de la habitación de Sara.

Subió a la planta apropiada y llamó rápidamente a la puerta de la habitación de Sara. Quería explicarle lo que le había ocurrido, y decirle que se iba a mudar a casa de Aria. No sabía si aquello iba en contra de las reglas, pero prefería volver a España antes que vivir en la casa de un indeseable como Mike.

- Sara, ábreme, por favor, soy Álex - pidió con un tono vulnerable.

- Álex, ¿qué haces aquí? - preguntó la profesora desde detrás de la puerta.

- Ábreme. Necesito hablar contigo rápidamente - insistió.

Sara abrió la puerta con una sábana alrededor del cuerpo haciendo de pantalla para que no se viera un centímetro de su piel desnuda.

- Oh, lo siento. ¿Es mal momento?

- La verdad es que sí. Me acabo de duchar y me estaba cambiando.

- Oh, si quieres puedo esperar en el baño mientras terminas de hacerlo.

- Oh, no. De verdad. No hace falta - dijo muy deprisa-. Bueno, cuéntame que querías decirme.

Ambos se sentaron en la cama deshecha de la habitación. Era muy raro que la señora de la limpieza no hubiera pasado y hubiera hecho la cama.

- Me voy a vivir a casa de Aria, con Laura - soltó. Lo mejor era no esperar ni andarse con rodeos.

- ¿Cómo? ¿Qué ha pasado con Mike? ¿No te encuentras a gusto en su casa? - Sara soltó una serie de preguntas esperando que Álex respondiera alguna.

- La verdad es que no. ¿Recuerdas las fotos que te enviaron ayer?

- Sí, como para olvidarlas.

- Bueno, pues fue él quien te las envió.

- ¿Estás seguro de lo que me estás diciendo? No veo ningún motivo para que hiciera eso.

Álex desvió la mirada a un rincón de la habitación de Sara. En ese lugar había un pequeño escritorio con una silla, ambos de estilo victoriano. Encima de la silla había tirada un montón de ropa. Creía que había incluso una camisa de hombre, aunque quien sabe, la moda cambiaba mucho de un día para otro, y podía ser que ahora estuviera de moda llevar ropa masculina en el sector femenino.

- Sí, me lo ha confesado él mismo - dijo volviendo a fijar su mirada en Sara.

- Bueno, y de ser así. ¿Por qué te iba a hacer esto a ti?

- Él fue novio de Aria hace unos meses, y sintió celos al saber que teníamos algo.

Sara suspiró.

- Ya veo. ¿Pero estás seguro que quieres irte a vivir a casa de los Vanderwall?

- Sí. Ya lo tengo decidido. Es más, mis maletas están ya en su coche. Aria está esperándome abajo.

- Entonces, como quieras. Pero mañana no digas nada en el instituto.

No sé si puede hacer esto. Además, ya sabes lo que podría pasar si Callahan se entera de esto.

- Sí, lo sé - sintió que Sara le entendía. No tenía muy claro el motivo. Le gustaba tener a alguien mayor con el que desahogarse en un momento dado. Laura era su mejor amiga, pero también había cosas que no le podía contar. Además, Sara era una mujer con más años y mucha más experiencia que ellos, y les podía dar muy buenos consejos, como solía hacer a menudo.

- ¿Eso es todo? - preguntó Sara.

- La verdad es que sí. Espero no haberte molestado mucho.

-No, tranquilo.

Entonces un ruido provino del cuarto de baño, como si un objeto pesado hubiera caído desde una de las baldas de una estantería.

- ¿Qué ha sido eso? - preguntó Álex dirigiéndose a la puerta del aseo.

- Oh, nada, nada. Déjalo - dijo Sara sin posibilidad de detener a Álex.

Al entrar, Álex vio a David, que tapaba con una toalla blanca de baño la parte inferior de su cuerpo. Tenía un aspecto desaliñado pero atractivo. Había unos botes de gel y champú desparramados por el suelo. David debía haber resbalado mientras esperaba a que Álex se fuera de la habitación.

Ahora podía entender todo lo que había sucedido en aquella habitación: Sara tapada con la sábana, un poco de ropa, tanto de hombre como de mujer, tirada por el suelo, la cama deshecha... Entonces, como si de un puzzle se tratara, encajó todas las piezas que tenía.

-Álex, esto no es lo que parece - le dijo Sara. David permanecía callado, con la mirada baja.

- Sara, a mí no me tienes que dar ninguna explicación.

Su profesora lo sacó del cuarto de baño, dejando a David encerrado dentro.

- Bueno, creo que tengo que irme - anunció Álex, esperando que Sara lo dejara ir sin más.

- Oye, espera un momento, Álex. Prométeme que no se lo vas a contar a nadie. Esto es muy serio, y si se entera alguien podría perder mi trabajo.

- Sara, tú has guardado mi secreto, y ahora yo voy a hacer lo mismo por ti. No se lo contaré a nadie.

Sara abrazó a Álex cariñosamente. Para ella, era mucho más que un alumno. Se podía decir que era como un amigo, a pesar de tener la mitad de años que ella.

- Bueno, creo que será mejor que os deje solos.

- Te lo agradecería. Nos vemos mañana en el instituto.

Álex abrió la puerta de la habitación mucho más tranquilo. Cerró la puerta dejando tras él una pequeña tensión. Ahora sabía que debía luchar mucho más por su relación con Aria. Si, al fin y al cabo, Sara hacía lo mismo que él, no podía estar haciendo algo tan malo.

El cielo amaneció encapotado en Stateville. El día anterior había transcurrido con total normalidad para todos sus habitantes: había pasado un día más sin ninguna exaltación, el sol había salido, los pájaros cantaban desde la copa de aquellos altos árboles, etc.

Álex se había instalado el martes en casa de los Vanderwall, y el miércoles había sido un día tranquilo, de relax. Habían acudido a un acuario en Baltimore, Maryland, una ciudad preciosa. Allí Mike había intentado hablar con Álex, pero este no le había hecho ni caso. Las chicas le comprendían. Cuando llegó el martes a casa de Aria, se instaló en la habitación de invitados, y luego se dirigió a la estancia que ahora compartían Laura y Aria, y les había contado todo lo ocurrido en casa de la familia Cooks.

Ahora, tras levantarse después de sonar el despertador, se encontraba admirando la vista que le ofrecía el balcón gigante del que disponía en la habitación de invitados. Le gustaba contemplar y gozar de aquel espectacular paisaje del que disfrutaba en aquellos momentos. Nunca había podido hacer eso en su pueblo. Desde su casa tenía también unas vistas bonitas, como el parque que había cerca de su edificio, pero no se asemejaba a lo que sus ojos observaban embelesados.

Desde aquel balcón observaba un paisaje bien distinto al que podía ver desde su habitación en la casa de los Cooks. En este caso podía vislumbrar a lo lejos un pequeño riachuelo muy caudaloso, que desembocaba mediante una pequeña cascada en un lago natural de agua cristalina rodeado por rocas enormes donde, el día anterior, había visto tumbados a varios chicos del Stateville High School. No era un mal lugar donde disfrutar del sol y darse un baño para refrescarse. Aunque fuera abril, las temperaturas estaban siendo bastante elevadas en la ciudad.

- *Are you ready for the Spring Dance?*^[74] - preguntó Álex a Aria mientras desayunaban junto a sus padres, Peter y Verónica Vanderwall, su amiga Laura y Paige, la pequeña de la familia.

- *Of course*^[75] - afirmó con rotundidad.

- *Me too*^[76] - añadió Laura.

En la mesa había todo tipo de comida: croissants, donuts, cereales, leche, café, zumo de naranja recién exprimido... Álex optó por la típica leche, esta vez con un chorrito de café (el día iba a ser largo), con unos cereales y un croissant.

- *Come on guys, are you ready for the school?*^[77] - preguntó la señora Vanderwall.

- *Yes*^[78] - afirmaron los tres jóvenes al unísono.

Se levantaron de la mesa e iniciaron el camino hacia sus respectivas habitaciones para recoger el material necesario para asistir al instituto.

- *And what about you?*^[79] - desvió la mirada hacia Paige, que tenía un donut entre sus manos y estaba a punto de devorarlo.

- *Of course mummy*^[80] - respondió cariñosa antes de dar el primer bocado al bollo.

La pequeña de la familia Vanderwall tenía 11 años, y llevaba siempre el pelo recogido en una coleta. Su rostro era muy parecido al de su hermana mayor, aunque un poco más moreno. Era muy espontánea, y no se lo pensaba dos veces antes de decir las cosas. El martes, cuando llegó Álex a instalarse, la niña dijo que "*This guy is so handsome!*^[81]" nada más verlo entrar por la puerta, ruborizando las caras de Laura y Aria.

Respecto a la señora Vanderwall (o Verónica, que era como quería que la llamara todo el mundo), era una mujer de 42 años con carácter y aspecto latino. Era lógico, había nacido y vivido en Madrid hasta los 17 años. Con aquella edad, en la que tienes ganas de comerte el mundo, y después de terminar los estudios de bachillerato, decidió cruzar el gran océano Atlántico, dejando a su familia atrás, y estudiar Periodismo en la Universidad de Nueva York. Tras terminar la carrera universitaria, entró a trabajar como becaria en el *The New York Times*^[82], uno de sus mayores sueños.

Allí fue donde conoció a Peter Vanderwall, un intrépido y atractivo periodista un poco más mayor que ella, que se encargaba de la sección internacional del periódico. Tras charlas en la máquina del café y alguna que otra visita al cine, emprendieron una relación de amistad... y lo que pudiera surgir.

Después de pasar varios años viviendo en la gran ciudad, la pareja decidió instalarse en Stateville, un pequeño pueblo bastante tranquilo del estado de Pensilvania, donde se casaron y tuvieron tres hijos: Jason, Aria y Paige.

Ahora, ambos periodistas trabajan para una revista semanal que se publica en Stateville donde Peter se encarga de la sección de deportes (acaparando gran atención los eventos deportivos del Stateville High School), y Verónica de varias secciones, como la de los consejos de belleza, los consejos de maternidad (donde tenía una gran experiencia), y las recetas de cocina. Con aquellos trabajos ganaban lo suficiente para ser considerados de la alta sociedad del pueblo, entre los que se encontraban otros tantos periodistas, unos magnates de los negocios, como los padres de Mike, o los dueños del club de campo al que asistían los Vanderwall con asiduidad, y con los que mantenía una estrecha relación.

Respecto a Jason, el hermano mayor de Aria, se encontraba realizando el tercer curso de periodismo en la misma universidad de Nueva York donde, 25 años antes, lo había hecho su madre. Soñaba con convertirse en reportero, y que las televisiones más importantes del país se pelearan por él.

Álex escuchaba con atención todo lo que contaba Aria sobre su familia. Le gustaba escuchar historias sobre el pasado de gente a la que conocía, y aquel relato era impresionante. Ojalá, en un futuro, pudiera contar algún episodio tan emocionante de su vida a sus hijos y nietos.

Llevaban todo el día distanciados, intentando guardar las apariencias. Álex se había sentado solo en el autobús, mientras que Laura y Aria lo habían hecho juntas.

Aquella mañana iban a recorrer los monumentos más emblemáticos de Filadelfia, capital del estado de Pensilvania, aunque realmente no eran muchos. Según había apreciado Álex desde su llegada a Estados Unidos, los ciudadanos americanos apreciaban y presumían de todo aquello que tenían, aunque fuera una pequeñez.

- Bueno, chicos, esto es la campana de la libertad, *The Liberty Bell* - anunciaba la señora Callahan-. El 8 de julio de 1776 se tocó esta campana para llamar a todos los habitantes de la ciudad, y que así fuera leída la Declaración de Independencia. Es uno de los símbolos históricos más importantes de Estados Unidos, y simboliza la independencia, la abolición de la esclavitud...

¿De verdad habían hecho una cola de varias horas para ver aquel objeto tan cotidiano? Estaba muy bien el tema de la independencia y la abolición de la esclavitud, pero era una simple campana. Ahora pensaba solo en Aria. Desde que se había mudado a su casa no se habían dado un simple beso, por si los veía su madre, su padre o lo que sería mucho peor, su hermana pequeña. Si Paige veía que se estaban besando seguro que se lo contaría a todo el mundo, y eso sería fatal.

- Álex, ¿estás bien? - Sara llamó la atención del chico poniendo su mano sobre el hombro de este.

- ¿Qué? -se despejó-. Oh, sí, sí. Estoy bien. No te preocupes.

Llevaban muchos kilómetros bajo sus pies. Por fin se detuvieron en un parque cerca del *Constitution Center*, que acababan de visitar después de ver

la *Liberty Bell*. Todo aquello era muy histórico y tal, pero estaban hartos de tanto museo y tanta historia, querían un poco de acción.

El único lugar que le había gustado a Álex de verdad aquel día era el *US Mint*. Se podría decir que era la casa de la moneda americana, y Álex era muy aficionado a ello. Cuando los amigos de sus padres se iban de viaje, siempre pedía que le llevaran alguna moneda originaria del país visitante. A la que más cariño le tenía era a un dólar australiano que le había traído su tía materna en uno de sus viajes a Oceanía. Lo llevaba siempre consigo.

- Perdona, ¿está ocupado este banco? - le preguntó a Aria.

- Oh, no. Puede sentarse - respondió esta.

- Por favor, no me hables de usted, me hace muy mayor y no me gusta - reafirmó.

Era una broma que tenían ellos dos. Para que nadie se diera cuenta de lo que había entre ellos, primero se hablaban de usted, como si no se conocieran. Aunque todo el grupo sabía lo que ocurría entre ambos, no levantaban sospechas entre el claustro americano.

- ¿Sabes una cosa? -le susurró al oído.

- ¿Qué?

- Me gustas -Aria se ruborizó-. Me gustas mucho.

- A mí también me gustas mucho - le devolvió el susurro. Los pelos de Álex se erizaron. Le excitaba tener su boca a escasos centímetros.

La cogió de las manos y la arrastró detrás de la esquina de un edificio, donde nadie podía verlos.

- ¿Qué hacemos aquí? - preguntó Aria mientras sonreía de forma pícaro.

- Lo que tú quieras - respondió Álex, con tono chulesco.

Se besaron a escondidas, sintiendo la adrenalina dentro de sus cuerpos, invadiendo cada una de sus células, penetrando por cada uno de los rincones de su organismo. Les excitaba el hecho de poder ser pillados allí mismo, haciendo "cosas prohibidas".

- ¿Ya tienes todo listo para el baile de primavera? - le preguntó a Aria.

- Creo que sí. Aún no tengo decidido que máscara me voy a poner.

- Oh. Me gusta que el baile sea enmascarado. No nos tendremos que esconder durante una noche entera.

- Lo sé, y eso me encanta. No me gusta nada tener que esconder algo tan bonito como lo nuestro - rio.

- ¿No? ¿Estás segura de que no te gusta hacerlo? Te he visto encantada hace unos segundos - bromeó Álex.

- Venga, volvamos, que se van a dar cuenta de que no estamos con el resto del grupo.

Y se despidieron con un beso furtivo, volviendo ambos al lugar que ocupaban anteriormente.

Entraron a la bolera para empezar la competición *Spain Vs USA*. En Estados Unidos, los bolos se podían considerar el deporte nacional. Todos sus habitantes sabían jugar, o al menos, eso es lo que decían todos los estudiantes americanos.

- *Come on guys, are you afraid?*^[83]

- Para nada. Allá vamos -dijo Álex quitándose la cazadora de cuero que llevaba-. Pero antes tengo que ir al baño. Esperadme.

- ¿Te has hecho caquita? - bromeó Aria.

Álex la miró entornando los ojos en un intento de transmitir un odio fingido, pero le fue imposible, y se echó a reír.

- Vuelvo enseguida - añadió.

Aria y Laura se sentaron en el primer banco disponible. Eran de color azul turquesa, con manchas de comida y refresco encima. Dejaron sus cosas a un lado y entablaron una conversación interesante: ¿qué ocurriría mañana en el baile de máscaras?

Álex se lavó las manos y salió rápido del baño, dirigiéndose donde estaban sentadas las chicas, y otra persona... ¿Mike? No podía ser cierto lo que veían sus ojos. ¿Qué hacía aquel traidor hablando con Aria y Laura?

- Oye, ¿tú qué coño haces aquí? Déjanos en paz - vociferó desde lo lejos, con cierto tono agresivo, como un animal que marca su territorio.

- Álex, tranquilízate, creo que deberías escuchar lo que tiene que decir - sugirió Laura.

- No tengo nada que escuchar de este... personaje - respondió en un tono mucho más calmado. No podía exaltarse allí, delante de los demás alumnos del intercambio. No quería llamar mucho la atención.

- Hazlo por mí, por favor - rogó Aria mirándole a los ojos.

- Está bien -se dirigió hacia Mike-. Habla.

- Álex, lo siento, de verdad -una pequeña lágrima brotó de sus ojos, desmontando así su faceta de chico duro-. Estaba celoso de vuestra relación, y no lo pensé bien.

Álex resopló.

- No jodas. Pensaba que lo habías meditado mucho.

- Sois unos chicos maravillosos, y creo que no os merecéis lo que os he hecho -continuó-. Necesito que me perdonéis, por favor.

Aria abrazó fuerte a Mike. Ella lo había perdonado, de verdad. Sabía lo que era cometer un error. Había cometido unos cuantos a lo largo de su vida, y quería creer que Mike estaba muy arrepentido del suyo.

A Álex se le revolvió algo dentro de su cuerpo. No podía perdonarlo así como así. Quería que pagara por lo que había hecho. Aunque no hubiera ocurrido nada, podía haberle costado muy caro. Podía haber sido expulsado del intercambio.

- Dime algo, por favor - imploró Mike.

- ¿Quieres que te diga algo?

- Sí, por favor - pidió de nuevo, esperando una respuesta negativa y agresiva.

El español tuvo que pensar mucho, y tras unos segundos de silencio, lo soltó.

- Te perdono.

- Sorry?^[84]

- Lo que has oído. Te perdono. Entiendo por lo que debiste pasar - le tendió la mano como un verdadero caballero.

Mike pasó de la mano y lo abrazó fuerte, como el día que se conocieron, en la puerta del instituto.

- Muchas gracias -se separaron del intenso abrazo-. Bueno, tienes tu habitación lista para instalarte cuando quieras.

- No, creo que no lo has entendido -Mike no entendía que quería decir-. Yo te perdono, pero nunca vamos a volver a estar como antes. Por eso,

prefiero seguir quedándome en casa de los Vanderwall.

- Oh, entiendo - dijo apesadumbrado.

- Aunque eso no significa que no podamos estar juntos - añadió Aria.

- Sí, ¿quieres jugar con nosotros? - le preguntó Laura.

- No, muchas gracias. Creo que me iré a casa -dijo triste-. Adiós, chicos.

Y salió de la bolera en dirección a su coche. Como había dicho Álex, nada iba a ser como antes, cuando llegó a Estados Unidos.

- ¿Por qué no has querido volver a su casa? - le preguntó Aria a Álex, desconcertada.

- No sé. No termino de fiarme del todo -cambió de tono-. Además, en mi casa actual tengo algo mucho mejor que lo que tengo en casa de los Cooks.

- Ah, ¿sí? ¿Y qué es? - preguntó intrigada.

- Tú.

Y la besó cariñosamente, obviando a toda la gente que los rodeaba.

Sara y David se sentaron en la mesa de la sala de profesores, desierta, para descansar después de una mañana agotadora.

Habían visitado un pequeño pueblo llamado Lancaster, muy cercano a Stateville, donde vivían los Amish, un grupo de gente de tradiciones muy arraigadas que son conocidos por tener un estilo de vida sencillo, sin ningún tipo de comodidades o tecnologías modernas.

Para los chicos fue muy curioso ver como jóvenes de su edad podían vivir toda su vida sin utilizar un automóvil, Internet o, simplemente, la electricidad.

- Uf, que fuerte lo de los Amish, ¿no? -rompía el hielo Sara-. Yo no sé si podría vivir así.

- Supongo que sí. Ellos nunca han probado la tecnología, por tanto, no la pueden echar de menos.

En aquel momento entró la señora Callahan a la sala de profesores.

- Menos mal que estáis aquí. Los busqué por todos lados -su acento puertorriqueño retumbaba por las paredes, produciendo un pequeño eco-. Hemos tenido un problema con el hotel donde se estaban hospedando ustedes. Van a tener que salir de allí.

- ¿Cómo?

- El instituto tenía un convenio preparado con el hotel, pero ha habido un error, y no puede hacerse cargo de tal cantidad de dinero, así que ha decidido que se hospeden con nosotros, los profesores.

- Oh - se sorprendieron ambos.

- Pero todo está bien -continuaba-. Me presenté voluntaria, y ambos se van a hospedar en mi casa. En habitaciones separadas, claro.

- Claro - respondió Sara, lanzándole una mirada desesperada a David.

- Bueno, muchas gracias señora Callahan, estaremos encantados de hospedarnos en su casa. Seguro que estaremos genial - dijo David, intentando terminar la conversación.

- Oh, casi se me olvida. Tienen que ir a recoger sus enseres cuanto antes, para dejar la habitación del hotel libre.

- Sí, iremos rápidamente - dijo Sara recogiendo las cosas que había encima de la mesa.

Entraron en sus respectivas habitaciones a recoger todo lo que habían llevado a Estados Unidos, aunque parte del equipaje de Sara estuviera en la habitación de David.

- ¿Ahora qué hacemos? - preguntaba a David al entrar estrepitosamente en su habitación. Traía en las manos varias camisas y un pantalón, ya que incluso su maleta estaba en el cuarto de este.

- Lo tendremos que sobrellevar, Sara. No podemos hacer nada más - respondió David descontento.

- Bueno, ¿y no nos podemos pagar nosotros la habitación?

- ¿A 100 dólares la noche? Creo que no.

Sara resoplaba por lo bajo. Si dejaban aquel hotel, deberían aparcar su relación hasta su vuelta a España. Ahora que ella había decidido continuar con aquel *affaire*, no podía creer que el destino les hiciera eso. En las películas todo iba a favor del amor.

David cambió la cara y se dirigió a Sara.

- La habitación está pagada hasta la tarde, ¿no? - preguntó, sabiendo la respuesta.

- Creo que sí - respondió Sara, desconcertada.

- Pues podríamos aprovechar los últimos momentos aquí - propuso con cara sexy, poniendo morritos, como le gustaba a Sara.

- ¿Tú crees? - Sara cambió a una voz mucho más sensual.

- Sí.

Entonces David empujó la maleta, que estaba encima de la cama, al suelo, provocando un pequeño estruendo. Se aproximó a Sara, le acarició la cara y la cogió por la espalda, dejándola suavemente sobre la cama.

- Venga, que no sabemos si esto se podrá repetir en los próximos diez días - rogó a Sara, quien se había puesto en posición hacia arriba.

- Ven aquí entonces, voy a disfrutar de ti lo suficiente como para aguantar diez días más.

En la entrada del gimnasio del instituto, los chicos encargados de la organización del evento les pidieron las entradas para acceder al baile de máscaras. Ambos, cogidos de la mano entraron a aquella enorme sala, decorada al estilo veneciano de tiempos pasados.

El sitio era bastante romántico, ya no solo por la decoración, sino por el ambiente que se respiraba allí dentro. Todos los chicos, salvo algunos que no tenían pareja y habían ido allí como los "solteros de oro" de la fiesta, bailaban con las chicas que habían aceptado sus invitaciones al baile. El amor se encontraba en el aire.

Álex y Aria entraron al amplio gimnasio y fueron directamente a la barra a pedir unas copas sin alcohol (estaba muy mal visto por los mayores que la gente joven bebiera alcohol). Estaban un poco cohibidos. Aunque nadie podía reconocerlos con aquellas máscaras puestas, (y aunque lo hicieran, podían decir que simplemente eran acompañantes para el baile) no se hacían a la idea de hacerse cariñitos en público, después de estar haciéndolo todos estos días en privado, para ellos solos.

Sonó por el altavoz una de esas canciones románticas que tanto le gustaban a Aria, '*A Thousand Years*', de Christina Perri.

- ¿Bailamos? - le preguntó Aria a Álex, que estaba un poco nervioso.

- ¿Aquí? - no le parecía muy buena idea.

- Sí, aquí, el lugar perfecto... -le cogió la mano y lo arrastró al centro de la pista, con todas las otras parejas que bailaban aquella bonita canción...con la persona perfecta.

Los volantes de la falda empezaron a moverse al compás de la chica que lo llevaba puesto. Se cogían de la mano, se movían de un lado a otro y hasta daban vuelta de vez en cuando. El baile era una asignatura pendiente para los dos, pero en aquel momento no lo parecía. Se movían como les pedía el cuerpo, al compás de la música, y se compenetraban perfectamente. Era como si hubieran nacido el uno para el otro.

En aquel momento no hablaban, era imposible. Estaban demasiado concentrados en sus movimientos. Se miraban a los ojos de vez en cuando, llegando a ruborizarse cada vez que sus miradas se encontraban, aunque gracias a las máscaras no podía llegar a apreciarse.

"I've loved you for a thousand years, I'll love you for a thousand more" terminaba la canción. Cuando la música se atenuaba lentamente, sus miradas se encontraron de nuevo, y ocurrió nuevamente la magia, la química que habían sentido aquella noche estrellada en casa de Justin. Se besaron con toda la pasión que sentían en aquel momento.

Álex siempre había querido que le ocurriera algo parecido a aquello. Tal vez era un tópico de las películas americanas protagonizadas por adolescentes, pero para él era especial. Era especial por ella.

- *You are the best thing I've never had* -se sinceró Álex. Las palabras salían de su corazón-. *You are the best person I've ever met.*^[85]

Volvieron a besarse como antes, aunque se podría decir que incluso con un poco más de pasión. Era el momento perfecto.

Laura bailaba de la mano de Matthew, quien se había mostrado como un auténtico caballero durante toda la noche. A pesar de eso, se encontraba absorta, como si allí solo estuviera su cuerpo, sin ningún tipo de vida. Bailaba mecánicamente, por la inercia que ejercía su acompañante.

Su mente realmente estaba con Álex y Aria. Los seguía con la mirada. Se alegraba mucho por ellos, porque podían estar en público por fin, pero sentía la necesidad de estar con ellos.

"No, déjalos solos. Este es el único momento que van a poder pasar juntos en público sin ningún tipo de problema" se dijo a sí misma. "Tú le tienes en España todo el tiempo que quieras, en cambio, a Aria le quedan menos de dos semanas".

Siguió bailando como antes, pendiente de sus pensamientos.

- *Laura, what do you think about going to New York this weekend?*^[86]

- *Oh, sorry. Could you repeat it?*^[87] - dijo volviendo a la realidad.

- Yes. I've said if you want to go to New York this weekend. Have you ever been there?^[88]

- No.

- Well, I'll show it to you. It's one of the most beautiful cities around the world.^[89]

- Oh, ok. It's a good plan. Could Álex and Aria come with us? They wanted to go to New Jersey, but I think this is a better plan.^[90]

- Of course. They're good guys, don't you think?^[91]

Laura se limitó a afirmar con la cabeza.

Aria estaba sola, sentada en una de aquellas mesas donde quedaban algunos de los "solteros de oro" aún.

- Aria, tengo algo que decirte -Laura miró extrañada, buscando a alguien entre la multitud-. ¿Dónde está Álex?

- Oh, ha ido a por unas bebidas. Me ha dicho que volvía enseguida.

- Ah, bien. Bueno, Matthew y yo queríamos proponeros un plan.

Álex regresaba a la mesa con un refresco de cola para él y otro de naranja para Aria.

- Hola chicos, ¿qué hacéis aquí? - preguntó Álex.

- Bueno, Matthew y yo queríamos proponeros un plan -repitió Laura-. ¿Qué os parece si nos vamos los cuatro mañana a Nueva York?

- ¿Nueva York? ¿En serio? -alucinaba Álex. Era una ciudad a la que siempre había querido ir desde pequeño, y ahora se lo ofrecían de un día para el siguiente.

- Bueno, ¿qué? ¿os venís?

Álex miró a Aria, buscando su cara de aprobación.

- Ok, les acompañamos - dijo finalmente esta.

Álex tenía el semblante de un niño con zapatos nuevos que tiene la intención de pisar un charco. Le hacía mucha ilusión visitar la ciudad, y más si Aria estaba a su lado.

- Perfecto. Entonces nos vemos mañana.

- Espera, ¿os vais ya? - le preguntó Álex a Laura.

-Sí, esto es un poco aburrido. Matthew me dejará en casa de los padres de Aria.

- Espera Laura -Aria se dirigió hacia Álex-. ¿Quieres que nos vayamos nosotros también? No parece que te diviertas mucho.

- La verdad es que esto es un poco aburrido. Parecían mejores los bailes en High School Musical.

Álex y Aria llegaron cansados a casa tras el baile. Habían sido muchas las emociones que habían sentido aquella noche. Recordaban con ternura cada uno de los besos o muestras de cariño que se habían dado en los últimos días, pero aquella noche había sido una de las más especiales que habían vivido. No había nada como poder estar juntos en público.

Acompañada por Laura, Aria ya se dirigía a su habitación cuando notó que algo tiraba de ella. Álex la cogió de la mano y tiró hacía él, haciendo que perdiera el equilibrio y cayera en sus brazos. Laura, que observaba la escena boquiabierta, decidió meterse en la habitación y dejarlos solos.

- ¿Qué se supone que estás haciendo? - preguntó Aria riéndose a carcajadas, aunque en tono bajo para no despertar a nadie.

- ¿Quién te ha dicho que la noche ha terminado?

- *Sorry?*^[92]

- ¿Tú te fías de mí?

- Claro.

- Bueno, pues sígueme.

Llegaron por fin al lugar donde Álex había querido llevar a Aria desde la primera vez que lo vio. Aquel lugar era precioso por el día, pero por la noche, con la luz de la luna llena reflejándose en sus aguas cristalinas, se volvía un lugar mágico.

Era aquel paisaje tan bonito que había podido admirar el día que se mudó a la casa de los Vanderwall y que le fascinó desde la primera mirada.

- *What are we doing here?*^[93] - preguntó Aria con la misma risa tonta de antes, pero un poco más sorprendida, sin saber que planes tenía Álex.

- Bueno, me pareció un lugar muy bonito, y contigo aquí, es absolutamente perfecto -se paró a mirar el paisaje y observó una roca adecuada para aquel momento-. Ven, sentémonos aquí.

Ambos se sentaron en aquel lugar para admirar tanta belleza proveniente de la naturaleza. Podían escuchar el sonido de los grillos en la zona del bosque que rodeaba aquel pequeño lago. Además, también se podía oír la caída del agua que brotaba desde una pequeña grieta que había abierta en la única parte cerrada del lago. Aquella gran masa de agua estaba tapada por un pequeño acantilado al cual iba pegado el río, poco caudaloso, que desembocaba allí mismo.

El lugar parecía haber cambiado a la vista de Álex. Desde la habitación de huéspedes de la casa de los Vanderwall no se podía apreciar todos los elementos que conformaban aquel hermoso paisaje, y por tanto, se perdían esos matices que daban tanta belleza al lugar.

- ¿Me vas a decir ya que hacemos aquí? - Aria se había tumbado boca arriba, y observaba el cielo estrellado con aquellos ojos castaños que habían embelesado a Álex hacía unos pocos días.

- Cuando me mudé a tu casa, vi este paisaje, y pensé que era ideal para pasar un rato los dos solos. Cada vez que me levanto por la mañana, o cuando voy a acostarme por la noche, me asomo al balcón y nos imagino a los dos, bañándonos en el lago, haciendo un picnic aquí en la arena, o simplemente tumbados, como ahora, admirando este maravilloso sitio.

Álex acercó su mano a la de Aria y la agarró, pero no con fuerza, sino simplemente rozándola, haciendo que esta notara su presencia, y así que fuera ella quien eligiera si cogérsela o no. No hubo movimiento por parte de ella, pero tampoco rechazó el gesto. Dejó que sus manos simplemente se acariciaran.

- Aquí venía con mis padres cuando era pequeña. Me gustaba mucho meterme en el agua y bucear, imaginando que era una sirena y estaba en el gran océano. Era como un cuento de hadas.

Álex, que se había puesto en la misma posición que Aria, se incorporó, y ella le siguió, con curiosidad por saber que iba a hacer.

- Bueno, no sé si te gustaría haber sido una sirena, pero para mí, eres una princesa. Eres la chica más maravillosa que he conocido, y no tienes nada que envidiarle a Ariel, Blancanieves o la Cenicienta. Eres mi princesa.

- Te quiero
- ¿Cómo dijiste?
- *I love you! I love you so much!*^[94]
- Yo también te quiero.

Ambos se abrazaron con todas las fuerzas que tenían en aquel momento. Aquello parecía más un sueño que la vida real. Todo sucedía muy deprisa. Realmente, solo hacía seis días que conocía a Aria, pero para Álex parecían como seis meses, y quería que aquello quedara en el recuerdo de su chica, no solo de forma psíquica, sino también física. Quería que Aria tuviera algo que hiciera que lo recordara para siempre, un objeto suyo, algo especial. Era la primera vez que se decían 'Te quiero', y tenía que recordar aquella noche hasta el fin de los tiempos.

- Aria, quiero que te quedes esto -se quitó un colgante en forma de 'A' de su cuello, se lo puso en su mano y la cerró-. Me lo regaló mi abuela cuando era pequeño. Para mí es algo especial, y ahora quiero que lo tengas tú, para que me recuerdes cuando me vaya, como una promesa de que regresaré, de que esto no puede morir aquí, en este viaje.

- Álex, no puedo aceptar esto - intentó devolvérselo.

- De verdad Aria, quiero que te lo quedes tú -impidió que lo devolviera-. Es una forma de que estés siempre junto a mí. Así sabrás que volveremos a estar juntos, de una forma o de otra. El destino nos ha unido, y nada ni nadie podrá romper el vínculo que hemos formado.

Unas gotas saladas corrían por la cara de Aria y caían sobre la roca en la que estaban sentados, resbalando hasta tocar el suelo arenoso. Escuchaba las palabras de Álex con atención, y nadie nunca le había dicho nada parecido. Era la primera vez que oía unas palabras tan hermosas de la boca de alguien. Además, no eran solo las palabras, sino la persona que las pronunciaba. Muchas personas habían pasado por la vida de Aria, pero solo Álex la había marcado de esa forma.

- No llores. Esto es lo mejor que me ha pasado nunca, y con el poco tiempo que tenemos, no quiero tristeza. Solo quiero alegría, ¿me oyes? -Álex pasó sus finos dedos por la cara de Aria para secarle las lágrimas. Él también se había emocionado, pero le costaba mucho más exteriorizarlo-. Y venga, vámonos, que es tarde, y mañana nos espera un gran día.

Álex se levantó de la cama incluso antes de que sonara la alarma que había puesto la noche anterior en su teléfono móvil. Estaba eufórico por visitar al fin la Gran Manzana.

Se asomó al balcón de la habitación para sentir la brisa fresca de la mañana en su cara y así despejarse un poco, y de paso, volver a admirar el paisaje en el que la noche anterior había vivido unos momentos muy intensos, en el buen sentido, muy románticos.

Tras esa bocanada de aire puro, se vistió rápidamente y bajó a desayunar. Solo quedaba una hora para que Matthew les recogiera y quería estar listo para salir nada más llegara.

Al bajar por la escalera, pudo ver que Aria y Laura ya estaban sentadas en la mesa, tomando el desayuno junto a Paige y los señores Vanderwall.

- Vamos Álex, ven a comer algo. Tenéis que coger fuerzas, que Nueva York no es igual de grande que Stateville, y tenéis que andar mucho más - le dijo la madre de Aria.

Igual que los días anteriores, la mesa estaba repleta de comida riquísima. Era imposible que, entre los comensales que había sentados en la mesa, se terminaran todo lo que había sobre aquel mueble de estilo rústico que ocupaba el centro del comedor.

- Bueno, ¿y dónde nos vamos a quedar esta noche? - preguntó Álex a las chicas, que devoraban un croissant mojado en su vaso de leche.

- ¿Aria aún no os lo había contado? Jason va a dejaros las llaves de su apartamento. Él vive en la octava avenida, en pleno centro de la ciudad - respondió la señora Vanderwall al dejar su zumo de naranja sobre la mesa-. Como él viene a pasar el fin de semana a Stateville, os dejará el piso para los cuatro solos.

- Oh, perfecto. De esa forma estaremos cerca de muchos sitios que queremos visitar. En el viaje en coche veré que lugares hay cerca del apartamento.

Aria se terminó su desayuno y fue rápidamente hacia la planta superior a preparar su maleta. Al ser un plan bastante precipitado, no le había dado tiempo a hacer nada. Solo le había dado tiempo a llamar a su hermano para que les dejara quedarse en su casa.

Aunque solo fueran a pasar una noche en "la gran ciudad", llenó su maleta con distintos modelitos porque no había podido elegir uno solo. Algunos le parecían perfectos para pasear por la quinta avenida, otros para hacer un picnic en Central Park y darle de comer a las ardillas que corretean por allí, y otros para salir de fiesta por la noche neoyorkina.

Laura esperó a que su amigo terminara de desayunar e hiciera lo mismo que Aria. Subieron a la planta superior y lo acompañó a preparar su maleta, ya que ella lo había hecho la noche anterior, mientras ambos estaban en el lago.

- Oye, ¿vas a coger esto? - le preguntó Laura a Álex señalando unos pantalones vaqueros de color azul marino.

- Sí, ponlo en la maleta.

Laura obedeció la orden y puso los pantalones vaqueros en la diminuta maleta de mano que trajo desde España. Dentro les había traído unos regalos a la familia Cooks como modo de agradecer su hospitalidad, y pensaba utilizarla para llevar los suvenires que comprara en Nueva York para su familia y amigos.

Entre los dos terminaron de preparar la maleta mientras Aria se peleaba con la suya para poder cerrarla. Con todo esto, solo quedaban diez minutos para que Matthew les recogiera. Estaban ansiosos por subir al coche y llegar cuanto antes a la ciudad.

- Laura, no quiero que le digas nada a Aria, pero le he preparado una cosa especial - confesó Álex por sorpresa.

- ¿Sí? ¿Qué le has preparado? - preguntó intrigada.

- Bueno, quiero llevarla esta noche a cenar, y luego pasear por Central Park a la luz de la luna.

- Oh, ¡qué romántico!

- Shh -hizo un gesto con la mano dándole a entender que bajara la voz
-. Bueno, te lo digo para ver si podrías entretenerla esta tarde, yendo de compras o algo así, para que yo pueda ir a reservar un restaurante cerca de allí.

- Ah, claro que sí. Pero te digo que no creo que un restaurante en la quinta avenida tenga un precio que tú te puedas permitir.

- Uf, no había reparado en eso. Pero bueno, intentaré encontrar algún sitio acorde con mi estatus económico de estudiante sin un céntimo.

Laura se rió mientras Álex ponía cara de desesperado, sin saber qué hacer. Quería recompensar a Aria con aquello que se merecía, pero no tenía ni idea de cómo podría hacerlo.

- Bueno, Álex, para tener detalles románticos no hace falta gastar mucho dinero – dijo Laura con una expresión sonriente en el rostro.

- Esa cara que tienes la conozco. A ti se te ha ocurrido algo...

- Pues la verdad es que sí. Te voy a desvelar algunos secretos para que tengas la cita perfecta.

Ambos se habían instalado sin ningún problema en casa de la señora Callahan. Tras pasar su última tarde juntos en el hotel, la profesora del Stateville High School había preparado un par de habitaciones para sus huéspedes más especiales.

Las estancias, enfrente una de la otra, se encontraban en un pasillo presidido por el cuarto de la dueña de la casa, por llamarla de alguna forma.

La pequeña mansión, situada en uno de los barrios más ricos de aquel pueblo de Pensilvania, tenía una dimensión considerable, 300 metros cuadrados, distribuidos en tres plantas muy bien diseñadas.

Sara bajó a la planta inferior tras pasar la primera noche en aquella maravillosa casa. Sería un sueño hecho realidad vivir en un lugar como aquel, si no fuera porque no podía ser como realmente era ella.

Al llegar a la cocina, separada del salón-comedor por solo una pequeña cristalera, vio a la señora Callahan tomándose una infusión y una pequeña tostada con mermelada de naranja.

- Que bonitas vistas hay aquí por la mañana – dijo Sara observando el paisaje a través de aquellas paredes de vidrio transparente.

La casa estaba muy cerca de la vivienda de los Vanderwall, y tenía vistas al lago en el que Aria y Álex habían pasado parte de la noche anterior. De día, en aquel lugar se podían apreciar muchos más matices y elementos de la naturaleza.

- Sí, fue lo que me enamoró de esta casa cuando la compré. Siempre he sido muy amante de la naturaleza. Cuando era pequeña, mi padre me llevó a la Isla de Guilligán^[95], en Puerto Rico, y esa imagen se me quedó grabada. No fue hasta que llegué aquí que vi una cosa igual – Kate rememoraba viejos tiempos en su país natal.

- ¿Y cuándo llegaste a Estados Unidos? – preguntó Sara con curiosidad.

- Cuando tenía 16 años, mis padres emigraron a Estados Unidos por problemas de trabajo en nuestro país. Nos instalamos en Nueva Jersey, y unos años después empecé mis estudios de lengua Hispánica en la Universidad de Pittsburgh, en Pensilvania.

- Y unos años después te instalaste aquí, ¿no? – supuso Sara.

- Exacto. Al finalizar mis estudios, busqué trabajo en los institutos de la zona, y finalmente me instalé en Stateville, después de encontrar trabajo aquí. Siempre me he sentido muy querida en el pueblo.

Se escucharon unos pasos que bajaban las escaleras. No podía ser otra persona que David. Entró en el salón vestido con un vaquero descolorido y una sudadera blanca con capucha. Llevaba un look bastante juvenil que le gustaba muchísimo a Sara.

- Hola chicas, ¿cómo va todo? – les preguntó nada más llegar a la estancia.

- Fantástico. Por cierto, tenemos varios días libres. ¿Han pensado que van a hacer en estos días?

- La verdad es que sí. Habíamos pensado en descansar un poco. Aunque no lo parezca, es bastante agotador estar viajando por aquí y por allá.

- Bueno, si quieren, les puedo llevar a algún lugar.

- Tranquila. Hemos alquilado un coche para poder movernos por aquí. No tenemos ningún problema en lo que al transporte respecta – le indicó Sara para sacársela un poco de encima.

- Perfecto. Yo tengo que ir a hacer unas compras, pero están como en su casa.

Kate Callahan salió de la casa y cogió su coche para realizar la compra de la semana. Mientras tanto, Sara y David tenían pensado aprovechar el tiempo que tenían solos.

Se tumbaron juntos en el sofá de piel marrón de tres plazas, situado

enfrente de una televisión de unas 42 pulgadas. Allí no podían hacer demasiadas cosas, ya que podían ser descubiertos de imprevisto, pero no podía desperdiciar esos valiosos minutos en los que la señora Callahan estaría entretenida haciendo la compra.

Lanzaron todos los cojines del sofá al suelo y empezaron a jugar, como dos adolescentes en sus primeros días de relación amorosa. La situación era bastante rara. No querían hacer el amor allí, por respeto a la dueña de la casa, pero su libido decía todo lo contrario.

Sara empezó desabrochando los pantalones vaqueros de David, quien estaba quitándose la sudadera. Cuando este ya estaba más o menos desnudo (se había quedado en ropa interior), Sara se quitó el bonito vestido primaveral de color rojo que llevaba, y justo en ese momento, se oyó el sonido de unas llaves abriendo la cerradura de la casa.

Era muy romántico pasear por la quinta avenida de Nueva York de la mano de la chica que te gusta, pasando por delante de las tiendas de ropa, tecnología y joyas más caras del mundo.

Los artículos que se mostraban en los escaparates de dichas tiendas eran de lo más bonito que había visto Álex nunca, pero sabía que, si no ocurría un milagro, sería muy complicado que en algún momento de su vida pudiera comprar algo allí.

Aria había pisado aquel lugar cientos de veces, pero era muy fácil saber que para Álex era la primera vez que visitaba la ciudad: no bajaba la vista en ningún momento de aquellos edificios que surcaban las nubes, y la cámara de fotos de su iPhone llevaba alrededor de 100 fotos en los últimos 5 minutos.

- Esto es alucinante - afirmaba mientras su cabeza seguía alzada hacia los rascacielos, y casi tumbó a un ejecutivo de un tropezón.

Camino arriba, llegaron a la plaza donde se encontraba, como indica su mismo nombre, el Hotel Plaza, lugar que Álex reconoció por haber sido lugar de rodaje de la película 'Solo en casa 2: Perdido en Nueva York', una de sus películas favoritas, y que había visto unas mil veces.

Recordaba como de pequeño soñaba con ser Kevin McCallister, y recorrer calles y calles de aquella magnífica ciudad, toda decorada con temática navideña, intentando detener a los ladrones, y por supuesto, viviendo una aventura que jamás olvidaría.

Volvió a la realidad, y se fijó en todo lo que su vista alcanzaba: desde la misma plaza en la que estaban se podía ver la famosa tienda *Apple* de cristal, con la manzana encima, y a su lado, la exclusiva boutique *Cartier*. Delante se podía observar un trozo de Central Park, que tenía una longitud kilométrica, con sus árboles gigantescos dando un toque de naturaleza a aquel trozo de tierra tan artificial.

Algo que a Álex le hizo mucha gracia fue ver a una mujer, suponía que de origen chino, echando una moneda a la fuente que había en medio de

la plaza y pidiendo un deseo. Él no era para nada supersticioso, y siempre había pensado que eso era solo tirar dinero... pero entonces recapacitó un poco. ¿Por qué no probar? Si no ocurría nada, solo serían unos céntimos perdidos.

Álex sacó de su cartera una moneda de 10 céntimos y mirando en sentido contrario a la fuente, lanzó su moneda hacia atrás mientras pensaba en su deseo. Como si de una película se tratara, vio como su moneda daba vueltas a cámara lenta, hasta que se sumergió en la poca agua que había en la fuente. ¿Se cumpliría su deseo? Era demasiado pronto para averiguarlo.

Que buen tiempo hacía para estar allí tumbados los dos. La hierba de Central Park estaba preciosa, con aquel color verdoso, que desprendía una frescura que traspasaba cada poro de su piel. Se habían estirado en una zona escondida del Sol gracias a un gran árbol del que no sabía distinguir la clase, pero del cual sabían que llevaba mucho tiempo allí por sus grandes dimensiones.

El olor de la primavera hacía que se sintieran vivos, y los animales que correteaban por el parque producían un sonido muy relajante. Ambos cerraron los ojos y se dejaron llevar por los sentidos, sin saber si pasaban segundos, minutos u horas. Podían haber estado así toda la eternidad, y no habrían sido conscientes.

De pronto, el afán aventurero de Álex le despertó del trance en el que se encontraban. Se dio cuenta de que estaba en una de las ciudades más grandes y preciosas del mundo, y que no podía quedarse todo el día allí tirado. Había mucho territorio por explorar, y muy poco tiempo para hacerlo.

Ya habían recorrido la quinta avenida de arriba abajo, y como Álex no tenía el suficiente dinero como para ser cliente de ninguna de aquellas tiendas ultra-exclusivas, decidieron ampliar su área de búsqueda, y partieron hacia la *Grand Central Station*, la estación de tren, cinematográficamente hablando, más famosa del mundo (salvando *King's Cross*, por el fenómeno Harry Potter), conocida por aparecer en películas como "Con la muerte en los talones" o "Los intocables de Eliot Ness".

Desde Central Park se desplazaron hasta la avenida Lexington con la calle 59, donde cogieron la línea 4 del Metro. Solo había una parada, es decir, minutos desde que entraron hasta que salieron de aquel lugar, pero en ese escaso tiempo, pudieron observar lo concurrido que era el Metro de Nueva York, nada comparable al de Madrid, que había visitado en varias ocasiones. Además, allí podías encontrar gente de toda clase, desde altos ejecutivos vestidos con su traje y corbata junto a su inseparable maletín, hasta un pobre mendigo que iba pidiendo centavos a cada persona que había allí concentrada.

Salieron de la boca del metro en la calle 42, entre Lexington y Park Ave., y en cuestión de segundos llegaron a la *Grand Central Station*. Tardaron poco más en acceder al centro de la estación, donde pudieron observar el característico reloj, seña de identidad de la estación, y desde donde partían multitud de trenes.

- Ojalá pudiéramos coger uno de esos tú y yo -dijo Álex sonriéndole-. Sería genial poder viajar hasta la otra punta del país, y simplemente ser libres, sin ataduras ni reglas.

- ¿A la otra punta del país? -preguntó Aria interesada-. ¿Dónde te gustaría ir?

- No lo sé. Los Ángeles, por ejemplo. Me encantaría que pudiéramos pasear descalzos por las playas de Santa Mónica, y que el agua del mar nos bañara los pies, mientras viéramos un precioso atardecer sentados en la orilla de la playa, sintiendo esa finísima arena meterse entre los dedos.

- Que romántico... -suspiró Aria- Bueno, nunca se sabe lo que nos depara el destino. Quizás el nuestro fuera encontrarnos aquí, para vivir juntos para siempre, viajando por el mundo, y viendo atardeceres preciosos continuamente, tanto en Santa Mónica como en lo alto del *Empire State* o en la cima de una montaña perdida de Bali.

La megafonía de la estación empezó a dar el nombre de varios destinos: Chicago, Philadelphia, Washington DC, etc. Todos esos trenes estaban repletos de personas, personas que posiblemente tenían unas historias tan grandes como la que vivían ambos en estos momentos, y quien sabe, alguna de aquellas personas podía estar pasando por un amor prohibido, otra podía estar viviendo la pasión del primer amor, o simplemente, tener una vida monótona y aburrida, pero la vida está hecha de decisiones, y la que ellos

habían tomado podía acarrear un gran riesgo, pero había valido la pena, solo por conocerse, por esos momentos vividos, por esos besos furtivos, en definitiva, por ese sentimiento que sentían cuando estaban uno al lado del otro y sus almas conectaban de una forma especial, como si se conocieran desde hacía un millón de años. Mucha gente dice que está enamorada, pero solo si has vivido eso, puedes decir que has sentido el amor.

Solo iban a pasar una noche en "la ciudad que nunca duerme", así que debía pensar bien que sitio escoger. Álex -o más bien Google- había pensado dos planes diferentes: ver el atardecer cerca del puente de Brooklyn o en la cima del *Empire State*.

Al llevar todo el día por la zona más céntrica de la ciudad, Álex pensó en cambiar un poco de ambiente, así que el mejor plan era ver el atardecer en el puente. Lo complicado sería llegar allí. Nueva York no era como las ciudades españolas y, según Google Maps, se encontraban a 25 minutos en transporte público, así que se pusieron en camino.

No fue un viaje verdaderamente largo, pero se les hacía un mundo. Aquel momento había sido soñado por Álex desde que era un crío, y aunque Aria viviera solo a dos horas de camino, nunca había vivido un atardecer en Nueva York con alguna de sus parejas.

Finalmente bajaron del metro en East Broadway, a solo unos cinco minutos del Puente. Y allí estaba. El puente de Brooklyn. Era colosal, más incluso que en la mente de Álex. ¿Cómo podían haber construido aquel puente en el siglo XIX? Puede que con la tecnología que hay ahora sí, pero entonces, ¿cómo se las ingeniaban para poder formar aquella obra magnífica?

Empezaron a andar sobre la plataforma. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Álex desde la planta de sus pies hasta más arriba de su cabeza.

- ¿Sabes una cosa? Dicen que, si cruzas el puente entero andando, alguna vez en tu vida, aunque no sepas cuando, volverás a pisar Nueva York -le dijo Álex a Aria.

- ¿Dónde has oído eso?

- Pues si te digo la verdad, no lo sé. Simplemente espero que sea cierto.

- *Oh! I'm sure of that.*^[96] No sé si por cruzar el puente o no, pero estoy segura de que alguna vez volverás a Nueva York, aunque sea por lo que dejarás a dos horas de aquí.

Álex miró con dulzura a los ojos de Aria, pero fue bastante tajante en su respuesta.

- No pienses en eso ahora, de verdad. Estamos aquí. Ahora es el momento. Lo que tenga que venir ya vendrá, y lo tendremos que asumir. Pero ahora estamos donde queremos estar, y no quiero estropearlo pensando en las despedidas que aún no han llegado. Ya nos preocuparemos por eso cuando suceda.

- Pero Álex, sabes que tendremos que hablar de esto. Es algo que va a pasar en unos días.

- Lo sé. No creas que no pienso en ello, pero ahora no quiero tener ese pensamiento en mi mente. Estamos en un lugar genial, en un momento perfecto. Vamos a vivir uno de los atardeceres más bonitos de nuestras vidas, y simplemente quiero disfrutar, contigo a mi lado. No pido nada más.

Allí estaban los dos, sentados sobre un banco de piedra, admirando el sol, al que le quedaba poco tiempo para esconderse por el horizonte, a través los altos rascacielos que componían el *skyline* de Nueva York.

Habían bajado a un parque que había entre el puente de Brooklyn y otro puente más lejano. Desde allí se podía ver perfectamente la escena que tanto ansiaban la pareja de enamorados.

- *Don't you think we can stay here for the rest of our lives?*^[97]

- *I've thought the same as you.*^[98]

El cielo empezaba a oscurecerse poco a poco, y el sol iba desapareciendo por detrás de aquellos edificios gigantescos que, con motivo, llamaban rascacielos.

Finalmente, el astro desapareció de sus miradas y de las de todos aquellos que allí les acompañaban. Aunque pueda no parecer gran cosa, realmente es algo que hizo mella en ellos. No todas las personas pueden ver un atardecer en aquella maravillosa ciudad, y menos con la persona que más quieren al lado.

Las luces de los edificios empezaron a encenderse y, por fin, Álex

pudo observar aquello que tanto llevaba deseando ver desde hacía una semana, nada más pisar suelo estadounidense. La ciudad de Nueva York iluminada, tal como se ve en las comedias románticas. Solo faltaban allí Jennifer Anniston o Anne Hathaway.

Y entonces, cuando admiraban aquella belleza artificial, una gota cayó en el brazo de Álex, y tras esa, otra, y otra... Empezó a llover como si no hubiera un mañana, como si el mundo fuera a terminar aquella misma noche. Solo pudieron coger sus cosas y correr a buscar algún lugar que les resguardase de la lluvia.

Llegaron al apartamento por fin. La lluvia seguía cayendo a cantaros en la calle. Se quitaron aquella ropa empapada y se pusieron algo seco. Habían tenido que correr bastante para coger el metro y no habían podido resguardarse en ningún lugar.

Álex vio que Aria miraba atenta por la ventana. Desde allí se podía observar el tráfico, con muchísimos taxis y algún que otro coche particular. La escena la iluminaban los carteles de neón de los negocios cercanos, que anunciaban todo tipo de productos y servicios en un color rojo pasión que te cegaba si mirabas directamente a ellos.

- ¿En qué piensas? -le preguntó Álex mientras se ponía una camiseta con un estampado californiano.

- En nada... y en todo a la vez -dijo sin dejar de fijar la mirada en un sitio concreto.

- Bueno, en algo estarás pensando, ¿no?

- Sí. Simplemente observaba la lluvia. Es algo tan bonito. Y te hace sentir. Es increíble cuando notas que las gotas tocan tu piel. Se me pone la piel de gallina solo de pensarlo.

- Pues habrás disfrutado muchísimo con la carrera que nos hemos pegado -respondió Álex riéndose.

- No, la verdad es que no. Para sentir eso tienes que estar dispuesto a ello. Disfrutar con cada gota que cae.

- ¿Y tú lo has hecho alguna vez?

- Claro que sí. Siempre identifico la lluvia con el amor. Es algo que he pensado desde pequeña. Cuando llueve siempre me siento como ahora, frente a la ventana de mi habitación, viendo como las gotas caen.

- Yo también lo he hecho alguna vez.

- ¿De verdad? - preguntó sorprendida Aria, girándose para verle el gesto.

- Sí. Lo hacíamos de vez en cuando mi hermana y yo. Después ella se fue a vivir a Madrid y ya no lo podíamos hacer. Cuando llueve, miró por la ventana, imitando lo que hacíamos juntos, imaginando que ella hace lo mismo que yo, y así la siento más cerca de mí.

Los sentimientos de Álex brotaron y se sinceró como no lo había hecho nunca con nadie. Aquella costumbre era algo que tenían en común Aria y él, otra cosa más.

- Pues ya sabes. Ahora cuando llueva, también puedes mirar por la ventana por mí. Yo siempre estaré al otro lado del cristal, pensando en ti.

No hizo falta andar más de una calle para poder llegar a Times Square. La lluvia había parado hacía unos minutos y decidieron seguir con el tour. La plaza más iluminada del planeta -o al menos es lo que ellos pensaban- se extendía ante sus pies, mostrándoles una belleza bastante singular.

Las pantallas gigantescas tapaban las fachadas de los edificios que se alzaban ante ellos. Los números que marcaban los datos de la bolsa de ese día corrían de un sitio a otro, mientras que los anuncios iban cambiando, desde un refresco a algún restaurante de comida rápida o un musical que triunfara en ese momento en Broadway, que solo se encontraba a unos metros de allí.

Entre todas aquellas luces destacaban algunas tiendas de ropa, juguetes o dulces, en las que compró algún que otro regalo a su familia, aunque lo que más llamó la atención de Álex era el restaurante McDonald's, pudiera ser por el hambre que tenía en esos momentos.

El local, muy acogedor, mostraba en sus paredes unas preciosas imágenes de Nueva York, dignas de fotografía de postal, de esas que se comprar 10 por 1 dólar. No era algo realmente especial, como esos restaurantes cinco tenedores de los que habla tanto la gente, pero al menos, eso sí se lo podía permitir.

Tras comerse un menú mediano cada uno, decidieron no seguir con el tour neoyorquino, que aunque estaba resultando muy agradable y satisfactorio para ambos, ya había anochecido, y al día siguiente tenían que salir hacia Stateville pronto.

Cargado con las bolsas de los regalos que había comprado anteriormente, los dos salieron hacía la octava avenida andando por Broadway, lleno de teatros donde se estaban representado preciosos musicales como *Mamma Mia!*, *Annie* o *The Lion King* en esos momentos.

- Álex, Aria, esperad - gritó alguien unos metros atrás.

Ese grito hizo que Álex girara la cabeza de pronto. En ese momento vio que Laura y Matthew se acercaban a ellos corriendo, con el aliento agitado. Estos habían visto a la pareja desde lejos y elevaron bastante su velocidad para alcanzarlos, cansándose a los pocos metros recorridos, y mostrando así la baja forma en la que se encontraban.

- Chicos, hemos estado enviándoos mensajes, ¿dónde estabais? - preguntó Laura respirando abundantemente.

- Hemos dado una vuelta por la ciudad, ¿y vosotros? - respondió Álex, devolviéndole la pregunta a su amiga.

- Matthew me ha llevado al MOMA. Es precioso. Me ha despertado una vena artística que ni yo misma sabía que tenía.

- Pero si a ti no te gusta el arte - afirmó extrañado Álex.

- No me GUSTABA, pero ahora sí - sentenciaba mientras sacaba la lengua en forma de burla.

Empezaron a andar hacia el apartamento de Jason, que se encontraba a poca distancia de allí. Entonces Laura recordó algo que había ocurrido en el museo, y que suponía que le gustaría saber a Álex.

- ¿Sabes a quien he visto en el MOMA? - dijo de pronto, dando por finalizado el silencio que se había instalado en el grupo.

- ¿A quién? - preguntó Álex intrigado.

- A Ceci.

- ¿Ceci? ¿De qué Ceci estás hablando?

- No sé. ¿A cuántas Cecis conoces que vivan en Nueva York?

- ¿Ceci? ¿En serio? - recordó de pronto.

- Sí. Hemos coincidido con ella en una de las salas del museo. Hemos estado hablando unos cinco minutos. Me ha dicho que le gustaría muchísimo verte.

Álex y Laura hablaban de Cecilia, a quien todo el mundo llamaba Ceci, una vecina de Álex en el apartamento de su abuela en la playa. Tenía unos ocho años más que Álex y Laura, pero siempre habían tenido muy buen rollo.

Desde hacía unos meses, Ceci se había ido a vivir a Nueva York para aprender un poco de inglés, que no le vendría nada mal en el futuro. En

verano, cuando estaban preparando el viaje, hablaba con Álex de como cambiaría su vida al subirse a aquel avión, y no le faltaba razón. Desde que se había instalado en la ciudad no había parado de vivir acontecimientos increíbles que ni por asomo le hubieran ocurrido en España.

- A mí también me gustaría muchísimo poder verla. Es una pena que no tenga su teléfono americano.

- Bueno, en ese sentido soy un poco más previsora que tú, así que se lo he pedido cuando nos hemos despedido.

- Genial.

- *Well, could you tell me who Ceci is?*^[99] - preguntó Matthew.

- Es una vecina de Álex, que vive al lado del apartamento de su abuela, en la playa. Es una chica majísima.

- Sí, vino a vivir aquí para aprender un poco de inglés, y tenía muchas ganas de verla. Es una buena amiga.

Es frase dio muy dentro del corazón de Aria, que escuchaba la conversación en silencio. ¿Quién sería aquella chica de la que Álex hablaba tan bien? ¿Habrían sido novios en el pasado? No lo había tenido nunca antes, pero se podía afirmar, a todas luces, que aquello era un gran ataque de celos.

- Bueno, pues dame su teléfono. Le mandaré un mensaje citándola mañana, antes de que nos vayamos de aquí - le dijo Álex a Laura, pidiéndole el número de móvil.

- ¿Estás seguro de que nos dará tiempo a ver a esa chica? - preguntó Aria, con intención de hacerle entender que no podían quedar para verse.

- *Of course, there's a lot of time. We'll go to Stateville at 1:00 pm* ^[100] - respondió Matthew a Aria, dando por zanjada la conversación.

Y tras un mensaje de WhatsApp por parte de Álex, quedaron en verse en una cafetería cerca del apartamento de Jason.

"¿A las ocho te viene bien?", preguntó Ceci a través del teléfono.

"Demasiado pronto, ¿no crees?", respondió Álex pensando en el cansancio acumulado que llevaba. Pensaba que iba a poder dormir un poco más aquella noche.

"*You are in the United States of America*"^[101]. Aquí todo se hace MUY pronto, *darling*" terminó Ceci, acompañando de un emoticono con la lengua

fuera.

36

Los tres avanzaron por el estrecho pasillo que unía la entrada con la parte trasera del bar. Pidieron un café con leche para cada uno y hubo un tenso silencio que se extendió un poco más de medio minuto.

- ¿Así que sois pareja? - preguntó Callahan finalmente rompiendo el hielo.

- Así es - respondió tajante Sara.

- ¿Y por qué no me lo habían contado antes? - volvió a preguntar en un tono amigable, como si se conocieran de toda la vida.

- No sabíamos cómo decirlo. Igual que sucede aquí, en nuestro instituto está prohibido que los profesores tengan relaciones sentimentales entre ellos. Así que, salvo algunos alumnos, en los que confiamos ciegamente, nadie sabe que somos pareja.

- Estad tranquilos, no voy a decir nada a nadie -la profesora le cogió la mano a Sara-. Además, yo también quería contarte algo...

- ¿Qué ocurre?

Callahan tomó un sorbo de café, que el camarero había traído unos segundos antes, y se dispuso a hablar.

- Yo también estoy saliendo con un profesor del *Stateville High School* - confesó.

Ambos españoles se quedaron patidifusos. ¿La misma profesora que, unos días antes, había prohibido a sus alumnos tener relaciones entre ellos, estaba incumpliendo las propias normas del instituto?

- ¿Qué? - Sara no pudo evitar la curiosidad, y le preguntó más cosas sobre el tema.

- Se llama Greg, y es profesor de lengua. Llevamos unos dos meses viéndonos a escondidas. Así que te entiendo perfectamente. No vais a tener ningún problema conmigo.

Sara respiró aliviada. Era mucho mejor que, al menos, pudieran ser ellos mismos en el lugar en el que estaban viviendo en aquel momento.

Ambos subieron a la azotea de la acristalada casa de Callahan. Tras aquella reveladora conversación, el ambiente estaba mucho menos tenso, y todos los habitantes de la pequeña mansión se mostraban mucho más simpáticos entre ellos.

Solo era media mañana y el Sol resplandecía en lo alto del cielo, sin ninguna nube a su alrededor. Simplemente disfrutaban estando allí tumbados, bronceándose un poco, respirando el aire puro de la naturaleza. Todo estaba perfecto. Demasiado perfecto...

El lugar contaba con una escasa iluminación, y por poco no se cae de bruces a causa de un tropezón con un escalón que no había visto. El camarero le había indicado que abajo no quedaban mesas libres, así que debía subir a la planta de arriba para sentarse a tomar el desayuno.

Había dejado a todos sus amigos durmiendo en el apartamento. Se había dado una ducha y había bajado rápidamente a la calle para encontrar, gracias a Google Maps, la cafetería en la que había quedado con Ceci, a la que tenía muchísimas ganas de ver.

Se sentó en una de las mesas de madera pintada de verde de la esquina, donde podía ver perfectamente el mercadillo que habían montado aquella mañana en la calle en la que se ubicaba la cafetería, donde básicamente se vendían frutas, verduras y algún batido que mezclaba ambas cosas.

Miraba su móvil constantemente, para ver si recibía algún mensaje de su amiga, pero nada. Finalmente recibió un WhatsApp, pero de otra amiga diferente: Laura. Se había despertado, y al ver que no estaba, se había preocupado. Simplemente le preguntaba dónde estaba, a lo que se limitó a responder "Ceci", y un emoticono emocionado.

Finalmente recibió el mensaje que esperaba: "Tardo cinco minutos. Te explico cuando llegue...". Estaba emocionado. Hacía meses que no quedaba con "su vecina favorita", como la llamaba Álex.

- Hombre vecino, ¿qué haces tú por aquí? - dijo una voz a la espalda de Álex. Él, que se encontraba jugando con su teléfono, lo soltó rápidamente en la mesa y se levantó para dar un abrazo a su gran amiga. Tras esa gran muestra de afecto se sentaron en la mesa y pidieron un buen desayuno.

- Pues aquí estoy. No tenía nada mejor que hacer esta mañana, y me he dicho: "Oye, ¿por qué no coges un vuelo a Nueva York? Si total, solo son ocho horas de avión". Y aquí me tienes...

Ambos aguantaron como pudieron las ganas de reír, pero finalmente estallaron en una gran carcajada. Cuando estaban juntos, siempre se partían de risa. Era los atípicos vecinos que se llevan bien, y no como en las películas, que siempre se tiran de los pelos. Álex siempre había pensado que, si no hubiera estado Dani en medió, hubieran acabado siendo pareja, a pesar de la gran diferencia de edad que había entre ellos.

- Oye Ceci, una curiosidad que tengo. ¿Sigues saliendo con Dani? - preguntó Álex intrigado.

- Que va. Corté con él poco después de venirme a Estados Unidos. Imaginaba que podríamos llevar bien una relación a distancia, pero al final no salió bien. Vi en Facebook fotos tuyas con otras chicas, y me volví loca. Al principio creía todo lo que me decía, pero me di cuenta de cómo eran las cosas. Él no estaba hecho para mí.

- Entonces, ¿es verdad lo que dicen en los libros?

- ¿Qué dicen? - preguntó Ceci curiosa. Siempre admiraba de Álex lo inteligente que era, y lo que le encantaba leer y curiosear en los libros.

- Que el amor a distancia no funciona.

- Pues en mi caso, lamento decirte que sí. Para mí, no funcionó.

Álex sentía una tremenda pena por su amiga, y en parte por sí mismo también. Él iba a vivir lo mismo en pocos días, y temía que lo que Ceci le había dicho fuera verdad, y no poder mantener su relación con Aria. Su amiga lo notó un poco triste, por lo que se apresuró a decir que:

- Aun así, creo que mantener mi relación con Dani fue lo mejor que hice. Es cierto que salió mal, pero es mejor eso que no quedarte con la duda de "que hubiera pasado si lo hubiese intentado".

Entonces, Álex pensó que tenía razón. Aquello podía no funcionar, pero lo tenía que intentar. No quería quedarse pensando en lo que podía haber pasado si hubiesen continuado su relación. ¿Y si saliera bien? En pocos meses iban a volver a encontrarse en España, y seguro que ambos podrían esperar ese tiempo, y todo el que hiciera falta.

Álex salió pensativo de su encuentro con Ceci. Tal vez su vecina tenía razón, y debía luchar por aquello que tanto quería. Ella tenía claro que quería luchar por su relación cuando se fue a Estados Unidos, y aunque salió mal, había luchado por ello, y solo por eso, se sentía satisfecha, y hubiera sentido lo contrario en caso de no haberlo intentado, de haberse quedado con la duda.

Álex paró en uno de aquellos puestecitos de batidos y compró tres distintos, uno para cada uno de sus compañeros de viaje. Quería tener un pequeño detalle con ellos por haberlo llevado a aquella gran ciudad, donde había disfrutado tanto con "su chica".

- *It's 9 dollars*^[102] - le dijo el chico, pidiéndole el dinero.

- *Ok, that's it*^[103] - respondió Álex al extenderle el dinero en la mano.

Llamó varias veces al timbre del apartamento, pero nadie habría la puerta. Álex había dejado a todos durmiendo cuando se había marchado por la mañana, pero obviamente, no podían seguir durmiendo: aparte de ser las diez y media de la mañana, Laura le había mandado un mensaje mientras desayunaba con Ceci, así que debían haber salido a alguna parte.

Álex cogió su teléfono y envió un mensaje a su mejor amiga: "¿¡¡SE PUEDE SABER DÓNDE ESTÁIS!!?". Laura respondió en cuestión de segundos con un "¿Qué esperabas, que estuviéramos esperando al señor hasta que a él le diera la gana aparecer? :P". Álex respondió al mensaje de su amiga con un simple "*Of course ;)*".

Haciendo caso a las indicaciones que le dio Laura posteriormente por WhatsApp, llegó a una cafetería cerca de la que había estado unos minutos antes con Ceci. Recorrió parte del restaurante hasta que encontró la mesa donde estaban sus tres amigos sentados.

- Por fin. ¿Dónde te habías metido? ¿Has estado hasta ahora con Ceci?
- preguntó rápidamente Laura, que quería saber todos los detalles del

desayuno.

- Bueno, bueno, tranquila, ahora te lo cuento todo...

Tras una larga charla con los chicos, y muchísimos detalles de la conversación entre Álex y Ceci, que se había extendido cerca de hora y media, se fueron de la cafetería para poner rumbo a Stateville, donde aún quedaban unos cuantos planes que habían hecho para terminar de pasar el día.

- Chicos, ¿qué os parece si nos vamos ya mismo a Stateville? Si nos vamos ahora, aún podemos hacer alguna de las cosas que habíamos pensado - dijo Aria.

- Perfecto. ¿Y qué habíais pensado? - preguntó Álex intrigado.

- *We can go to the cinema. There's an interesting Mexican-American production that you'll understand perfectly, because they speak in Spanish and English*^[104] - explicó Matthew en un perfecto inglés.

- *Oh, perfect.*^[105]

- Bueno -llamó Laura la atención, tomando la iniciativa- entonces recojamos el equipaje del apartamento y vayámonos, que se nos hace tarde.

Tal y como dijo Laura, recogieron todo aquello que se habían llevado para pasar el fin de semana en "La Gran Ciudad" y salieron rumbo a Stateville, donde aún quedaban unos días por delante antes de que terminara ese fabuloso viaje.

Salieron de la sala de cine emocionados. La película que acababan de ver era una de las más bonitas que habían disfrutado nunca. Esa semana estaban realizando una reposición de películas extranjeras más taquilleras de los últimos años, e "*Instructions Not Included*^[106]", que se estrenó en las salas de cines de todo el mundo en el año 2013, volvió a la cartelera por una noche.

Habían decidido ir al cine mientras volvían de Nueva York. Era un buen plan, y como Álex llevaba muchos meses sin ir, le parecía una buena ocasión. Además, descubrir cómo eran los cines estadounidenses era una buena experiencia. Para su sorpresa, no había mucha diferencia con los cines que había visitado. Eso sí, todo tenía un aspecto mucho más de película.

Y la verdad es que había sido un gran acierto ir a ver esa película, ya que les había hecho reflexionar muchísimo sobre el valor de la vida, y que se debe utilizar bien el tiempo, ya que no sabes lo mucho o poco que puede durar tu existencia.

Los tres llegaron a casa de los Vanderwall tras disfrutar de una tarde cinéfila. Al entrar a la mansión vieron una escena de familia ideal. Al fuego crepitante de la gran chimenea que presidía la sala de estar estaban sentadas la madre y la hermana de Aria, tapadas con una fina manta. A pesar de que estaban en abril, había salido un día bastante frío, y ambas disfrutaban de una tarde madre-hija, comiendo palomitas y viendo películas en Netflix.

Aria subió junto a Laura a su habitación, y Álex se quedó en la planta inferior. Solo pensaba que la tarde hubiera sido ideal si tuvieran unas castañas que poder asar al fuego, aunque para su desgracia no estaban en otoño, y ni siquiera sabía si allí se consumían ese tipo de productos tan comunes en España.

Fue directo a la nevera a coger un vaso de agua y, tras llenarlo, se sentó en uno de los taburetes que había enfrente de la cocina con isla. En ese

momento la madre de Aria se sentó junto a él.

- Hola Álex, ¿cómo estás? - preguntó iniciando una conversación.

- Genial. ¿Y usted?

- No, por favor, no me llames de usted.

- Bueno, y tú, ¿cómo estás?

- Bien, pero quería hablar contigo.

- Oh, dime - dijo sorprendido.

- Pues verás, estos días he estado viendo cómo te llevas con Aria, y quería preguntarte algo. ¿Tú estás enamorado de ella?

Álex se puso nervioso. No quería hablar eso con ninguna persona, pero sabía que la madre de Aria lo entendería mejor que nadie. Ella era española, y suponía que no tendría la mente tan cerrada como los americanos.

- Pues...

- No hace falta que me respondas. Creo que conozco la respuesta, pero quiero pedirte algo.

- Oh, por supuesto. ¿Qué quiere... -rectificó rápidamente- ...quieres decirme?

- No quiero que le hagas daño.

- ¿Cómo? - preguntó Álex extrañado.

- Mira, he visto muchas veces como es esto del amor juvenil. Yo también lo viví cuando tenía vuestra edad, y no quiero que le hagas daño a Aria. Aunque no lo parezca, es una niña muy débil, y a la que le afectan mucho las cosas. Solo te pido que no juegues con ella.

- A mí me es muy difícil hablar de esto con alguien, pero te juro que no estoy jugando con tu hija. Realmente la quiero, y aunque pueda parecer un poco difícil, creo que esto puede funcionar.

- Bueno, entiendo lo que dices, pero ya sabes lo que te he pedido yo: cuídala.

- Tranquila, yo me encargo de ella. No creo que sea el chico perfecto, pero soy bastante cariñoso con ella, y me considero alguien romántico.

Ambos terminaron la conversación con un abrazo. Realmente le

hicieron reflexionar las palabras de la madre de Aria. ¿Cómo se quedaría la chica en unos días, tras su marcha a España? Estaba claro que poco después se iban a reencontrar, pero la vida podía cambiar mucho en pocos meses, y no sabía que podía ocurrir en ese tiempo.

Tras esas reflexiones, simplemente se relajó. Subió a su habitación y se tumbó en la cama, cerró los ojos y respiró hasta que se quedó frito. Llevaba un día bastante movido, con las emociones a flor de piel, y debía descansar, al menos hasta el día siguiente.

Miraba el paisaje embobada a través de la ventana de su habitación, sin reparar realmente en aquello que tenía ante sus ojos. Simplemente estaba ahí, dándole vueltas a un mismo tema, sin reparar que el tiempo pasaba, y que ella seguía ahí sentada, sin hacer nada para arreglarlo.

- ¿Qué haces? - preguntó David a su espalda.

- Nada - respondió Sara dando un salto.

- ¿Estás segura? - volvió a preguntar su pareja.

- La verdad es que no. Estoy pensando qué pasará con nosotros cuando volvamos a España.

- ¿Qué pasará?

- No te hagas el tonto. Sabes de que estoy hablando. Tendremos que contarlo cuando lleguemos.

- Pero, ¿por qué quieres contarlo?

- Pues porque esto no puede ser. Yo no vivo tranquila sabiendo que nos pueden descubrir en cualquier momento, y me gustaría poder salir a pasear contigo sin tener que mirar por las esquinas. Esto no es bueno para nosotros, pero tampoco para las personas que nos guardan el secreto. Esto no es bueno para nadie.

- ¿Y qué propones que hagamos? ¿Qué lo dejemos? - preguntó David, molesto.

- Claro que no, ¿qué tonterías dices? Si quisiera dejarlo contigo lo hubiera hecho muchísimo antes, y no me hubiera complicado la vida tanto como la tengo ahora.

- ¿Piensas que lo nuestro es una complicación? Porque en ese caso, es mejor que lo dejemos, y así no suframos más.

Sara calló por un segundo. En realidad, sí pensaba que era una complicación, pero no quería decírselo, era como decirle que quería dejar la relación, y no era para nada lo que pretendía.

- Por supuesto que no. Pero, ¿y tú? ¿Has pensado algo para hacer todo

esto más fácil?

- Pues la verdad es que sí - respondió tajante.

La profesora se quedó desconcertada. Era una pregunta retórica, que no buscaba una respuesta, pero en cambio, la había obtenido, y sentía mucha curiosidad por saber cuál era el ingenioso plan de David.

- Bueno, ¿y a qué esperas para contármelo? - dijo con ansia.

- Ya, la cosa es que no quiero contártelo, sino mostrártelo.

Esa frase sí que la dejó intrigada. ¿A qué se podía referir David? No tuvo que esperar mucho para averiguarlo, ya que el chico, en cuestión de segundos se había puesto de rodillas delante de ella, y tenía una pequeña caja en sus manos. ¿De verdad quería preguntarle lo que ella estaba pensando?

- Sé que no es la mejor forma ni el mejor momento para pedírtelo, pero... ¿Te quieres casar conmigo?

- ¿Perdón?

- Bueno, no es la respuesta que esperaba. ¿Eso es que no?

- Pues sinceramente, no lo sé. No esperaba para nada esto.

- ¿Pero no te hace feliz? - preguntó David al ver que no había respondido afirmativamente. Sabía que la respuesta a esa pregunta le podía herir, pero necesitaba saberlo. Igual, si no era así, no valía la pena luchar por esa relación.

- La verdad es que no sé si esto me hace feliz, lo que tengo claro es que tú me haces feliz, y que no te cambiaría por nada del mundo. Pero, ¿has pensado esto de verdad? Si lo hacemos, nuestras vidas van a cambiar para siempre.

- Claro que lo he pensado. Llevo varias semanas dándole vueltas al tema, antes de venir a Estados Unidos, y creo que es la mejor forma de que termine todo esto. Si estuviéramos casados cuando lo comuniquemos al colegio, no creo que haya ningún problema. ¿De verdad van a despedir a dos profesores por ser matrimonio? Ya hay más parejas casadas entre el profesorado del instituto, y nadie se puede oponer a eso.

- Lo sé, pero es gente que entró al colegio siendo un matrimonio, y que no iba a divorciarse para trabajar allí, pero no es nuestro caso. Todo el mundo pensará que lo hemos hecho a propósito para que nadie pueda decir nada,

pero, ¿y si nos despiden?

- ¿Y qué si lo hemos hecho? Seremos un matrimonio igual que ellos, y no creo que nadie nos vaya pueda decir nada. Será una relación formal.

- ¿De verdad lo crees? - preguntó pensativa.

- Por supuesto. Y ahora te toca responder a ti. Sara, ¿quieres casarte conmigo?

Sara lo dudó. No sabía que responder. Muchas cosas pasaban por su mente en ese momento, pero un recuerdo, solo uno, la hizo decidir. Entonces pronunció la palabra.

Tras el fin de semana, llegó el lunes, un día bastante normal que los españoles pasaron junto a sus compañeros americanos en el instituto, igual que la semana anterior. Al ser el último día que pasarían en el instituto americano, decidieron disfrutar de su visita, y transformarse, aunque solo fuera por un día, en unos alumnos más.

Entraron por la puerta blanca que separaba el exterior con el interior del edificio y recorrieron el largo pasillo que llevaba a las aulas donde se impartían las clases. A la izquierda dejaron el aula de música, donde se solía reunir la banda del instituto para practicar las canciones que iban a tocar en el partido de fútbol americano, y el despacho del director. A la derecha, la biblioteca estaba casi vacía, donde solo estaba la bibliotecaria hablando con un par de chicos sobre los libros de lectura obligatoria de la clase de literatura.

Al fin entraron a la sala de profesores, que en aquellos días se había convertido en su lugar de reuniones, donde estaban Sara, David y la señora Callahan, junto a otros alumnos que habían llegado más pronto, charlando sobre algún tema poco interesante, o al menos, eso parecía.

- Bueno, chicos, ya sabéis, igual que hicisteis la semana pasada, cada alumno español acompañará a su compañero americano a sus clases, y de igual forma, vais a ir juntos a comer a la hora del almuerzo. ¿Entendido? - dijo Sara al ver que ya estaban allí casi todos los alumnos.

- Entendido - afirmaron todos al unísono.

En ese momento sonó el timbre, un tanto ensordecedor, que señalaba el inicio de las clases. Los estudiantes se levantaron y fueron a sus respectivas aulas junto a sus compañeros de intercambio.

Al fin sonó el timbre de la comida. Era curioso ver cómo funcionaba allí. Al tratarse de un sitio con muchos alumnos, pero tener una cafetería bastante pequeña (o eso decían ellos, porque era cinco veces más grande que

en su instituto), había tres turnos de comida, que iban alternándose los alumnos por semanas.

Esa semana les había tocado muy temprano. Solo habían dado dos clases y ya estaban comiendo, y aún les quedaban tres asignaturas por delante.

Álex, Aria y Laura fueron a la caja de la cafetería tras recoger los platos que había elegido de la especie de buffet que había montado a un lado de la sala. Entre los deliciosos platos había hamburguesas de pollo, perritos calientes, una gran variedad de sándwiches, varios tipos de fruta y pizza de diversos sabores. No estaba nada mal para tratarse de una escuela.

Pagaron lo poco que costaba aquello que habían cogido para comer y se fueron directos a la mesa donde se habían sentado el lunes anterior. Empezaron a hablar de lo bien que lo habían pasado el fin de semana anterior, y no pudieron evitar pensar que no volvería a ocurrir, al menos en mucho tiempo. Estaba claro que Estados Unidos no era Marte, y que no era algo imposible volver allí, pero la situación nunca sería lo mismo.

Además, también les quedaba el viaje a España, pero estaba claro que nada iba a ser igual, y que ese fin de semana sería irrepetible. Habían sido los mejores días de la vida de Álex, al menos hasta el momento.

- Chicos -les llamó Sara, que había aparecido en la mesa de repente- acabo de hablar con la señora Callahan. Me ha dicho que quiere que paséis las próximas horas en la biblioteca, así que no tenéis que volver a las clases. Cuando terminéis, id allí directamente, que ya os explicaremos todo. Por cierto, si veis a algunos de vuestros compañeros, avisadlos, por favor.

Y la profesora salió rápidamente de la sala, en busca de otros alumnos españoles.

- ¿Qué crees que querrán los profesores? - preguntó Laura intrigada.

- Pues no tengo ni idea, pero será mejor que nos demos prisa y nos terminemos esto, que llevamos hablando un buen rato y solo quedan cinco minutos para terminar la comida.

Álex se quedó meditando. ¿Era real lo que había visto hacía un momento? Simplemente se quedó con un detalle, algo que podía parecer una minucia, pero que le produjo muchísima curiosidad.

Álex y Laura entraron a la biblioteca del instituto, y parecía enorme. Estaba atestada de estanterías llenas de libros fantásticos, y no tenía nada que ver con la que había en su instituto, donde dos grandes mesas presidían aquella pequeña habitación, y además solo había dos estanterías viejas llenas de libros antiguos de química y lengua que ya no servían para ninguna de sus clases.

Además, al entrar en el lugar vieron que allí trabajaba una bibliotecaria que no tendría menos de 60 años. La mujer parecía entrañable y, al verla, le recordó a la película "Matilda", unas de sus historias preferidas en la infancia, y que le llevaba a las escenas donde la pequeña asistía a la biblioteca y allí conocía a la mujer que acompañaba a la protagonista en aquel maravilloso lugar.

Aunque no lo pareciera, Álex nunca había sido de salir mucho, y le encantaban aquellos lugares. Siempre había apasionado leer, y le encantaban todas aquellas historias que le teletransportaban a mundos fantásticos, todos ellos llenos de aventuras, diversión, tragedia y amor, que no puede faltar en ninguna novela.

- Chicos, sois los primeros en llegar -afirmó Sara al verlos entrar por la puerta principal. Estaba sentada en la mesa que había al lado del mostrador de la bibliotecaria- venid aquí.

- ¿Qué hacemos aquí? - preguntó Laura, curiosa.

- Iba a esperar a que vinieran vuestros compañeros, pero como veo que tardan, os cuento: la señora Callahan me ha pedido que hagamos una presentación de nuestro país a los *freshmen*^[107] y *sophomores*, que realizarán el intercambio dentro de dos años. Por ello, quiere aprovechar vuestra presencia, y que los convenczáis de que viajen a España.

- ¿Y de qué tenemos que hablar?

- Pues hay que hablar un poco de todo: nuestra cultura, nuestro comercio, nuestro idioma, nuestras tradiciones y, sobre todo, debéis decirles el motivo por el que deberían realizar este viaje a España.

- ¿Y esto para cuándo sería?

- Para el jueves.

- ¿Jueves? Podrían haber avisado un poco antes, ¿no crees? - dijo Laura un poco molesta. No le hacía mucha gracia tener que hacer una especie de deberes durante el viaje.

- Lo hemos pensado hoy mismo. Creemos que es una buena forma de convencer a los estudiantes para realizar el viaje. Por estas fechas ya suelen tener lista de espera para el siguiente intercambio, pero parece ser que no hay mucha gente apuntada - afirmó Sara.

- Bueno, pues si no hay otra opción, lo tendremos que hacer. Pero vamos, espero que les hagan lo mismo cuando lleguen ellos a España...

- ¿Y qué hacemos nosotros ahora? - preguntó Álex.

- Pues vamos a hacer parejas de estudiantes, y repartiremos así el trabajo, dando un tema por pareja, sobre el que se tiene que investigar un poco. ¿No os tengo que preguntar si queréis ser pareja, no? No ha habido trabajos de grupo que no me hayáis entregado juntos.

- Bueno, no sé si es muy buena pareja -ironizó Álex- pero me tendré que arreglar con lo que me des.

- Que idiota eres - respondió Laura intentando mostrar enfado, aunque riéndose por dentro.

- Bueno, esa era una de las cosas que os tenía que contar, pero hay más... - afirmó Sara.

- ¿El qué?

En ese momento, un sonido estridente e incesante invadió el colegio, despertando de los mundos donde estaban sumergidos todos los estudiantes que se encontraban allí.

- ¿Qué demonios es eso? - preguntó Laura gritando. Aquel pitido hacía que tuviera que levantar mucho la voz para que la oyeran.

- Es la alarma del instituto - respondió Sara.

- ¿Y qué quiere decir? - preguntó Álex preocupado.

- Según nos explicaron, intrusos armados.

- ¿QUÉ? - gritó Laura.

Los dos estudiantes se quedaron paralizados, sin poder moverse. La última frase de Sara les había dejado helados. ¿Cómo que "intrusos armados"? ¿Podía ser posible aquello?

- Tranquilos, es de lo que quería hablaros. Es un simulacro de intrusos armados. Hace unos años ocurrió un incidente en un instituto cercano, y desde entonces, se prepara un simulacro cada curso.

- ¿No lo podías haber dicho antes? Menudo susto nos has dado - respondió aliviada Laura.

- Entonces, ¿qué tenemos que hacer? ¿Nos quedamos aquí? - preguntó Álex.

- Sí. Tenemos que permanecer en el aula. Ahora la bibliotecaria asegurará la puerta y, hasta que no venga alguien a avisarnos, tenemos que esperar aquí hasta que termine.

El simulacro terminó tras treinta minutos allí encerrados, y por fin llegaron todos los alumnos al aula. Repartieron todos los temas, y Álex y Laura se quedaron con la preparación de las diapositivas y la explicación a los alumnos americanos, de forma que alguno de ellos dos tenía que exponer la presentación ante todos aquellos estudiantes.

Laura, que era bastante buena en informática, le dijo a Álex que ella sola prepararía la diapositiva si era él quien la exponía ante todo aquel público, ya que ella tenía un miedo escénico horroroso.

- ¿Y cómo voy a convencer yo a todos esos estudiantes de que hagan el viaje? - preguntó Álex.

- ¿En serio crees que le va a importar a alguno de ellos lo que les tengas que decir? Simplemente diles que van a ir a un país donde beber no

está prohibido para los mayores de 18 años, que van a estar a ocho mil kilómetros de sus padres controladores y que van a poder hacer lo que les dé la gana durante 10 días. Si alguno dice que no quiere ir, miente.

- Sí, claro. Y el jueves preparamos las maletas para irnos a casa, porque de esta nos expulsan.

- Era broma... Pero vamos, que solo tienes que leer lo que yo ponga en las diapositivas, no te tienes que aprender nada. Si quieres, podemos preparar unas tarjetas, como en los programas de la tele.

- Bueno, si no me queda más remedio...

- Sabes que no - le dijo Laura guiñándole un ojo.

Entonces, entre las mesas que ocupaban sus compañeros, vio que Sara estaba revisando el trabajo que estaban haciendo para la presentación, y presto mucha atención. En ese momento la llamó: tenía que averiguar si lo que había visto antes en la cafetería era cierto o no.

- Sara, quiero hablar contigo, ¿puede venir un momento? - le preguntó Álex, levantándose de la mesa en la que se encontraba trabajando con Laura.

- Voy, un segundo - respondió la profesora.

Álex se fue hacia una estantería repleta de libros, un poco aislada del resto del grupo, para que nadie pudiera escuchar su conversación. Sara, tras revisar una de las secciones de la presentación que estaba preparando una de las parejas de estudiantes españoles, fue a su encuentro.

- Dime Álex, ¿qué ocurre? - preguntó intrigada.

- A ver, no es nada grave. Simplemente quería preguntarte algo, por curiosidad.

- Venga, no me dejes así. ¿Qué quieres preguntarme?

- Pues quería saber si eso que llevas en el dedo de la mano derecha es lo que pienso que es, porque a mí me lo parece - preguntó de forma indirecta, entre una sonrisa pícaro.

Sara se quedó observando su mano derecha. ¿Cómo se había fijado en aquel pequeño detalle?

EL DÍA ANTERIOR...

Era uno de los hechos más importantes de su vida, y lo había decidido con tan solo un recuerdo: aquel día en que David entró por primera vez a la sala de profesores del instituto, y ambos chocaron, cayendo todo lo que llevaban en las manos al suelo.

Los dos, que no se habían mirado hasta entonces, empezaron a recoger sus respectivos papeles y entonces rozaron sus manos. En ese momento la química se encendió, y al levantar la mirada, Sara comprendió que había algo especial en esos ojos castaños.

Pasaron unos días hasta que al fin se decidió a hablar con él. Lo había visto ir y venir por los pasillos, pero nunca se había atrevido a decirle nada, a veces por timidez, a veces por estar junto a sus compañeros.

Un día, al entrar en la sala de profesores, vio que solo se encontraba él, revisando unos exámenes, y se prometió que no saldría de aquel lugar sin haber hablado con David.

- ¿Qué tal estás? - preguntó Sara tímidamente.

- Bien -respondió David levantando levemente la cabeza- ¿y tú?

- Genial - dijo únicamente. Estaba un poco cortada. No sabía que más podía decir.

Ambos callaron y se produjo un tenso silencio, aunque por suerte, David lo cortó rápidamente.

- Por aquí no hay muchos profesores jóvenes, ¿no?

- Pues la verdad es que no. ¿Por qué lo decías?

- Por si hacíamos una cena. Siempre que he entrado en algún instituto lo he hecho. Ayuda a crear vínculos entre los compañeros. Una vez te has tomado una cerveza con alguien, es complicado discutir por la sala de exámenes.

- Entonces como no vayamos tú y yo...

- Por mí bien. Esta noche a las nueve. Paso a recogerte. Te dejo aquí mi móvil. Mándame un mensaje con tu dirección - dijo para sorpresa de Sara, dejando un papelito sobre la mesa.

David salió por la puerta dejando a su compañera de trabajo allí sola, con la boca abierta. Soltó sus libros sobre la mesa donde éste había dejado la nota y se sentó a recapacitar. Había sido muy fácil. Con lo vergonzosa que era ella, no le había dejado opción a responder. Había sido muy osado por su parte, aunque en realidad, le gustó el gesto.

David recogió muy puntual a Sara de su casa. Pasearon unos minutos por las bonitas calles de la ciudad, hasta que encontraron un bar ideal para la situación. No era un restaurante de lujo, pero tampoco era lo que buscaban. No era una primera cita, sino una cena de compañeros de trabajo, aunque Sara esperara acabar la noche de forma muy diferente.

Pasaron la noche comiendo montaditos y bebiendo chupitos de tequila. Perdieron la cuenta. Cuando llevaban más de una hora así, decidieron parar. Aquello no debería ser muy sano, ni tampoco debería estar dentro de la dieta que estaba haciendo Sara, que aunque estaba estupenda, había decidido hacer nada más empezar el curso, hacía poco más diez días.

- Venga, ya está bien -dijo difícilmente David-. Te llevo a tu casa.

El trayecto era el mismo que al ir al bar, pero al revés, pero en esta ocasión tardaron tres veces más. Andar y estar borracho no era una buena combinación, y menos con zapatos de tacón.

Llegaron al portal de Sara veinte minutos después, y tras otros tres minutos buscando la llave, y uno y medio más para ponerla en la cerradura, consiguió abrir la puerta.

- ¿Me puedes acompañar a la cama? No creo que pueda llegar - dijo Sara con cierta dificultad.

- No creo que sea lo propio de la primera cita, ¿no? No soy de esos tíos

- ¿Cita? ¿Esto era una cita?

- No lo sé. ¿Lo era?

Ambos empezaron a reírse, y un silencio después, se besaron. Pero no fue un beso tonto, ni un beso cariñoso. Fue un beso ardiente, un beso apasionado. De esos que te mueve solo con verlo. Como pudieron, llegaron a casa de Sara, y culminaron la noche. Una noche para el recuerdo. Una noche que no iban a olvidar nunca.

Aquel recuerdo hizo que sacara de dentro todo lo que llevaba reprimiendo durante meses, y las lágrimas empezaron a recorrer sus mejillas. Pero no eran lágrimas de dolor, sino de amor. Estaba emocionado y lo expresó de aquella forma.

- Claro que sí. ¿Cómo voy a decirte que no?

Si un año antes alguien le hubiese dicho que se iba a casar, nunca lo hubiera creído. Era como un sueño para ella. Algo que llevaba imaginando de pequeña. Llegar a la iglesia, con su precioso vestido blanco, deslumbrando a todos los presentes con su belleza.

El sueño de ambos estaba a punto de cumplirse, y es que tras su boda, nadie podría poner un "pero" a su relación. Nada de esconderse por los baños para darse un beso, ni enviarse mensajes secretos donde se decían todo lo que se querían, ni tener que rezar para que nadie les encontrara cenando juntos en cada una de sus citas. Todo aquello estaba bien para una pareja de adolescentes que empieza con su primera relación y no quiere que nadie se entere, pero no para dos personas maduras que necesitan mucho más en sus vidas.

Al fin podrían salir a pasear sin miedo a ser descubiertos, y empezar a vivir juntos, que es lo que habían querido hacer desde el inicio de su relación. Aunque lo mejor de todo es que podrían empezar a diseñar su propia familia, cosa de la que ambos habían estado hablado durante muchísimo tiempo, y que al fin podía hacerse realidad.

David levantó su rodilla del suelo y besó apasionadamente a Sara, como la noche en que salieron por primera vez, la noche en que empezó todo, la noche en que se convirtieron en uno. Había empezado una nueva etapa en

su relación y era mejor que nunca.

Habían estado toda la mañana recorriendo diferentes restaurantes de Filadelfia, donde pudieron degustar deliciosas comidas como pizza, pretzels, una especie de bocadillos con carne y queso, y otra gastronomía del lugar.

Además, habían estado dando vueltas por la ciudad, donde habían podido vislumbrar algunos de los mejores grafitis del país, donde se podían ver desde pinturas clásicas, al arte moderno más vanguardista que solo el autor podía entender.

Asimismo, habían podido visitar un mercado muy peculiar, donde gran parte de las tiendas ofrecían la comida preparada, pero para llevarla a casa, y donde se vendían frutas exóticas que no habían visto nunca en su vida, como la fruta dragón o la fruta estrella. Era bastante semejante al Mercado de San Miguel, en el centro de Madrid, que Álex había visitado en uno de sus viajes a la capital.

Estaban agotados, pero aquello no era nada comparado con lo que iban a dar aquella noche, en su primer concierto en Estados Unidos. Iban a desplazarse hasta la capital del estado de Pensilvania para poder asistir al evento del año, y es que un conocido grupo de música iba a actuar en la ciudad.

Iba a ser muy emocionante vivir un concierto en Estados Unidos, pero no sabía cómo eran todos aquellos eventos allí. Había asistido a varios conciertos en España, pero no tenía ni idea si allí se celebraban del mismo modo. A pesar de eso, aunque no fueran iguales, estaba seguro que lo iba a pasar a lo grande.

Tuvieron que aparcar cerca del *TLA Theatre*, lugar donde iba a celebrarse el concierto, y aunque no parecía una de las mejores zonas de la ciudad, tenía su encanto. La calle estaba llena de tiendas y restaurantes y llegaron rápidamente al lugar.

Tenía un aspecto bastante pobre en la fachada, aunque con un encanto especial gracias a las pantallas que mostraban los próximos eventos, como en los cines antiguos.

Entraron al local y no encontraron exactamente lo que esperaban. En realidad, aquel no era un sitio muy espacioso, como los lugares multitudinarios donde se solían celebrar los conciertos en España. Nada más cruzar la puerta vieron como había un pequeño escenario a una altura no muy elevada, y que el espacio de la pista estaba ocupado en la parte trasera por unas mesas pequeñas para tomar café.

Aunque con el pequeño espacio que había se conformaban. Por lo que habían visto en la red, no había muchas entradas vendidas, así que tendrían el espacio suficiente para bailar, saltar, gritar y disfrutar.

- *Are you having fun?* [\[108\]](#)- preguntó Laura en un perfecto acento estadounidense impostado a Álex, que parecía un poco aburrido.

Ambos se habían separado un poco del grupo, que se encontraba a primera fila, para poder hablar mejor. Se sentaron en una de las mesas libres de la sala y pidieron un par de refrescos.

- ¿Por qué lo preguntas?

- No sé. No te veo del todo bien. ¿Ocurre algo?

- Que va... - mintió.

- Venga Álex, soy yo. Puedes contarme lo que sea, y lo sabes.

- Es por Aria.

- ¿Qué ocurre con ella? - preguntó Laura, sorprendida por la respuesta de su amigo.

- Nada. Por eso mismo estoy así. Todo con ella es perfecto.

- ¿Y qué hay de malo en eso?

- Pues que no sé si voy a poder separarme de ella en unos días - confesó Álex con una lágrima en la mejilla, abriendo su corazón como no lo había hecho nunca.

- Pero si llevas días diciéndole a ella que no piense en eso...

- Lo sé. ¿Por qué crees que se lo digo? Por experiencia propia. Yo sufro bastante en silencio, y no quiero que ella sienta lo mismo que siento yo ahora mismo.

- Eso es algo normal, y sabías que esto iba a pasar. ¿Crees que yo no voy a sentir lo mismo al separarme de Matthew? Pero pienso que lo voy a ver en unos meses, y que nos vamos a esperar.

- Ya lo sé, pero, aun así, es tan duro...

-Ya, pero no podemos hacer nada. Las cosas han sucedido así. Es el destino.

- Pues el destino es una mierda.

- Bueno, ya sabes lo que dicen en *'El exótico hotel Marigold'*: "Al final todo saldrá bien, y si no sale bien es que aún no es el final".

Habían pasado toda la mañana dando vueltas por Philly, pero Álex no había dejado de pensar en la conversación que había tenido con Laura la noche anterior, durante el concierto. Era cierto que en unos días iban a separarse, pero, ¿no era mejor pasar aquellos días junto Aria que no estar lamentándose todo el tiempo?

En aquella ocasión, solo los españoles habían salido de excursión, mientras los estudiantes americanos se habían quedado en sus respectivas clases. Por ello, Laura creyó que era el momento idóneo para hablar.

- ¿Has recapacitado? - preguntó la española.

- ¿Sobre qué? - devolvió la pregunta su amigo.

Ambos andaban, junto al resto de su grupo, hacia las escaleras del Museo de Arte de Filadelfia, las que ahora se conocía como "*Rocky Steps*", por haberse rodado allí una de las escenas más famosas de la película de Sylvester Stallone.

- Lo que me dijiste ayer, durante el concierto - respondió Laura.

- No tengo nada sobre lo que recapacitar. Simplemente tengo claro que es algo que va a pasar, y sobre lo que no puedo hacer nada. Por eso mismo, he decidido que es mejor disfrutar el momento. Ya tendré tiempo para lamentos después, cuando regresemos a casa.

- Me alegra mucho que me digas eso.

Álex y Aria volvieron al lago que había en la parte trasera de la casa de la familia Vanderwall. La noche del baile habían vivido un momento mágico allí, y en parte, se había convertido en su sitio favorito. Aquel lago era su lugar especial.

Volvieron a tumbarse en la misma piedra en la que días antes habían visto las estrellas, pero ahora, Álex cerró los ojos. Inspiró un poco de aire y

sintió el olor de la naturaleza. Agudizó el oído y pudo escuchar el canto de los pájaros y el agua corriendo del río. Era una sensación muy agradable.

- Me encantaría poder estar siempre así - dijo Álex.

- Así, ¿cómo?

- Tumbado, sintiendo a la naturaleza entrar dentro de mí por cada poro de mi piel. Aunque para mí, lo mejor de este momento, eres tú. Sin ti, nada de esto sería tan perfecto.

- *You're going to make me cry* ^[109]- dijo Aria visiblemente emocionada.

- *If you cry, I'll cry too* ^[110].

Álex, sin abrir los ojos, encontró la mano de Aria y la acarició suavemente. En aquel precioso momento conectaban de una forma especial. Nadie podría romper aquel vínculo que habían creado.

Aria miró a Álex, que rápidamente se llevó la mano a la cara para ocultar así aquel rastro de lágrimas que había llorado en silencio.

- *What happens? Is everything OK?* ^[111] - preguntó Aria preocupada.

- Sí, sí. Está todo perfecto.

- Álex, por favor, no me dejes así. ¿Qué te pasa?

- Nada, de verdad. Prefiero no hablar de ello.

Aria no sabía muy bien qué hacer en aquella situación. Sabía que había algo que no estaba bien en Álex, pero no quería insistir, ya que hay veces que, cuando te encuentras mal, no quieres hablar con nadie.

- *Álex, please, you have to talk...* ^[112] - Aria optó por no hacer caso a lo habitual.

- Vale, pero no quiero que me riñas. Me has pedido tú que lo diga.

Álex tomó una posición más cómoda, sentándose con los pies en cruz, imitando la posición del Buda sobre la enorme roca en la que estaban acostados. Aria imitó su gesto.

- Sabes que llevo días diciéndote que no te preocupes por el tiempo que vamos a pasar juntos, porque sabíamos que esto iba a durar muy poco y que, aunque estaríamos mucho tiempo separados, en unos meses íbamos a volvernos a ver, ¿no?

- Claro.

- Pues no lo pienso de verdad.

- ¿Cómo?

- Sí. Yo pienso lo mismo que tú. Esto es una mierda.

- ¿Por qué dices eso?

- Pues porque sí. Esto no es justo. ¿Por qué no pude conocer a la mejor chica del mundo en la puerta de al lado de mi casa? ¿Por qué todo tiene que ser tan difícil?

Aria miró a Álex y lo besó, sin dejarlo terminar la frase.

- Por favor, no hables más. He estado recapacitando y creo que tienes razón. Hay que aprovechar el tiempo que nos queda. ¿Qué es poco tiempo? Está claro. Pero no nos tenemos que preocupar por eso. Vivimos en el siglo XXI. Hay muchas formas de comunicarse, y creo que las relaciones a distancia cada vez funcionan mejor.

Álex intentó replicar las palabras de Aria, pero ésta puso su dedo índice impidiendo que las palabras pudieran ser expulsadas de su boca.

- *Please, shut up. We must enjoy this moment.* [\[113\]](#)

Allí se encontraba, parado ante más de cincuenta alumnos americanos, intentando vender un viaje que estaba más que vendido. ¿Qué podía destacar de su país? Estaba claro que lo que más atraía de España era la gastronomía, las altas temperaturas, las playas... Pero Álex no estaba pensando en nada de lo que atraía a aquellos alumnos a "cruzar el charco".

¿Por qué no podía vender aquel viaje como lo había vivido desde que había bajado de aquel avión? Aquel viaje había sido un sueño hecho realidad: la oportunidad de conocer mundo, pero que para él, se había convertido en una experiencia única, algo que había hecho descubrir cosas de su interior que no sabía que tenía dentro hasta ese momento.

En cambio, se encontraba de pie, hablando en un español muy lento, entendible para los alumnos de algunos cursos inferiores, leyendo cada una de las diapositivas del Power Point preparado por sus compañeros.

- Además, dentro de las ciudades que van a visitar los estudiantes que realicen el viaje el próximo año, podremos encontrar algunos monumentos como la Puerta de Alcalá, una de las cinco antiguas puertas reales que daban acceso a la ciudad de Madrid - afirmaba, citando a Wikipedia continuamente.

En ese momento, antes de que terminara de hablar, uno de los alumnos de las primeras filas levantó la mano para lanzar una pregunta.

- ¿Sí?

- *Well, that's OK, but I want to know what made you come here. I prefer you to explain your feelings and why should we do that trip.* [\[114\]](#)

Álex dedicó una mirada a Sara, preguntando si podía salirse del guion establecido. La profesora, sin ningún tipo de duda, accedió. Aquella era una charla de alumnos hacia otros alumnos, y no hay mejor vendedor que un usuario satisfecho.

- Bueno, esto no estaba preparado, pero os voy a contar un poco lo que siento.

Los alumnos, que no habían permanecido muy atentos a la explicación sobre cómo se realizaba la tortilla de patatas o en qué partes de España se

encontraban las montañas más altas, empezaron a agudizar el oído.

- Sinceramente, este viaje es la hostia. No existe mejor palabra para definirlo. Es un choque de culturas tremendo, que te hace aprender cómo viven las personas del otro lado del mundo. Es genial descubrir cuáles son las costumbres de nuestro continente vecino, y ahora que se está terminando la experiencia, tengo que decir que no pude pensarlo mejor. Lo he pasado en grande, y no me arrepiento de nada de lo que he hecho en todo el viaje. Así que, no os lo penséis mucho, porque hay plazas limitadas, y una experiencia así no se puede vivir todos los días.

Sara se acercó a Álex al terminar la charla. Quedaban pocos minutos para que sonara el timbre y cada alumno volviera a casa de su compañero americano, pero quería hablar con él antes de que se marchara, junto a Laura y Aria, a casa de los Vanderwall.

- Has estado genial. No pude elegir a un alumno mejor para la charla - le dijo Sara a Álex, que recogía el portátil a través del cual se había proyectado el Power Point.

- ¿En serio? Estaba un poco nervioso, pero al final me he relajado muchísimo.

- Claro. Hablabas con el corazón, y cuando lo haces, no sueles ponerte nervioso, porque es algo que sale de dentro de ti.

Sara esperó a que terminara de recoger y se marcharon, dejando atrás las puertas de la biblioteca del instituto, donde se había celebrado la charla.

- Por cierto -afirmó Sara, antes de encaminarse a la sala de profesores- yo tampoco me arrepiento de nada de lo que he hecho en este viaje. Te mereces todo lo que te pasa, porque eres un chico muy especial.

Álex se quedó parado, sin saber qué responder. Y, cuando Sara se disponía a seguir su camino, contrario al del estudiante, se detuvo ante la respuesta.

- Tengo que decir lo mismo -dijo Álex, terminando la conversación. Sara, deteniéndose por un segundo, aunque sin darse la vuelta, no pudo hacer más que esbozar una sonrisa.

Al entrar a la cafetería, vieron que la sala estaba muy diferente a como se la habían encontrado aquella mañana. Completamente decorada con globos, guirnaldas y muchos adornos para la ocasión se mostraba mucho más alegre a como acostumbraba. Sara y David se cogieron sus asientos junto al resto de profesores americanos, entre los que se encontraba la señora Callahan, mientras veían como sus alumnos se sentaban en las mesas con sus respectivas familias de acogida.

Sara se levantó y se dirigió a cada una de las mesas de los alumnos, hasta que llegó a la mesa de Álex.

- ¡Qué guapos estáis! -dijo, dirigiéndose a Álex, Aria y Laura.

En la mesa, que aún no estaba completa del todo, les acompañaban la señora Vanderwall y su hija pequeña, Paige. El señor Vanderwall, que aún no había llegado, aún estaba cambiándose de ropa tras un intenso partido de golf con varios amigos en el club.

- Muchas gracias. Nosotros no podemos decir menos de ti - respondió Laura.

- Bueno, ¿todo bien por aquí? - preguntó Sara.

- Todo perfecto.

- OK. ¿Os vais a quedar a bailar un poco después? Creo que van a poner un poco de música.

- No creo. Estamos muy cansados de todos los días que llevamos, y creo que nos iremos a dormir pronto.

- Bueno, pues nada. Voy a seguir con la ronda. Pero no os vayáis demasiado pronto...

Aria se levantó de la mesa para ir al baño, y acompañada por Laura,

entraron al que había entre la cafetería y la sala de profesores. Unos segundos después, Álex salió de la cafetería en el mismo sentido que las chicas.

Tras salir de la sala, Álex entró al aseo de chicas, donde Aria y Laura se arreglaban el maquillaje enfrente del inmenso espejo.

- ¿Qué haces aquí? Creo que te has equivocado - dijo Laura.

- ¿Lo crees? Yo creo que no -respondió Álex- ¿Nos puedes dejar solos?

- Por supuesto, tortolitos.

Laura recogió el pintalabios y la base que había dejado encima del lavabo y salió del baño, dejando a ambos solos.

- ¿Por qué le has pedido que nos quedáramos solos? - preguntó Aria, con voz sensual, pasando la lengua por sus finos labios.

- No lo sé. Pero creo que tú si... - respondió Álex, metiendo rápidamente a Aria dentro de una de las cabinas del baño, donde, sin pasar un segundo, se besaron sin parar.

Pero algo interrumpió su apasionado momento. Alguien había entrado al aseo de chicas, aunque no sabían de quien se trataba. Álex, que reaccionó rápido cortando la acción, se subió súbitamente al inodoro.

- *What are we going to do?* ^[115]- dijo Aria susurrando, a un nivel inaudible.

- No lo sé - respondió Álex, un poco más alto.

- *Is someone there?*^[116] - preguntó una voz conocida, aunque no muy agradable en aquel momento.

Aria consiguió adivinar que se trataba de la señora Callahan, y por tanto, no podían hacer mucho ruido, ya que, si se enteraba de que ambos estaban allí dentro juntos, se acababa el viaje para Álex, o peor, ella no podría viajar a España.

- *Yes, it's me, Ms. Callahan, Aria Vanderwall*^[117] - decidió responder Aria.

Álex, que seguía encima del inodoro, en una posición bastante incómoda, se había puesto la mano delante de su boca, para así asegurarse que ninguna palabra salía por aquella parte de su cuerpo.

- *Oh, is everything ok?*^[118] - preguntó preocupada Kate.

- *Yes, it's only I need my time... You know, don't you?*^[119]

- *OK. So, I'm leaving. If you need everything, please, talk to me*^[120]

- *Thanks!*^[121]

Entonces, la señora Callahan salió del baño en dirección a la cafetería. Había faltado un pelo para que pillaran a Álex y Aria juntos, pero parecía que el destino tenía intención de favorecer a la pareja, al menos, el tiempo que les quedaba juntos.

Se levantaron pronto en la mañana del viernes. Era el último día que iban a asistir al instituto, y tras varias semanas allí, lo consideraba un poco suyo. Era difícil ir despidiéndose de cada uno de los lugares que había en Stateville, porque significaba que aquello estaba terminando.

Solo les quedaban tres días en aquel bonito pueblo del estado de Pensilvania, transcurridos los cuales, viajarían a Nueva York para terminar el viaje, aunque el miércoles por la noche volverían a sus respectivas casas para pasar la última noche con sus familias de acogida. Finalmente, después de aquella noche, los estudiantes extranjeros volverían a España y esperarían dos meses para que los americanos les visitaran a principios de verano.

Aquella mañana les llevaron a Washington, junto a los estudiantes americanos, y allí visitaron el famoso monumento a Lincoln, el obelisco, la Casa Blanca y algunas otras "visitas obligatorias" en su visita a la capital de Estados Unidos.

Y, a pesar de que el día había sido genial, lo que a Álex más le gustó de aquel día fue la noche. La señora Vanderwall, que había pasado todo el día en la cocina, había preparado una cena especial para celebrar que habían terminado el instituto. Además, debido a las cenas que habían preparado todos los estudiantes, aquella iba a ser la última en que estuviesen todos juntos, ya que el miércoles, antes de la marcha de Álex y Laura, los señores Vanderwall iban a salir a un viaje de negocios.

- Bueno, espero que os guste mucho. Lo he preparado todo con mucho cariño - dijo Verónica antes de que todos empezasen a comer.

- Por supuesto. Si lo ha preparado así, seguro que estará riquísimo - apuntó Álex.

- Claro que sí. ¡Muchas gracias por todo, señores Vanderwall! - remató Laura, dirigiéndose a los padres de Aria.

Acabaron de cenar tras un largo tiempo comiendo los deliciosos platos que había preparado la señora Vanderwall, una mezcla entre la cultura española y la americana, donde no pudo faltar una buena tortilla de patatas y unas deliciosas hamburguesas con queso fundido.

Tras la cena, casi todos los comensales se escaquearon, menos Álex. Él y Verónica Vanderwall recogieron la mesa y arreglaron la cocina.

Álex quería agradecerle todo lo que habían hecho por él en aquellas semanas, y creía que aquel era el mejor momento. "Ahora o nunca", pensó.

- Señora Vanderwall, quería decirle algo - dijo mientras fregaba uno de los platos que habían utilizado en la velada.

- ¿Sí? ¿Y qué es? - preguntó intrigada la madre de Aria.

- Quería agradecerle todo lo que ha hecho por mí en estos días que he estado en su casa. Si no fuera por usted, no hubiera vivido esta aventura de la misma forma.

- Álex, no tienes nada que agradecerme. No he hecho nada que no me saliera de dentro - respondió la señora Vanderwall mientras pasaba el trapo por encima de la isla de la cocina.

- Bueno, de todas formas, quería darle las gracias por todo.

- Pues creo que soy yo quien te tiene que dar las gracias a ti - dijo tras unos segundos de silencio.

- ¿A mí? ¿Por qué?

- He visto un cambio muy grande en mi hija. Estaba muy mal tras su ruptura con Mike, y ha sido llegar tú, y verla feliz por la casa.

Verónica paró de limpiar la cocina y lo miró. Álex, que se percató de dicha mirada, cesó rápidamente. Ambos sabían que habían hecho el uno por el otro. Y aunque no era muy comunes los gestos de cariño entre los americanos, era toda una suerte que hubiera tenido una "segunda madre" española. Ambos se fundieron en un gran abrazo de agradecimiento que duró unos segundos.

- Ha sido un placer conocerla - dijo Álex tras soltar a la madre de su novia.

- Lo mismo digo. Me alegra mucho que mi hija haya encontrado a un chico como tú - afirmó la señora Vanderwall, dando por cerrada la

conversación.

Álex terminó de limpiar los platos y se fue directo a la cama, en la habitación de invitados de la casa de los Vanderwall. Solo quedaban unos días en Stateville, pero iban a ser muy largos, y era mejor descansar para poder rendir bien en todo lo que les quedaba por hacer.

El sábado y el domingo pasaron muy rápidos, y en menos de un abrir y cerrar de ojos llegó el lunes, el día que iban a volver a Nueva York. Álex, que había quedado fascinado en su última visita a la ciudad, no podía esperar mucho más para llegar a la Gran Manzana.

Además, era toda una suerte que el hotel en el que iban a hospedarse, el ROW NYC, se encontrase al lado del apartamento de Jason, en la octava avenida, donde se habían quedado unos días antes. Por tanto, iban a conocer la zona todo lo que permitió el tiempo que habían visitado la ciudad, y de esa forma podrían expresar todo lo que les quedaba allí al máximo.

Eran las 15:15 de la tarde. El autobús frenó justo enfrente de la puerta rotatoria del hotel y Álex, que se había quedado dormido por el camino, se despertó después de que Laura le avisara que habían llegado a la ciudad. Solo habían pasado dos horas desde que habían salido de Stateville y parecía un mundo totalmente diferente. ¿Cómo podía ser que unos mundos tan distintos pudieran convivir tan cerca?

Aquel pueblecito del interior de Pensilvania, en el que vivía gente un poco más clásica, poco tenía que ver con aquella ciudad tan grande llena de personas de diferentes razas, culturas y pensamientos.

Cogieron la maleta, entraron al hotel y en veinte minutos, después de hacer el registro oportuno, estaban en sus respectivas habitaciones, en la planta 18, que por suerte para Álex, era para él solo, ya que Mike había decidido no asistir al viaje. Tras la discusión que tuvieron, por la que Álex fue a quedarse en casa de Aria, Mike dejó de participar en las actividades del intercambio, y después de hablar con Verónica, la familia Vanderwall arregló los papeles con el instituto para que Álex también fuera el compañero de Aria.

- Venga chicos -dijo Sara desde el pasillo, para que le escucharan

todos los alumnos- en diez minutos salimos a dar una vuelta para conocer la ciudad. Os lo digo por si queréis cambiaros de ropa o arreglaros un poco.

Veinte minutos después, tras esperar a los más rezagados, estaban en Times Square. Álex, que estaba emocionado de volver a estar en aquella plaza llena de pantallas y luces, lo primero que hizo fue parar en puesto de perritos calientes.

Era uno de los "platos" más consumidos en Nueva York a lo largo del día, por la sencillez, rapidez y el precio bajo con lo que los conseguías, y además, eran muy deliciosos.

Tras varios minutos observando a la multitud, y hacer algunas fotos desde las famosas escaleras rojas, siguieron el camino que había planeado David. Él, que ya había visitado la ciudad, dos años antes, tenía planeado seguir el mismo recorrido que había realizado con un guía.

Por la calle 42, siguieron avanzando hacia la quinta avenida, una de las vías más famosas de la ciudad, en la que se podían localizar edificios emblemáticos como el *Empire State*, o el Rockefeller Center.

Al llegar a la avenida, se encontraron de frente con una de las librerías más importantes de Estados Unidos, Barnes & Noble, y subiendo hacia Central Park, encontraron Rockefeller Center, a la altura de la calle 48, que conservaba aún su famosa pista de hielo. Según David, era una suerte poder ver aquello, porque se solía quitar a principios de abril, pero aún se encontraba montada porque ese principio de primavera había sido bastante gélido en la ciudad.

Tras un par de vistazos al lugar, y alguna que otra foto a la tienda de Lego que había en la plaza, siguieron hacia el norte de Manhattan, y unas calles después, encontraron la Catedral de San Patricio, lugar de encuentro en sus salidas por libre.

- Chicos, vamos a entrar aquí, en la catedral, y según me dijeron cuando yo estuve aquí, la primera vez que se entra, se pueden pedir hasta tres deseos, así que ya sabéis... - explicó David.

Entraron al templo por una de las puertas laterales que había en la

calle 50, y al ver aquella majestuosa obra de arte, Álex se encogió. No era nada religioso, y nunca hubiera entrado a una iglesia a rezar, confesarse, o lo que fuera que se hiciera allí dentro, pero le impresionó la belleza arquitectónica del edificio.

Tras recordar lo que había dicho David en la puerta, cerró los ojos y pensó... 1, 2 y 3... Deseos pedidos. Ahora, que San Patricio los cumpliera, como el que había deseado unos días antes en la fuente que había frente al hotel Plaza.

- ¿Qué has pedido? - preguntó Aria, que estaba a su lado, junto a Laura.

- Eso no se dice, que si no, no se cumple. ¿No lo sabías?

- No. Pero no creo que haga falta pedirlo para que se cumpla mi deseo... He pedido estar siempre junto a ti.

- *Really? So, be careful what you wish for...* [\[122\]](#)

Tras salir de la catedral, todos juntos visitaron un restaurante llamado *Mama Sbarro's*, a dos calles de Times Square, donde tú mismo podías coger tu propia comida y pagar el peso de la misma. Los estudiantes, que iban acompañados de los profesores, cenaron juntos en una mesa larguísima en el piso inferior del restaurante, cosa muy frecuente que tienen los bares de la ciudad.

Después de eso, fueron directos al hotel a descansar, porque estaban bastante fatigados del viaje en autobús y la primera vuelta de descubrimiento que habían dado por la ciudad, donde ya habían visitado algunos de los lugares más emblemáticos que se perdieron en su visita fugaz a la "ciudad que nunca duerme".

El día comenzó cargado de energía, desayunando en un restaurante italiano muy cerca del hotel, donde los estudiantes pudieron elegir entre platos como pancakes con salsa de caramelo y fruta, huevos con bacon y patatas o waffles con sirope de chocolate.

Aprovechando el Wi-Fi del establecimiento, hablaron todos con sus madres, que ya se encontraban un poco nostálgicas, y con ganas de que sus hijos volvieran a su patria. ¡Solo quedaban dos días para volver a España!

Álex, que ya había hablado con ella la noche anterior, prefirió desayunar con tranquilidad, ya que tenían un tiempo estimado para terminarse aquel manjar. Él, que disfrutaba muchísimo con la comida, había elegido la opción de las tortitas con la salsa de caramelo, que iban acompañadas de plátano, fresas y arándanos.

Subidos de nuevo al autobús, fueron hacia la parte sur de Manhattan, donde se encontraba la zona financiera, el World Trade Center y los distintos ferris hacia Staten Island y la Estatua de la Libertad.

Durante el viaje, el guía turístico que habían contratado explicaba diferentes cosas sobre la ciudad de Nueva York según iban pasando calles abajo. Por ejemplo, habló del SoHo, que explicó que se trataba de la zona de debajo de Manhattan, al sur de la calle Houston, y que de ahí provenía su nombre (South of Houston Street).

Según explicó, en el pasado era un barrio de artistas, ya que no tenían mucho dinero, y al ser una zona repleta de fábricas, estas eran reconstruidas y transformadas en lofts bastante económicos, pero con el paso del tiempo, la zona fue aumentando su estatus social, y los artistas abandonaron la zona para dejar paso a gente de un alto nivel económico, y por ello, el barrio se llenó de restaurantes de lujo, boutiques y galerías.

Finalmente, entrando por la avenida Broadway, accedieron a Battery Park, lugar donde se podía coger, de forma gratuita, un ferry hacia Staten Island, y ver así, de más cerca, la Estatua de la Libertad^[123], aunque sin parar en la misma isla.

El barco, de colores anaranjados, era muy espacioso, y aunque tenía bastantes asientos en el interior, todos los pasajeros intentaban conseguir un hueco en la parte exterior, donde se podía divisar, a cierta distancia, el monumento. Por ello, habían subido en estampida, para hacerse con el mejor lugar posible.

Álex, junto a Aria y Laura, prefirieron esperar, y gracias a eso, encontraron unos asientos en la parte interior del barco donde se podía apreciar perfectamente el monumento, además de poder estar sentados durante el trayecto, que duraba unos 20 minutos.

- ¡Qué bonito paisaje! -dijo Laura- ojalá Matthew pudiera estar aquí.

- Sí. Fue una lástima que se pusiera malo y no pudiera venir estos días.

- Lo sé... Aunque, al fin y al cabo, pude disfrutar de la ciudad junto a él.

- Además, ¿quién te dice a ti que no vas a volver a Nueva York?

- Puede, pero no creo que vaya a ser igual. Nada podrá igualar este viaje. Te lo aseguro. Todo lo que hemos vivido ha sido espectacular, y esas emociones que hemos sentido no las volveremos a sentir, aunque lo intentemos con todas nuestras fuerzas - sentenció Laura.

Terminó su frase con una lágrima cayendo lentamente por su cara blanquecina. No era una lágrima de pena, sino de emoción. Aquel había sido, sin ningún tipo de duda, el viaje de sus vidas.

Tras la vuelta de Staten Island en el siguiente ferry, donde pudieron ver de nuevo aquella mujer, que llevaba sosteniendo la antorcha desde 1886, volvieron a coger el autobús hasta la quinta avenida con la calle 33, donde se situaba uno de los edificios más emblemáticos de la ciudad: el Empire State.

Después de una comida rápida en un Wendy's que había enfrente de la

construcción, entraron a la recepción de aquel edificio de 381 metros. Aquel era uno de los monumentos que a Álex le hubiese gustado visitar en su anterior estancia en la ciudad, pero debido al escaso tiempo con el que contaban, habían decidido aplazarlo hasta ese momento, junto a sus compañeros. Estaba claro que no iba a ser igual de romántico que visitarlo solos, en una noche estrellada, donde pudiera ver la ciudad llena de luces, pero la iban a disfrutar igualmente.

Recorriendo muchos pasillos, y tras subir en dos ascensores diferentes, llegaron a la planta 86, donde se encuentra el primero de los dos miradores del Empire State. A pesar de que Sara había advertido a los chicos que debían permanecer juntos, aquello no era muy grande, y seguro que no iban a perderse, por lo que cogieron el lado contrario al que habían ido todos sus compañeros. Laura, que quiso darles un poco de intimidad, siguió junto a sus otros compañeros.

Salieron a la parte norte del mirador, desde donde se podía apreciar Central Park a lo lejos, con muchos rascacielos por delante. Era muy bonito ver como aquel trozo de naturaleza tenía cabida en una ciudad tan llena de cosas artificiales.

- Me encanta pasear por Central Park. Es como desconectar del caos que hay en la ciudad - apuntó Aria, que se encontraba entre los brazos de Álex, admirando la belleza de lo artificial.

El viento, que soplaba fuerte a esas alturas, dibujaba una escena muy bonita, con el pelo de Aria volando, y ambos mirando hacia la ciudad. La escena podría estar sacada perfectamente de un videoclip de una canción romántica.

- Pues creo que tenemos la tarde libre, y podemos pasear por allí. Además, Central Park puede ser el lugar perfecto para darte la noticia que tengo que contarte.

- ¿Qué tienes que contarme? - preguntó extrañada. No tenía ni idea de que quería hablar.

- No quiero decirte nada, al menos hasta que llegue allí, pero es algo muy importante que puede cambiar nuestra relación para siempre, y no creo que pueda aguantar mucho más sin contártelo.

Salieron del edificio y, tras advertir a los alumnos que a las ocho de la tarde debían encontrarse en la puerta de la Catedral de San Patricio, siguieron andando en dirección norte hacia Central Park.

Había sido su primer viaje juntos al extranjero -aunque ya habían hecho alguna escapada romántica a algún pueblecito rural del interior de España- y estaban aprovechando al máximo las últimas horas que les quedaban en Estados Unidos. Por ello, Sara quiso pasear por las largas calles de Nueva York y charlar con David de la inminente boda mientras se mezclaban con el ambiente neoyorquino.

- Creo que lo mejor será que nos casemos en el juzgado tan pronto como llegemos a España, solos tú y yo - dijo David.

- ¿Solos tú yo? ¿Qué dices? Está bien que no tengamos una boda de 400 personas, pero de ahí a que reduzcamos la lista de invitados a los novios, hay un trecho muy grande.

- Me refería a firmar el papel en el juzgado. Después podemos celebrar la boda de forma oficial, con la familia y amigos. A lo que yo me refiero es un simple trámite.

- Ah, no lo había entendido. Pero, ¿crees que es buena idea? Es decir... Me gusta tan poco como a ti tener que estar escondiéndonos, como si fuéramos dos adolescentes de quince años, pero no sé si me gustaría que mi matrimonio se celebrara en un registro civil. Siempre había soñado con una iglesia muy grande, llena de flores y velas, y con mi futuro marido esperándome en el altar.

David, que escuchaba a Sara con atención, pensó que era el mejor momento para actuar. Llevaba, desde hacía varios días, dándole vueltas al momento en que podría hacerlo, y aquel era el instante perfecto. Sacó despacio su mano del bolsillo delantero de su pantalón vaquero y la puso junto a la de Sara.

- Quiero que tengas esto.

Sara, que no esperaba lo que acaba de suceder, cogió el objeto que su

novio le había puesto en la mano y lo observó: una llave.

- ¿Qué es esto, David?

- Es la llave de mi casa.

- ¿¡Qué!?

- Hemos pasado de todo, y estoy locamente enamorado de ti -confesó David, abriendo su corazón-. Creo que es el mejor momento para pedirte esto. ¿Te gustaría venirte a vivir conmigo?

Sara se quedó paralizada por un momento. No sabía que responder. Llevaba mucho tiempo queriendo pedírselo a David, y no lo había hecho por miedo a que le dijera que no. Era un gran paso. No es fácil convivir con una persona durante las 24 horas del día, y aquello suponía la ruptura de muchas parejas. Por otra parte, si ambos estaban enamorados, aquello podría suponer un gran avance en su relación. Además, iban a casarse en unos días, y no había más compromiso que aquel...

- Claro que me gustaría. Me encantaría irme a vivir contigo.

- ¿De verdad? Temía que me dijeras que no. Sé que eres muy independiente, y que esto podría suponer un cambio muy grande en tu vida, pero es lo que más quiero ahora mismo.

- ¿Y cuando quieres que hagamos la mudanza?

- Pues nada más nos casemos. Creo que es una tontería estar pagando dos alquileres para nada. Si quieres, este mismo fin de semana empezamos la mudanza.

- Me encantaría - apuntó Sara, tras lo cual, le dio un gran beso. El primer beso de su nueva vida juntos.

A partir de ese momento, algo había cambiado en sus vidas. No había vuelta atrás. Había empezado oficialmente su relación, sin escondites, sin secretos, sin mentiras. Sara y David en estado puro.

Entraron por una de las puertas principales del parque, en la zona sur, por la cual ya habían accedido durante el fin de semana anterior, cuando visitaron la ciudad, y empezaron a pasear hasta uno de los puentes más famosos de Central Park: el *Gapstow Bridge*.

De camino hacia el parque, Álex no había mencionado una sola palabra sobre lo que quería decirle a Aria. Había estado mucho tiempo dándole vueltas a la cabeza sobre el tema, y creía que ese momento era el apropiado. Tenía que decírselo ya. No le quedaba mucho tiempo.

Ambos se sentaron en uno de los bancos de color verde que había cerca del puente, donde se sentían mucho más cómodos para charlar. La americana disfrutaba del viento, que le acariciaba su rostro, cuando Álex empezó a hablar.

- Aria, he estado pensando mucho sobre nuestra relación... - comenzó Álex.

No sabía si era la mejor forma de comenzar la conversación. Podía haberla asustado con aquellas palabras tan típicas de las rupturas.

- Mira, solo quiero decirte que tenías razón - corrigió.

- ¿Qué tenía razón? -preguntó Aria- ¿Con qué tenía razón?

- Pues con lo que me dijiste cuando estuvimos aquí, en el puente de Brooklyn. Yo también lo he pasado mal estos días, sabiendo que no íbamos a vernos en unos meses, pero he intentado que tu no pasaras por lo mismo.

- ¿En serio me estás hablando de eso? Me dijiste que no querías que lo hiciéramos porque lo íbamos a pasar mal, y creo que en parte tú también tenías razón. Estos días no he pensado en eso, y creo que lo he llevado mucho mejor.

- Lo sé, pero solo faltan dos días para que vuelva a España, y creo que debemos hablar un poco de cómo va a ser nuestro futuro.

- ¿Nuestro futuro?

- Claro. ¿Vamos a esperar a ver qué ocurre cuando vuelvas a España o

podemos hacer lo que queramos en este tiempo que estemos separados?

- ¿De verdad me estás preguntando esto? Creo que si lo estás haciendo, todo lo que hemos pasado durante estos días no ha valido la pena.

Aria, visiblemente enfadada, se levantó del banco donde estaban sentados y se fue hacia la salida más cercana del parque. Álex fue tras ella, mucho más rápido, y la alcanzó a los pocos metros. Al ver su cara, observó cómo había empezado a llorar.

- Álex, déjame, por favor. De verdad, creía que esto había valido la pena, que iba a continuar cuando yo fuera a tu casa, pero ya veo que esto no va a ningún lado, y que es mejor parar ahora, porque si no, el golpe puede ser más duro, y no creo que pudiera soportarlo. No quiero enamorarme de ti para nada.

- Oye -interrumpió Álex, secándole las lágrimas de Aria con su dedo- no quiero que estés así. Nunca he querido decir que no te quisiera, ni que no quisiera seguir contigo. Simplemente quería saber si sentías lo mismo que yo.

- Pero, Álex, es que si tienes que preguntarlo, no sé si tu sientes lo mismo que yo estoy sintiendo. Yo no tengo que preguntarte si quieres seguir conmigo, porque yo si lo quiero hacer, y por ello, supongo que tú también quieres hacerlo.

- No quería que te enfadaras conmigo. Yo estoy encantado de estar contigo. Simplemente quería darte la libertad de seguir tu camino, sin ataduras, si es lo que querías, a pesar de que yo no quisiera hacerlo. Para mí, lo más importante eres tú, y quiero que estés bien, sea conmigo o con otra persona. Quiero tu felicidad, y te quiero a ti.

- ¿De verdad?

- Por supuesto. En este momento, no hay nada que me importe más que tú.

- En ese caso, no tienes que preguntar nada. Sabes que quiero estar contigo, y no hay nadie por encima de ti. Claro que puedo esperar unos meses para volverte a ver. No habrá nadie que nos separe. Esperaré con ansia ese momento.

Entonces el móvil de Álex sonó. Un WhatsApp. Laura le preguntaba dónde estaban. Ella había salido del Empire State con unas compañeras, ya que quería que pasaran juntos los últimos momentos que les quedaban, pero

no podía más con ellas. Eran unas pijas de cuidado.

- Venga, vamos a por Laura. Parece que no está muy a gusto con las chicas con las que se ha ido.

Ambos salieron juntos del parque, de la mano. Aquella conversación había podido ser un poco dolorosa, pero era necesaria para continuar su relación. Los dos debían saber que querían continuar con aquello antes de que Álex volviera a España, y estuvieran separados durante varios meses. En ese tiempo podían pasar muchas cosas.

Tras la intensa conversación de la tarde anterior en Central Park, el día les guardaba una excursión bastante interesante: contrastes de Nueva York. Iban a recorrer todos los barrios de la ciudad, y salir así de lo que llaman la parte bonita de la ciudad, Manhattan, para entrar en Brooklyn, el Bronx y Queens.

Después de subir al autobús, recorrieron unos kilómetros para llegar al primero de los distritos que iban a pisar, el Bronx, donde muchos de los alumnos querían visitar el Yankee Stadium, donde se celebran los partidos de béisbol de los Yankees.

Para su desilusión, no pudieron pasar al interior del estadio, pero visitaron el Macombs Dam Park, uno de los parques que había justo enfrente. Allí había una pista de atletismo que rodeaba un campo de rugby, aunque también se utilizaba para jugar a fútbol.

- Oye, pues está bastante bien el sitio. No es tan marginal como lo pintan en las películas, ¿no? - preguntó Sara al guía de la excursión.

- La zona fue rehabilitada hace poco tiempo, y las personas que viven en estos barrios han mejorado bastante respecto al pasado. Es cierto que aún es el barrio con mayor índice criminal de la ciudad, pero actualmente ha descendido muchísimo - respondió.

Antes de abandonar el distrito, jugaron un par de canastas con unos de los chicos que vivían en el barrio, partido acordado previamente por la agencia organizadora, y escucharon un par de historias sobre gente famosa que había nacido allí, como la actriz y cantante Jennifer López o la juez Sonia Sotomayor, quien ostenta el título de ser la primera persona latina en acceder a la Corte Suprema de los Estados Unidos.

Siguiendo la visita turística por los distintos barrios de Nueva York, pasando por los bonitos vecindarios de Queens y el barrio latino, y después de haber visto la fachada del Citi Field, estadio oficial de los Mets, otro de los

equipos de béisbol de Nueva York, se dirigieron al conocido barrio de Brooklyn. Allí reside una de las comunidades más grandes de judíos ortodoxos, cuya religión y estilo de vida es bastante distinto al de la gente que reside en el corazón de Manhattan.

Pasando por las calles de Williamsburg, nombre que recibe el barrio en el que viven, los estudiantes podían ver como los niños, con sus característicos tirabuzones, jugaban por las calles, cerca de sus madres y sus padres, que llevaban muchísima ropa puesta, a pesar del calor que hacía aquel día en la ciudad.

- Y esta zona es la de los judíos, una de las comunidades más ricas de la ciudad. A pesar de su apariencia, suelen ostentar los mejores negocios de la quinta avenida, aunque no sean ellos mismos quienes atiendan a los clientes, ya que no suelen relacionarse con gente que no sea de su religión. Actualmente son los dueños de las mejores tiendas de electrónica y joyería que tenemos en la ciudad - explicaba el guía.

- Bueno chicos, espero que lo hayan pasado muy bien -dijo el guía, dando por finalizada la vuelta-. Ahora van a pasar andando por el puente de Brooklyn, y así llegarán a la zona financiera. Hacia abajo pueden encontrar Wall Street y el famoso toro, y subiendo hacia arriba, se dirigen hacia Central Park, aunque les tengo que decir que, para llegar hasta allí, hay mucho recorrido que hacer. Espero que les haya gustado el tour. ¡Hasta la próxima!

Así, Álex, junto a Aria y Laura, bajaron del autobús para hacer el recorrido que habían hecho unos días antes, aunque justo al revés. En aquella ocasión, pasarían de Brooklyn a Manhattan.

- Aria, si vuelvo a pasar el puente, querrá decir que volveré otra vez. ¿Esto es acumulable, o cómo funciona esto?

- ¿Qué dices? - preguntaba Laura, como si Álex estuviese pirado.

- Dicen que si cuando vienes a Nueva York cruzas el puente, vuelves a la ciudad, pero yo ya lo crucé cuando vinimos juntos la primera vez. Por eso, digo si es acumulable.

El ambiente había cambiado bastante respecto a la vez anterior. Ahora

era de día, y no tenía pinta de que fuera a llover de un momento a otro. Era un día radiante.

- ¡Qué bonito! Ojalá Matthew pudiera estar aquí. Esto es un sitio muy romántico - apuntó Laura.

- La verdad es que sí. Es uno de los sitios más bonitos que he visto nunca.

- ¿Crees que este puede ser nuestro lugar? - preguntó Aria a Álex.

- ¿Nuestro lugar? - respondió extrañado.

- Sí. Es nuestro sitio preferido, un lugar especial al que siempre podremos venir para poder acordarnos de la otra persona. El Puente de Brooklyn es nuestro lugar

- Pues, siendo así, voy a tener complicado poder acordarme de ti - dijo riéndose.

- Bueno, no haga falta venir físicamente. Siempre estará Google. Te descargas una foto del puente y la pones de fondo de pantalla en tu móvil.

- Siendo así, este será nuestro lugar especial -tras mirar que estaban bastante lejos del grupo de estudiantes, le dio un beso- pero prefiero tenernos a nosotros de fondo de pantalla, aquí, en nuestro lugar. ¿Laura, nos puedes hacer una foto?

- Claro - dijo, cogiendo el iPhone de Álex para disparar una instantánea.

Allí, con el *skyline* de Manhattan detrás, quedó inmortalizada la fotografía que permanecería como fondo de pantalla del móvil de Álex durante mucho tiempo, y desde ese día, aquel puente, que había aparecido en tantas películas y series de televisión, solo era suyo y de Aria. Les pertenecía. Era su lugar.

Tras una mañana intensa y una tarde libre, que aprovecharon para comprar los regalos de sus familias, fueron de vuelta a Stateville para pasar la última noche en familia. En un principio, los padres de Aria tenían previsto un viaje de trabajo, pero lo habían cancelado para pasar la última noche con los chicos. Sobre las seis cogieron el autobús en la puerta del hotel y a las ocho de la tarde habían llegado al instituto, donde Aria cogió su coche para ir a la casa de los Vanderwall.

Al entrar, vieron como la madre de Aria estaba preparando un delicioso festín. Decían que en España todo se celebraba con comida, pero en Estados Unidos no se quedaban atrás. Además, Verónica aún conservaba las costumbres españolas, y seguía preparando mucha comida cuando se celebraba un acontecimiento especial.

Aunque aún no había nada en la mesa, podían oler muchas cosas deliciosas. Verónica, que tenía cuatro sartenes al fuego, les mandó a la habitación. Ya les llamaría cuando estuviera todo preparado. Era su última noche en la casa, y aunque en toda su estancia hubieran colaborado como un hijo más, aquella era una noche especial, y no quería que tuvieran que trabajar demasiado.

Bajaron al grito de la señora Vanderwall y se sentaron en sus correspondientes asientos. No lo podían creer. Tirando de sus recetas españolas había preparado una cena totalmente suya: tortilla de patatas, jamón sobre una cama de pan con tomate, huevos fritos con patatas y chorizo y unas vieiras envueltas en bacon. Cualquier español que estuviera fuera de su país durante un tiempo hubiera pagado un pastizal por una cena así.

Terminada la cena, fue la hora de despedirse de la familia. Al día siguiente, solo Aria podría despedirse de ellos, ya que Paige iba al colegio a la misma hora que ellos se marchaban, y los señores Vanderwall trabajaban

desde primera hora de la mañana.

- Chicos, ha sido un verdadero placer que os hospedéis en mi casa. Sabéis que tenéis las puertas abiertas para que volváis cuando queráis. Y en ello, os incluyo a los dos.

- Gracias señora Vanderwall - dijo Álex.

- ¿Qué te dije sobre mi nombre? Quiero que me llames Verónica. Además, quería decirte que tanto tú, que viniste un poco más tarde, como Laura, sois parte de la familia Vanderwall. Esta es y será vuestra casa. Y si queréis algo, sabéis que siempre podréis contar conmigo.

- De verdad, muchas gracias, Verónica - respondió Álex, guiñándole un ojo.

- Nosotros también queríamos darles las gracias a ustedes. Nos han cuidado como si fuéramos sus hijos, y por eso, les hemos traído un regalo de Nueva York.

Laura se levantó de la mesa y fue a por una de las bolsas que habían dejado en la habitación del piso de arriba. Al bajar, le entregaron la bolsa a los señores Vanderwall, y vieron de que se trataba. Al señor Vanderwall le regalaron un bolígrafo bastante elegante para que siguiese escribiendo, que era una de sus mayores aficiones, y a la señora Vanderwall la obsequiaron con una taza de café en la que habían impreso una fotografía de ambos, junto a Aria y Paige, en una de sus salidas familiares, y donde abajo se podía leer la palabra "Ohana"^[124], para que, cuando estuviera escribiendo los artículos en los que trabajaba, mientras tomaba café, se acordara de ellos.

- Chicos, esto es precioso - dijo Verónica, emocionada.

- *Paige, we also have a present for you*^[125] - dijo Laura, mostrándole una cajita envuelta con papel de regalo.

La pequeña, que había observado desde el otro lado de la mesa los regalos que habían entregado a sus padres, se mantenía había mantenido callada hasta el momento, pero entonces, se levantó corriendo de su silla y fue a por él. Tras coger la caja, abrazó fuertemente a Laura y Álex. El joven sintió un escalofrío. No había tenido mucha relación con la pequeña, pero desde que vivía en aquella casa, no había habido un solo día que no oyera su voz gritando, llamando a su hermana o a su madre, o que la viera haciendo los deberes en la mesa de su habitación, con la puerta medio abierta, cada vez

que salía al pasillo.

- *Thanks* ^[126]- dijo, mientras rompía rápidamente el papel que envolvía aquello.

La pequeña vio que se trataba de una muñeca pequeña, de una de las colecciones que había en su habitación. Laura, que había estado allí un par de veces el día que llegó a Estados Unidos, se fijó en ellas, y pensó que era buena idea regalarle una. Al ver de qué se trataba, subió rápidamente a su cuarto, y no se la vio por la casa hasta media hora después.

- Bueno, pues solo tengo que decirles que ha sido toda una suerte que nos hospedáramos en esta casa. Aunque el viaje no empezó como yo esperaba, y hubo algún que otro problema, tengo que decirles que ha terminado de una forma ideal. No esperaba que una familia que no fuera la mía me tratara de una forma tan especial. Me he sentido como si fuera su hijo, y creo que también hablo por Laura - dijo Álex.

- Sí, Álex, hemos tenido muchísima suerte - afirmó Laura

- Bueno, ya lo sabéis, Ohana significa familia - respondió Aria, dándole la mano a Álex por debajo de la mesa.

Tras la cena, Laura y Álex subieron a su habitación a terminar de preparar las maletas. Había sido una de las mayores experiencias de su vida, pero tocaba su fin, y tenían que volver a su realidad, la que se encontraba en España, junto a su verdadera familia.

A pocos metros de distancia, Sara y David también cenaban por última vez con la que había sido su anfitriona durante sus últimos días en Stateville. Ellos no habían preparado algo tan especial como los Vanderwall, pero también querían agradecer el trato que habían recibido de la señora Callahan.

Durante la cena, donde estuvieron compartiendo risas, anécdotas y confidencias del viaje, no pararon de reír. Finalmente, llegó la hora de despedirse. Aunque mañana aún fueran a verse en el instituto, tanto Sara como Kate querían despedirse de una forma más íntima, y agradecerse lo que habían hecho la una por la otra.

- Kate, muchas gracias por todo lo que has hecho por nosotros. Creo que sin ti, este viaje no hubiera sido el mismo - dijo Sara, tomando la iniciativa.

- Muchas gracias a ti, Sara. Para mí ha sido un auténtico lujo que os hospedéis en mi casa - respondió la señora Callahan.

- Pues ya sabes, cuando quieras, volvemos. Para nosotros no sería ningún inconveniente - apuntó Sara riéndose.

- Claro, podéis volver cuando queráis. Tendréis las puertas de mi casa abiertas cuando las necesitéis.

- Bueno, pero creo que vas a tener que venir tú antes a nuestra casa. En unos meses te esperamos en España - afirmó David.

- Por supuesto.

- Que por cierto, ya será nuestra casa - dijo señalándose a sí mismo y a Sara a la vez

- ¿Cómo? - preguntó extrañada Kate Callahan.

- Hemos decidido irnos a vivir juntos cuando volvamos a España.

- ¿De verdad? Eso me hace muy feliz. Sois unos chicos estupendos, y no es justo que unas estúpidas reglas os impidan ser felices.

Sara sonrió. Aquella mujer, que podía ser muy estricta con sus alumnos, en el fondo tenía un gran corazón.

- Por cierto, ¿qué vais a hacer aquel profesor de lengua y tú? ¿Vais a seguir saliendo a escondidas?

- No. Creo que el amor es algo que no se debe ocultar, así que tenía pensado contárselo todo al director del instituto mañana, cuando os marcharais. Lo he estado hablando con Greg y está de acuerdo. No hay nada que esconder, y en parte, lo sé gracias a vosotros.

- Me alegro que sea así - respondió Sara.

Con aquella conversación se dio por zanjada la cena, y cada uno fue a dormir a su dormitorio. El día siguiente iba a ser muy duro para los alumnos, y tenían que dormir bien para poder contenerlos a todos.

Aquel viaje había sido una experiencia única para ellos, y en parte, gracias a él iban a cambiar muchas cosas en sus vidas.

Kate Callahan iba a poner fin al secretismo de su relación con el profesor de lengua de su instituto, y Sara y David iban a casarse y vivir juntos cuando llegaran a España. Es posible que 20 días no den mucho de sí para conocer un país, pero sí para conocerse a uno mismo, y tomar decisiones sobre las que empezar a cambiar tu vida.

Sonó la alarma de su iPhone a las seis y media de la mañana. Álex se levantó de la cama y se vistió rápidamente. Era su último día en Estados Unidos. Al tratarse de la última vez que iba a poder salir a aquel precioso balcón, decidió pasar cinco minutos admirando aquel bello paisaje.

Al entrar, primero cerró los ojos, y simplemente respiró. Quería volver a sentir la sensación que sintió la noche en que conoció a Aria en la hoguera de casa de Justin, o la noche del baile de primavera, cuando al volver del instituto, fueron al lago que había detrás de la casa de los Vanderwall. El aire puro, lleno de naturaleza, se colaba por su nariz. Lo había conseguido.

Abrió los ojos y pudo ver el lago donde tanto había disfrutado con Aria aquella noche después del baile, donde ambos se dijeron "Te quiero", y donde los dos sintieron que estaban hechos el uno para el otro. Era una sensación muy extraña, pero parecía que fueran almas gemelas.

Álex y Aria subieron por última vez a su habitación. Sabían que no se podían despedir en público, ya que aquello podría suponer que Aria no viajara España en los próximos meses, así que decidieron hacerlo íntimo, como habían llevado su relación en los días que habían pasado juntos.

- Te quiero, te quiero, te quiero, te quiero, te quiero... - decía Aria sin parar, con lágrimas en los ojos.

- Eh, tranquilízate. Está todo bien. No me voy a la guerra. Nos vamos a ver en unos meses, y creí que esto ya lo habíamos hablado. Voy a esperar con ansia que vengas a verme.

- Lo sé -dijo abrazándose fuertemente a él- pero es mucho tiempo. No sé si voy a poder aguantar tanto tiempo sin ti.

- Estoy segura que lo harás, y aunque me eches de menos, sabes que siempre podemos hablar por WhatsApp o Facetime. Ahora no hay tantos inconvenientes para tener una relación a distancia como en el pasado.

- Claro, pero no podré olerte, ni tocarte, ni sentirte.

- Por supuesto que podrás. Vas a venir a mi casa, más bien a casa de Laura, en unos meses, y entonces podremos hacer todo eso. Además, te aseguro que no será la última vez que nos veamos. Pienso visitarte más de una vez. No por nada he cruzado dos veces el Puente de Brooklyn.

Aria se rio, aunque aún tenía en su cara rastros de las lágrimas. Finalmente, volvió a abrazarse a él por última vez. Pero no quería despedirse de Álex de aquella forma tan sosa, así que lo besó, como la primera vez, en la hoguera de casa de Justin. Fue un momento mágico, y le recordó a Álex como conectaron desde el primer momento. En aquella mesa de bebidas, hablando de su ex novio, donde fue tan atento con ella, se había formado una química especial, que permanecería en la pareja hasta el fin de los días.

- *I love you* ^[127]- dijo Álex, finalizando la triste despedida.

- *I love you too* ^[128]- repitió Aria, despidiéndose de Álex hasta unos meses después.

Al fin llegó el momento. El autobús se detuvo delante de la fachada del instituto y todos los estudiantes se despidieron de sus compañeros. En los últimos 20 días se habían labrado unas aventuras increíbles, se habían creado relaciones inseparables y se habían producido acontecimientos inolvidables.

Subieron las maletas al compartimento del autobús y se hicieron la última foto juntos. Sara empezó a darles prisa para que subieran al autobús. Ella nunca había estado en un intercambio, pero por consejo de los profesores que habían asistido en años anteriores, era muy duro para los estudiantes despedirse de las familias que, para ellos, se habían convertido en seres muy queridos, que habían cuidado de ellos durante su estancia allí, y cuanto más tiempo se extendiera la despedida, peor sería la marcha.

- Vamos chicos, vamos a llegar tarde al aeropuerto. Aún tenemos que embarcar y no nos van a dejar pasar - recordaba la profesora cada dos minutos.

- Mejor, así nos quedamos aquí - dijo uno de los españoles.

- Eso, eso - apuntó otro.

Aria y Laura, junto a Álex, se despidieron por última vez. Se abrazaron los tres y rieron, lloraron y vivieron un cúmulo de emociones concentradas. Finalmente, Aria y Laura se dieron dos besos, se prometieron que se llamarían todos los días por Skype y Laura subió al autobús, dejando unos segundos de intimidad a la pareja.

- Bueno, ahora sí, me tengo que ir. Siento muchísimo no poder besarte, porque es lo que más me apetece ahora mismo - dijo Álex.

- Lo sé. Yo también tengo ganas de besarte, pero es el precio que tenemos que pagar por mantener esto en secreto.

Finalmente se abrazaron, pero cuando ambos se encontraban entre los brazos del otro, Aria pronunció unas palabras que Álex nunca pensó que saldrían de su boca.

- Álex, recuerda que, por muy negro que veas el cielo, las estrellas siempre están encima...

- ...solo hay que saber dónde mirarlas. ¿Dónde has aprendido eso?

- Es algo que me dijiste la noche en que nos conocimos, y al preguntarle a Laura que querías decir con aquello, me explicó una bonita historia que habías vivido con ella. Me pareció muy tierno, y la frase es muy bonita. Además, creo que tiene mucha razón. ¿Tenemos un problema? Pues seguro que le podremos encontrar una solución, porque están ahí, solo hay que saber encontrarla.

- Te quiero - dijo Álex en voz baja.

- Yo también te quiero.

- Ahora si, tengo que subir al autobús. Te espero en España.

Álex subió al autobús y se sentó junto a Laura. Miró por la ventana, y allí estaba Aria, esperando a que el autobús se marchara para volver a las clases. Finalmente, el vehículo arrancó y empezó a moverse. Aria, inmóvil, se quedó allí de pie, despidiendo a Álex y Laura con un gesto de la mano y una lágrima descendiendo por su cara.

El autobús descendió por la misma rampa que por la que había subido el día que llegaron a Stateville, y así se cerraba un bonito ciclo en las vidas de Álex y Aria. En unas horas, él llegaría a su casa, donde seguiría la misma rutina de siempre, y Aria lo haría en unos segundos, cuando el vehículo

donde iban todos los estudiantes españoles desapareciera de su vista.

El autobús llegó a la hora esperada al aeropuerto, y tras los intensos controles de equipaje para embarcar en Estados Unidos, los estudiantes, junto a Sara y David, pasaron a una inmensa sala con sillas como las de un hospital, donde tendrían que esperar más de una hora para subir al avión que les llevaría de vuelta a casa.

Álex aprovechó el Wi-Fi del aeropuerto para mandar un par de mensajes. El primero era para su madre, con quien había hablado relativamente poco durante el viaje, para informarla de que en pocas horas llegaría a casa. El otro fue para Aria.

"Estoy en la sala de espera, y aún nos queda una hora para subir al avión. Es una pena que estemos tan cerca pero tan lejos"

Aria respondió a sus mensajes con unos emoticonos llorando y un mensaje corto pero cariñoso: "*I'll see you soon*^[129]".

El viaje a España duró ocho horas, pero al viajar de noche, les dio tiempo a dar una cabezada, lo que les hizo mucho más ameno el viaje. Entre siesta y siesta también pudieron ver alguna película de estreno con las pantallas individuales que tenían delante de su asiento, aunque Álex no podía concentrarse en el argumento de ninguna de ellas.

Solo podía pensar en ella. Cuando el avión aterrizara en su destino iban a encontrarse a más de seis mil kilómetros, una distancia bastante considerable para tener una relación. Aunque Ceci ya le había dicho que su relación no había terminado del todo bien, eso no quería decir que todas las relaciones a distancia no funcionaran. Además, tal y como habían hablado, si no lo intentaba, se iba a quedar con la duda que hubiera ocurrido, así que no tenía nada más que pensar. Había hecho bien. Seguro que sería duro pasar aquel tiempo lejos de ella, pero estarían en contacto en todo momento, y si algo ocurría, lo sabrían de inmediato gracias a las redes sociales.

Tras pasear de un lado a otro del avión, y pedir agua un par de veces a las azafatas, decidió acostarse e intentar dormir un poco para que todo aquello pasara lo antes posible.

Aunque tenía la sensación de que solo habían pasado cinco minutos, abrió los ojos y vio que el avión estaba tomando tierra. Estaban en España. Eran las nueve de la mañana. Nada más bajar del avión mandó otro mensaje a su madre, comentándole que ya habían llegado. Las familias de los estudiantes estarían esperándoles en las llegadas, y tras recoger el equipaje que llevaban, salieron por la puerta correspondiente en su búsqueda.

Entre la multitud, pudo distinguir a su madre y su hermana con un cartel en que se podía leer "Bienvenido a casa". A su lado estaban los padres y la hermana pequeña de Laura, que sujetaba unos globos. Le recordó a su primer día en Estados Unidos, cuando las familias anfitrionas los recibieron con un bonito cartel.

Cuando alcanzó la altura a la que se encontraban, soltó las maletas de las manos y se fundieron los tres en un abrazo. Era la primera vez que habían estado tanto tiempo separados, y aunque la hermana de Álex ya estuviera viviendo con su novio, los visitaba todos los días. Se habían echado mucho de menos, aunque ninguno de los dos lo admitiría en un futuro.

- ¿Qué tal todo, hijo? -fue lo primero que dijo la madre de Álex-. ¿Has comido bien? Estás mucho más delgado que cuando te fuiste. Estos días voy a tener que hacer el doble de comida para que recuperes esos kilos que has perdido. Seguro que allí lo único que has comido han sido hamburguesas, perritos calientes y pizza. Si es que allí se come muy mal. Ya se lo decía a tu hermana, que no ibas a comer bien...

- Mamá, mamá, tranquilízate, que estás delirando. ¿De verdad la comida es el primer tema sobre el que me quieres hablar? He estado 20 días viviendo en la otra parte del mundo.

- Déjala. Es una pesada. Cada vez que he ido a casa o he hablado con ella por teléfono decía lo mismo. "Lo he notado un poco mal, creo que no le están alimentando bien"... No le hagas caso.

- Gracias por las bonitas palabras, hija.

- Es verdad, mamá... Estabas todo el día alterada.

- Bueno, vamos. Tenemos el coche fuera. Podemos hablar de camino a

casa - dijo la madre de Álex.

Tras llegar a su casa, y después de una extensa charla de varias horas donde les contó a su hermana y su madre muchas de las cosas que había hecho durante el viaje, entró en su habitación. Estaba tal y como él la había dejado 20 días antes.

Se quitó los zapatos y se tumbó encima de la cama. Estaba muy cansado, pero no quería dormir. Mandó un mensaje a Aria avisándola de que ya se encontraba en su casa, pero apagó el teléfono antes de recibir una respuesta. Necesitaba tranquilidad en aquel momento. No quería que nada ni nadie le interrumpiera. Cerró los ojos y reflexionó sobre lo que había pasado en los últimos 20 días de su vida.

Epílogo

Necesito descansar, pero no puedo. Quiero pensar en todo lo que me ha estado pasando en estos últimos 20 días. Ha sido, posiblemente, la mejor experiencia de mi vida. Bueno, en realidad, podría quitar el posiblemente. Este viaje ha sido la mejor experiencia de mi vida.

Ahora que me paro a pensar, todo comenzó hace seis meses, cuando Sara entró en nuestra clase y nos propuso aquel viaje, que nos vendió como algo único, y tenía mucha razón. Nunca tendré palabras para agradecerle todo lo que ha hecho por mí. Según me ha contado en el avión, no tiene pensado esconder más su amor. El amor es algo que no debería esconderse, porque es algo muy bonito, y me alegro muchísimo que haya tomado esa decisión. Espero que les vaya muy bien a ella y David.

En cuanto a Laura, ha sido mi mejor amiga desde siempre, y no tengo dinero para pagarle todos los favores que me ha hecho en estos últimos días. Sin ella nada de esto hubiera ocurrido, y necesito decirle todo lo que la quiero. Esta mañana se sentía un poco mal porque no se había podido despedir de Matthew, porque seguía enfermo, pero al menos habían hablado por teléfono antes de venir a España. Espero que les vaya lo mejor posible, y que, como a Aria y a mí, el amor se ponga por delante de todo, y que pueda con todos los obstáculos que tenemos delante. Al fin y al cabo, en unos meses se van a volver a encontrar aquí, en España, y podrán disfrutar de todo lo que no han podido hacer en estos últimos días

Sobre Ceci, creo que sin ella nada habría sido lo mismo. Gracias a ella tomé la decisión de continuar mi relación con Aria, y por sus consejos, todo esto ha seguido adelante. Me alegró muchísimo poder verla durante mi estancia en Nueva York y estoy muy feliz al ver que la vida le va genial. Según me dijo, en verano volvería al pueblo, y espero encontrarme con ella para que sepa cómo ha terminado todo, y agradecerle de alguna manera todo lo que me ha ayudado.

En lo referente a Paige, solo puedo decir que aquella niña me robó el corazón desde el primer día que pisé su casa. Su ternura, su amor y su inocencia hicieron que, sin darme cuenta, le estuviera cogiendo un cariño especial. Y finalmente, mi última noche en casa de los Vanderwall me

rompió el corazón. Sea como sea, tengo que cumplir la promesa que le hice. No sé cómo ni cuándo, pero regresaré algún día a Stateville a visitarla. Sé que con el tiempo crecerá, y puede que en algún momento de su vida se olvide de mí, pero intuyo que se convertirá en una gran persona con un corazón enorme.

A los padres de Aria solo puedo darle las gracias una y mil veces. Verónica me contó su historia de amor tan especial y me identifiqué, en parte, con ella. Lo abandonó todo en España para formar una familia junto a su marido. Podría haber estudiado su carrera y volver a Madrid para continuar su vida cerca de su familia, pero el amor pudo más que las ganas de volver, y decidió dejarlo todo atrás. Y aunque alguna vez visitó la ciudad que la vio nacer, Stateville se había convertido en su hogar, y en mi opinión, le alegró mucho poder hospedar en su casa a gente que venía de su país. Fue una forma de recuperar la cultura que tanto caracteriza a España, y creo que le gustó poder compartirla con nosotros.

Pero, por encima de todos, está ella. ARIA. No sé qué hizo que aquella noche, en casa de Justin, empezará a hablar con ella, pero me alegro mucho de haberlo hecho, porque no puedo imaginar cómo hubieran cambiado estos últimos días de mi vida sin ella.

En cierto modo, creo que somos almas gemelas que hemos venido al mundo para juntarnos. Hemos estado todo este tiempo separados, pero parece que el destino ha querido que finalmente nos encontremos. Nada ocurre por casualidad, ni nadie conoce a otra persona por nada. Por eso, creo que nosotros nos hemos encontrado por algo. Puede que la vida nos esté enseñando que hay veces que tenemos que ser más fuertes y luchar por aquello que queremos, sin rendirnos jamás, aunque haya algún obstáculo que a primera vista parezca que no podemos superar.

En unos meses vamos a volvernos a ver, y todo lo que ocurra entonces dependerá únicamente de nosotros. Paulo Coelho decía que, si una persona lucha por sus sueños, el universo conspira para que se cumplan, y creo que eso es lo que ha ocurrido con nosotros. Hemos luchados para vivir, de alguna forma, una historia de amor, que aunque ha sido breve, puede continuar en el tiempo. Nadie en el mundo sabe lo que ocurrirá en el futuro, y luchar por esto es lo mejor que he hecho en mi vida. Ahora sé que hay alguien que me espera en otra parte del mundo, al otro lado del Atlántico, y eso hace que me sienta más vivo que nunca.

Hace un momento he visto en mi teléfono que Stateville va a sufrir una de las tormentas más fuertes de los últimos años, y que va a ser uno de los meses de mayo más lluviosos de su historia. Solo espero que Aria no pase mucho tiempo en su habitación, mirando por la ventana.

-
- [1] Hola, ¿cómo estás?
- [2] Hola, Aria. ¿Cómo estás?
- [3] Bien.
- [4] Hoguera.
- [5] ¿Qué es eso?
- [6] Claro.
- [7] Bueno, espero que te guste. Voy a preparar algo de comida para que llevéis a la hoguera.
- [8] Vale, mamá.
- [9] Mike, quiero preguntarte algo: ¿qué pasa entre tú y Aria?
- [10] Oh, por favor, habla español. Te entiendo perfectamente.
- [11] Sí, correcto. Ella era mi novia.
- [12] ¿Estás seguro?
- [13] Vale chicos, todo está listo. Deberíais ir ya a casa de Justin.
- [14] Gracias.
- [15] Hola, mi nombre es Justin. ¿Tú quién eres?
- [16] Oh, hola. Soy Álex, el compañero de Mike.
- [17] Bueno, esta comida es para la fiesta.
- [18] ¿Cuál prefieres?
- [19] También es mi favorita. Voy a coger la misma que tú.
- [20] ¿Cómo sabes eso?
- [21] ¿Qué has dicho?
- [22] Hey, ¿cómo estás?
- [23] ¿Estás preparado?
- [24] No estoy seguro.
- [25] ¿Qué?
- [26] Vale. ¿Quieres algo de dinero?
- [27] ¿Qué quiere señorita?
- [28] Palomitas y un refresco de cola, por favor.
- [29] ¿Cuánto vale?
- [30] Cuatro dólares.
- [31] Lo siento mucho.
- [32] ¿Quién está ahí?

[33] Soy yo, Laura. ¿Puedo entrar?

[34] Oh, Laura. Espera un segundo. / Vale. Entra.

[35] Estoy contando los minutos para verte.

[36] Vale, chicos. ¿Qué queréis pedir?

[37] ¿Estás segura?

[38] Claro.

[39] Aria, ¿qué estás haciendo aquí?

[40] Hola, Mike. Estoy esperándole.

[41] ¿A él?

[42] Sí. ¿Puedes dejarnos solos?

[43] Oh, sí, claro.

[44] Por favor, calla. Te voy a decir algo muy importante. No quiero romper este momento.

[45] Por favor, déjame terminar. / ...quiero estar contigo.

[46] Por favor, dime algo. Necesito saberlo.

[47] "Álex, ¿estás bien?", "Lo siento mucho por esto", "Quiero hablar contigo"

[48] ¿Qué?

[49] Hola chicos. Hoy tenemos algunos invitados, que vinieron de España, y por eso, intentaremos dar una clase más relajada. Yo no hablo mucho español, pero lo intentaré.

[50] ¿Perdón?

[51] Por supuesto.

[52] Eh, necesito hablar contigo.

[53] ¿Perdón? Qué me estás diciendo.

[54] ¿Quién es Sara?

[55] ¿Perdón?

[56] Oh, ¿estás bien?

[57] Encantada de conocerte.

[58] Yo también estoy encantado de conocerte.

[59] Muchísimas gracias, Laura.

[60] Perdona, ¿qué?

[61] *Valley Forge* fue un campamento utilizado por George Washington durante el invierno de 1777-1778 durante la guerra de independencia de Estados Unidos. Debido a la pronta llegada del frío, Washington decidió instalarse en *Valley Forge*, a 18 millas de Philadelphia.

[62] Eso es historia americana.

[63] Entonces, vamos.

[64] ¿Qué ha pasado?

[65] Eso creo.

[66] Eh, Álex, ¿puedo entrar?

[67] Claro.

[68] Hola cariño, ¿cómo estás?

[69] Te lo explicaré luego.

[70] Hola, ¿me puede decir en que habitación está la señorita Sara Nadal?

[71] Perdone señor, ¿me puede decir quién es usted?

[72] Claro, ella es mi profesora. Hemos viajado desde España para un intercambio.

[73] Oh, correcto.

[74] ¿Estás lista para el baile de primavera?

[75] Por supuesto.

[76] Yo también.

[77] Vamos chicos, ¿estáis listos para ir a la escuela?

[78] Sí.

[79] ¿Y tú?

[80] Claro, mamá.

[81] Este chico es muy guapo.

[82] Periódico publicado en la ciudad de Nueva York desde su fundación en 1851. Es considerado por muchos el diario por excelencia de Estados Unidos, país donde es distribuido, a parte de muchos otros alrededor de todo el planeta. Es leído diariamente por más de 1.300.000 personas.

[83] Vamos chicos, ¿tenéis miedo?

[84] ¿Perdón?

[85] - Eres lo mejor que he tenido nunca -...-. Eres la mejor persona que he conocido.

[86] Laura, ¿quieres ir a Nueva York este fin de semana?

[87] Oh, lo siento. ¿Puedes repetir?

[88] Sí. He dicho si quieres ir a Nueva York este fin de semana. ¿Has estado alguna vez allí?

[89] Bueno, te la mostraré. Es una de las ciudades más bonitas del mundo.

[90] Oh, bien. Es un buen plan. ¿Pueden venirse Álex y Aria con nosotros? Ellos querían ir a Nueva Jersey, pero creo que este plan es mejor.

[91] Por supuesto. Son buenos chicos, ¿no crees?

[92] ¿Perdón?

[93] ¿Qué estamos haciendo aquí?

[94] ¡Te quiero! ¡Te quiero mucho!

[95] Guilligán es una pequeña isla a una milla de la costa de Guánica, ubicado al sudoeste de Puerto Rico, y que limita al sur con el Mar Caribe. Es popular por sus habitantes y turistas, que quieren alejarse de la civilización y vivir un par de horas en un entorno natural idílico.

[96] ¡Oh! Estoy segura de ello.

[97] ¿No crees que podríamos pasarnos aquí el resto de nuestras vidas?

[98] He pensado lo mismo que tú.

[99] Bueno, ¿puedes decirme quien es Ceci?

[100] Claro, hay mucho tiempo. Saldremos hacia Stateville a la 1:00 pm.

[101] Estás en los Estados Unidos de América.

[102] Son 9 dólares.

[103] Vale, ahí lo tienes.

[104] Podemos ir al cine. Hay una producción Mexicano-Estadounidense que entenderéis perfectamente, porque hablan en español y en inglés.

[105] Oh, perfecto.

[106] La película se traduce al español como "No se aceptan devoluciones", y se trata de una coproducción entre México y Estados Unidos, que se estrenó en los cines en el año 2013, y está protagonizada por el actor mexicano Eugenio Derbez. Se trata de la película mexicana más taquillera de todos los tiempos.

[107] El instituto americano está dividido en cuatro cursos: los estudiantes de primer curso son llamados "*freshmen*", los de segundo son "*sophomores*", los de tercero son "*juniors*" y los de cuarto son "*seniors*".

[108] ¿Te estás divirtiendo?

[109] Me vas a hacer llorar

[110] Si tú lloras, yo lloraré también

[111] ¿Qué pasa? ¿Está todo bien?

[112] Álex, por favor, tienes que hablar...

[113] Por favor, calla. Debemos disfrutar este momento

[114] Bueno, eso está bien, pero quiero saber que te hizo a ti venir aquí. Prefiero que me expliques tus sentimientos, y porqué deberíamos hacer ese viaje

[115] ¿Qué vamos a hacer?

[116] ¿Hay alguien ahí?

[117] Sí, soy yo señora Kallahan, Aria Vanderwall

[118] Oh, ¿está todo bien?

[119] Sí, es solo que necesito mi tiempo. Sabe lo que quiero decir, ¿no?

[120] Ok. Entonces, me voy. Si necesitas algo, habla conmigo

[121] ¡Gracias!

[\[122\]](#) ¿En serio? Entonces, ten cuidado con lo que deseas...

[\[123\]](#) La Estatua fue un regalo que hizo Francia a Estados Unidos en 1886, que aunque estaba pensada para celebrar el primer centenario de la independencia del país, llegó una década más tarde debido a diversos conflictos bélicos.

[\[124\]](#) La palabra 'Ohana' significa familia en hawaiano, pero no en el más estricto sentido de la palabra, sino que también incluye a las personas más apreciadas, y las involucra en el núcleo familiar. Además, cuando se emplea la palabra 'Ohana' se refiere a que los miembros de dicha familia deben cooperar, cuidarse y recordarse, aunque estén lejos.

[\[125\]](#) Paige, también tenemos un regalo para ti.

[\[126\]](#) Gracias.

[\[127\]](#) Te quiero.

[\[128\]](#) Yo también te quiero.

[\[129\]](#) Te veré pronto.